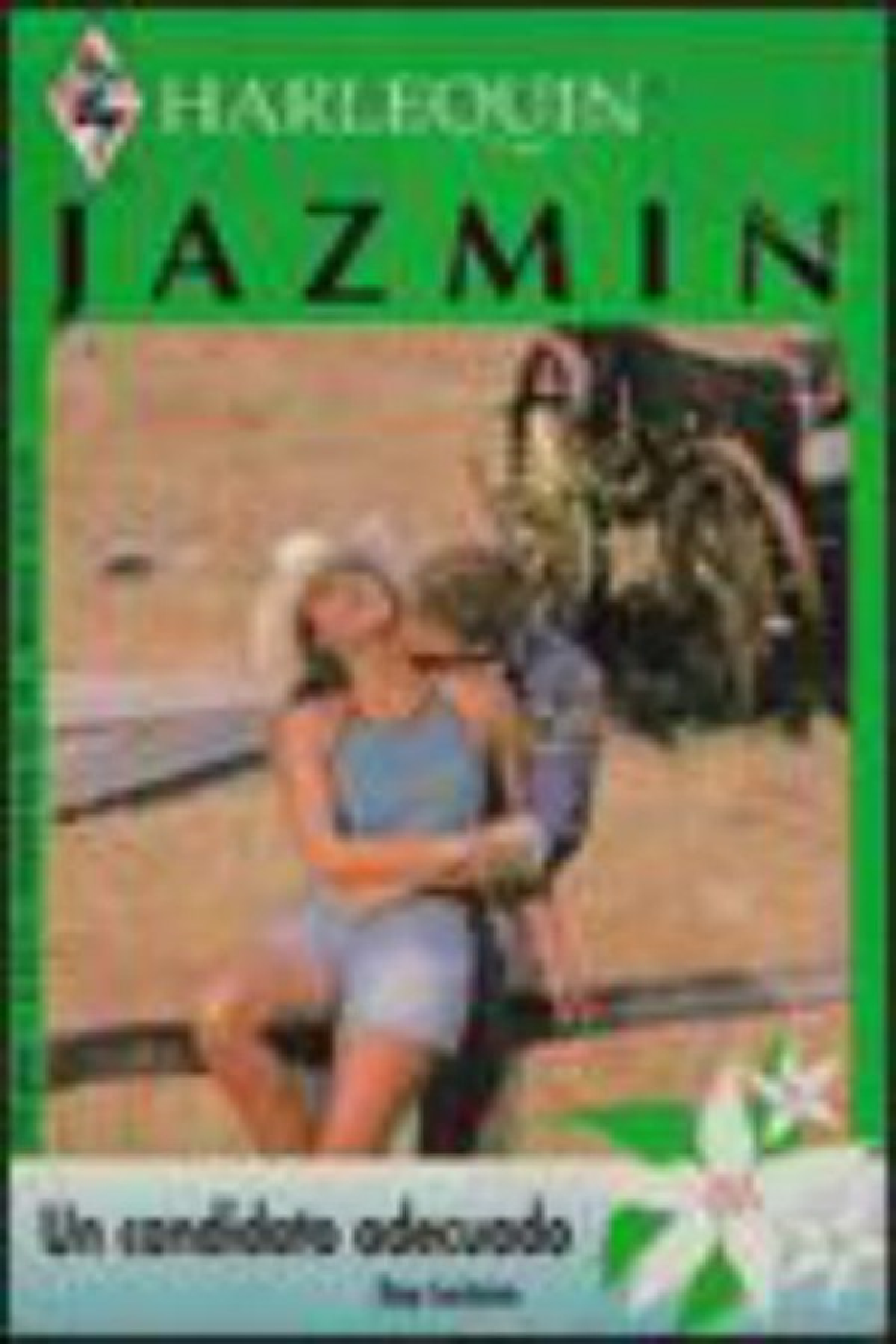

HARLEQUIN
JAZMIN
Un candidato adecuado

Un candidato adecuado

Hutch Lonigan apenas tenía diez años, pero sabía exactamente lo que quería regalarse a su madre el día de su cumpleaños: ¡un hombre! Así que una mañana acudió a una agencia matrimonial de San Antonio, con sólo nueve dólares en el bolsillo, y exigió el mejor candidato disponible.

A Ty Merrick, un discreto ranchero, le bastó mirar a Cassidy Lonigan para oír campanas de boda. Pero necesitaría mucho más que dulces palabras y besos para persuadir a esa testaruda mujer.

PRÓLOGO

LA CLASE ha terminado —anunció la profesora—. Os deseo unas buenas vacaciones primaverales. Ah, ¿Hutch Lonigan? Me gustaría hablar contigo antes de que te marches.

Por el tono de su voz Hutch pudo adivinar que no estaba contenta. El resto de los alumnos de séptimo grado desfiló hacia la puerta no sin antes lanzarle rápidas miradas burlonas. A menudo lo trataban con una mezcla de mofa, suspicacia y, ocasionalmente, abierto desagrado por ser un chico de solo diez años que se había atrevido a invadirles el territorio.

Después de amontonar sus libros sobre el pupitre, se aproximó a la señora Roon.

—Algún problema, señora?

La profesora revolvió unos papeles. «Está nerviosa, no es mal indicio», se dijo. Hutch se ajustó las gafas sobre la nariz y le dirigió una mirada fría y directa. Esa forma de mirar a menudo molestaba a la gente.

Tras observarlo fugazmente, ella apartó la vista.

—Se trata de tu proyecto para el trabajo experimental de ciencias.

—Sí?

—Tendrás que admitir que es… poco ortodoxo.

No había nada de malo en ello. Hutch esperó, haciendo pesar su silencio.

—Mm.

—Me gustaría que eligieras otro tema —dijo al fin la señora Roon penosamente.

—No.

—Comprendo por qué quieres trabajar en ese tema. Pero no es aceptable. ¿Es que no lo ves? —preguntó, con un tono suave y maternal.

Hutch adelantó la barbilla con gesto decidido. Ya tenía una madre que, por lo demás, nunca se dirigía a él en ese tono.

—Es una manera lógica de resolver un problema que nadie más ha sido capaz de solucionar.

—Se trata de tu madre.

—Ella no es lógica. No percibe el problema. Por lo tanto es improbable que intente solucionarlo. Estoy seguro de que este experimento será la solución.

—Lo siento, Hutch, pero no puedo autorizarlo. Al menos, no sin su consentimiento.

—No —dijo apretando los puños—. Si ella lo sabe se estropearán los resultados.

La señora Roon suspiró.

—Lamento decirte que es mi última decisión. Sin un permiso de tu madre por escrito, tendrás que elegir otro proyecto. Incluso con su permiso, no estoy muy segura de poder aprobarlo. Es demasiado… demasiado… —se encogió de hombros, desolada—. Eres un chico inteligente. Y tu intención es noble. ¿Pero, no te das cuenta de que no es apropiado?

Otra vez utilizaba ese tono. Hutch apretó los labios y volvió a mirarla airado.

—¿Es su última palabra?

—Me temo que sí. Tienes dos semanas de vacaciones para pensar en otro proyecto.

—Y si me opongo?

—Entonces tendré que hablar con tu madre.

—Usted se da cuenta de que no me deja ninguna opción, ¿verdad?

—Lo siento.

—Yo también —murmuró— Ha sido un placer trabajar con usted, señora Roon -dijo finalmente.

—Para mí también, Hutch.

El chico volvió a su pupitre con la carpeta que le había entregado la profesora. Se quedó mirando la pila de libros, mientras su cerebro funcionaba con airada prisa.

La señora Roon no cambiaría de opinión y no podía arriesgarse a que su madre se enterara del experimento.

Dadas esas dos premisas se puso a buscar una solución. Le bastaron unos cuantos segundos para escoger una de las opciones más intrigantes. Una leve sonrisa jugueteó en sus labios. Era una opción muy delicada.., pero los posibles resultados bien valían el riesgo.

—Gracias, señora Roon. Ya encontraré una solución —dijo al tiempo que se ponía la mochila en los hombros.

—Me alegro, Hutch -dijo la profesora con una gran sonrisa de alivio—. ¿No te llevas tus libros?

—No me hacen falta.

Ella no pudo evitar reírse ante la seguridad de su tono. El ingenio del chico inquietaba a la mayoría de la gente, aunque él nunca había comprendido la razón.

—Me imagino que no. Probablemente ya lo tienes todo memorizado.

—La mayoría de las cosas —convino Hutch mientras se dirigía a la puerta—. Adiós, señora Roon.

Salió del aula con la mente muy ocupada en planificar lo que haría en los próximos dieciséis días para lograr lo que se había propuesto. Pero a él le gustaban los buenos desafíos.

Y sin lugar a dudas, encontrarle un marido a su mamá sería el desafío más grande de todos.

CAPÍTULO 1

Asuntos a tratar para el Experimento:

1. Encontrar al hombre perfecto: Ver anuncios, revisar horario de mamá.
2. Conseguir contrato/acuerdo para prestación de servicios.
3. Preparar lista para experimentos «amorosos».

HUTCH se detuvo frente a la casa pintada de un brillante tono amarillo. Agencia Matrimonial Yellow Rose.

«Rosa Amarilla, qué cursi! Pero a mamá le encantaría».

Al contemplar la valla de tablas de colores blanco y amarillo con un buzón muy femenino, cubierto de rosas pintadas, Hutch sintió que detestaba aquel lugar. El aspecto de la casa lo hacía sentirse aún más desplazado que cuando entró por primera vez en la clase de séptimo grado y todos lo miraron como si fuera un bicho raro.

Con un hondo respiro abrió la verja, cruzó el porche y empujó la puerta principal. Para su sorpresa aquello no parecía una oficina sino un verdadero hogar.

En el vestíbulo había una mesa con un inmenso arreglo floral cuyo intenso perfume le hizo arrugar la nariz.

Después de mirar a su alrededor descubrió una habitación en la que había un escritorio con una placa donde se leía «Recepcionista».

Una anciana se encontraba detrás de la mesa, ocupada con la impresora de un ordenador. Cerca de ella cuchicheaban un hombre con una cámara fotográfica y una mujer con un cuaderno de notas en la mano.

Hutch apretó las mandíbulas. Acto seguido sacó del bolsillo un puñado de billetes y monedas que puso con gesto decidido sobre el cristal que cubría el escritorio. Eran nueve dólares con ochenta y cuatro centavos. Los ahorros de toda su vida.

—Quiero comprar todas las citas posibles con este dinero — anunció en voz alta.

El hombre y la mujer dejaron de cuchichear y observaron al muchachito con súbito interés.

La recepcionista se apartó del ordenador.

—¿No serás muy joven para estas cosas, hijito?—preguntó la señora con una ceja arqueada y sus azules ojos clavados en los de Hutch.

El chico se metió la mano al bolsillo y sacó un anuncio cuidadosamente doblado.

—Es para mi mamá. Ella necesita una pareja y yo quiero lo

mejor que tengan —replicó con las mejillas arreboladas—. Me gustaría este programa de la Fiesta Especial de San Antonio —agregó al tiempo que le enseñaba el anuncio.

—¿Sabe tu madre que estás aquí?

—No. Es un regalo de cumpleaños. Y quiero darle una sorpresa —explicó con el ceño fruncido.

—No dudo que será una sorpresa —replicó examinándolo con toda atención.

Hutch le sostuvo la mirada. Tras una larga pausa, por fin la expresión de la anciana se relajó en una amplia sonrisa de satisfacción.

—Y bien? —preguntó Hutch impasible al tiempo que un flash le iluminaba la cara.

La anciana fue al pasillo que conducía al interior de la casa.

—Ty? Necesito que me ayudes —llamó.

Un minuto más tarde se abría una puerta y un hombre muy alto y fornido entraba en la habitación.

—¿Qué sucede? —preguntó con una voz que retumbaba como una tormenta lejana.

—Es mi nieto —explicó la señora en voz baja—. El se encargará de ti y de tu mamá.

—Sí —dijo Hutch que tuvo que hacer un enorme esfuerzo para evitar salir huyendo de la agencia y de aquel hombretón.

—Wanda y María fueron a comer y yo estoy ocupada con unas cuentas. Te agradecería que te encargaras de prepararle a este jovencito el programa especial de la Fiesta de San Antonio. Ayúdalo a rellenar un formulario para su madre.

—Pero Willie —protestó el hombre al tiempo que sus ojos de un verde pálido se desviaban de la señora para clavarse en los de Hutch.

—No será difícil, Ty -dijo la anciana al tiempo que le entregaba un voluminoso formulario—. Utiliza mi oficina. Que el chico conteste las preguntas lo mejor que pueda. Cuando hayas terminado pondremos la ficha de su madre en la base de datos y veremos con quién podemos emparejarla.

—Necesito un buen candidato —dijo Hutch con decisión—. El mejor que tengan. Vamos allá — agregó al tiempo que observaba a Ty de arriba abajo, asombrado por su imponente altura y sus enormes manos y pies.

El hombre abrió la marcha por el corredor mientras Hutch trotaba detrás. Por fin llegaron al despacho de Willie.

—Toma asiento -dijo la «Montaña» mientras se acomodaba en

un asiento junto a un ordenador que ocupaba casi la mitad de la superficie del escritorio.

—¿Por qué no quiere ayudarme? —preguntó Hutch al fin.

—Yo no trabajo aquí.

—¿Por qué entonces la señora...?

—Se llama Willie Eden. Es la dueña de la agencia. Yo soy su nieto. Me encargo de supervisar la marcha del negocio. Hoy era mi día de visita —explicó con una sonrisa.

—¿Para qué me sacó una foto ese tipo?

—Son unos periodistas que han venido para hacer un reportaje sobre la agencia. Al parecer encontraron que tu caso era interesante.

—Espero no aparecer en los periódicos. Se supone que esto es una sorpresa.

—Yo me encargaré de que no suceda.

Había algo sólido y formal en el talante del hombre. Súbitamente Hutch sintió que era una persona digna de confianza.

—Bueno, ahora vamos a rellenar este formulario. Aunque me temo que todas las preguntas son personales.

—No hay problema. Conozco muy bien a mamá y sé lo que quiere.

Los pálidos ojos verdes de Ty se posaron en Hutch, cortantes y directos como un rayo láser. Hutch de inmediato sospechó que no era un hombre fácil de engañar. Así que tendría que actuar correctamente—. Además no seré demasiado criticón si eso es lo que le preocupa —agregó al notar que la verde mirada no se apartaba de sus ojos.

Para su alivio los ojos de Ty se tornaron más suaves.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Hutch Lonigan. Y antes de que se moleste en preguntarlo, tengo diez años —respondió bastante más aliviado.

—Yo soy Ty Merrick y tengo treinta y uno -dijo al tiempo que tomaba un bolígrafo—. Y ahora a trabajar. Nombre de tu madre, dirección y teléfono.

—Cassidy Lonigan. Pero usted no irá a llamarla, ¿no? —preguntó inquieto después de darle las referencias.

—Eso es cosa de Willie. ¿Qué edad tiene tu madre?

—Ya es vieja. Es por eso que debemos darnos prisa. Mañana cumple veintinueve años. Como ve, ya no le queda mucho tiempo. Y además tiene un par de arrugas por aquí —declaró llevándose los dedos al rabillo de los ojos.

—Está en plena decadencia, ¿no? —observó Ty al tiempo que

intentaba evitar la risa.

—Pero no escriba eso. Tal vez si van a un sitio romántico, con velas, el candidato no se dará cuenta.

La cara de Ty desapareció detrás del formulario, incapaz de ocultar su hilaridad.

—Sigamos. Estatura y peso —inquirió con voz neutra al cabo de un instante.

—No es gorda. Y es bastante alta. Bastante más alta que yo. Aunque no me preocupo porque la estatura es un rasgo genético característico de la familia, y todas las posibilidades juegan a mi favor—declaró, adelantando la barbilla con decisión.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Color de los cabellos y de los ojos?

—Pelo castaño oscuro y ojos grises.

—Ocupación?

—Me parece que esta semana trabaja de camarera. A propósito, ¿quiere que le enseñe una foto?—sin esperar respuesta sacó una fotografía del bolsillo y se la tendió.

Hutch ocultó una mueca burlona al ver la reacción del hombre montaña. Su expresión era igual a la suya cuando le servían una gran copa de helado. Desde luego que su madre era bastante mejor que los helados. Hasta sus propios compañeros de clase lo admitían.

Sin hacer comentarios, Ty le devolvió la foto.

—Camarera?

—Ella trabaja en lo que puede. Y la verdad es que trabaja mucho —afirmó con una cierta tristeza—. Y le aseguro que no quiere un marido o algo así para que la ayude a pagar las cuentas.

Ty alzó las manos. Eran unas manos de largos dedos, deterioradas. Como las de su madre, claro que un poco más grandes. «Así que él también es un trabajador», pensó con menos tristeza.

—Tranquilo, amigo. Yo solo hago preguntas. No soy un juez, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Qué más quiere saber?

—Estado civil. Hijos. Tipo de residencia.

Hutch respiró hondo.

—Vivimos en un apartamento. Ella es soltera. Lonnie, ese era mi papá, se marchó hace cinco años. Creo que debí haber dicho divorciada. Los papeles del divorcio llegaron tiempo después de su partida —declaró Hutch encogiéndose de hombros—. En cuanto a los hijos, bueno, soy yo. Así que el tipo no tendrá que esforzarse mucho. Solo somos los dos, y yo no le daré problemas.

—Estoy seguro de que así será —comentó Ty bajando la mirada.

Pobre niño. Llamaba a su padre por su nombre de pila. ¿Se daba cuenta realmente de su desesperación por encontrar un reemplazante? Muy dudoso que así fuera. El creía tenerlo todo estudiado... o al menos así lo pensaba—. ¿Cuál sería su compañero ideal? ¿Tienes alguna idea?—preguntó tras una pausa.

—Un vaquero o un ranchero.

—Estás de broma.

—Bueno, es lo único que le falta por conocer.

—¿Lo único?

—Sí. Me refiero a lugares y a los tipos de esos lugares.

Ty sintió que la palabra «tipos» lo molestaba. ¿Es que el chico quería decir que su madre había salido con varias clases de hombre buscando al compañero ideal? Ty apretó los labios. Por alguna razón, le molestaba considerar esa posibilidad, especialmente después de haber observado la sonrisa amplia y generosa de Cassidy Lonigan y un atisbo de vulnerabilidad que asomaba desde el fondo de sus grandes ojos grises.

—¿Viajáis mucho?

—Estamos obligados. Al principio lo hacíamos con Lonnie. Ahora mamá intenta encontrar un hogar perfecto para nosotros. Pero la manera en que lo intenta no funciona. Por eso es que decidí ayudarla.

—Y tú crees que resultará de esta manera?

—Un ordenador todo lo resuelve —declaró satisfecho—. ¿Qué más necesita saber?

—¿Cuáles son las cosas que la desagradan? —preguntó Ty, decidido a cambiar de tema.

—April Mae.

—¿Cómo dices?

—Esa es la chica con la cual mi padre se escapó. Lonnie tuvo que esperar hasta que ella terminara el colegio antes de abandonarnos y eso le dolió mucho a mamá. ¿Ya hemos terminado?

—No todavía. Ahora viene la parte más difícil. Me temo que las próximas preguntas serán más personales —observó Ty con el ceño fruncido. Le disgustaba someter al niño al interrogatorio que vendría a continuación.

—Usted bromea. ¿Cree que las otras preguntas fueron muy fáciles? —explotó Hutch—. ¿Más personales? ¿Qué más les interesaría saber?... ¿O tal vez usted se refiera a... ? —balbuceó con una mirada de horror—. ¡Eso es repugnante! Mi mamá no hace esa clase de...

Ty intentó ocultar su regocijo. De uno u otro modo ella tendría

que haberlo hecho alguna vez, puesto que la evidencia de ello se encontraba sentada frente a él, mirándolo furioso.

—Verás… esto sería más fácil si pudiéramos hablar con ella. ¿Estás seguro de que no puedes traerla aquí el día de su cumpleaños? Podríamos hacerle todas estas preguntas y conseguir una mejor…

—No! Mi madre no lo hará si… —Hutch se detuvo bruscamente, intensamente ruborizado.

—Vamos, vamos. No te pares, por favor. ¿Tú crees que ella se molestaría si supiera lo que intentas hacer? —preguntó Ty. La expresión divertida se había borrado de su cara. Claro, justo lo que su abuela necesitaba. Más problemas. Se inclinó sobre el escritorio, no sin antes apartar un delicado florero que contenía una sola rosa amarilla—. Mira, chico. Si esto es algo que ella no aprobaría, ¿por qué obligarla a aceptarlo?

—Es posible que no lo apruebe, pero lo conseguirá como sea —respondió Hutch, desafiante.

—Debes aceptar lo hechos, chico —lo amonestó Ty secamente—. Si no eres capaz de responder las preguntas no podré componer su perfil. Así que o tú o ella tendrán que responder el cuestionario. ¿Qué me dices?

—¿Cuáles son las otras preguntas? —preguntó Hutch disgustado.

Ty miró el formulario.

—Intereses generales, aficiones, cosas en que se siente fuerte y en las que se siente débil. Tipo de personalidad. Metas y ambiciones. Y además se supone que tiene que hacer una descripción de sí misma.

La expresión del chico era de una total perplejidad. Pero eso fue solo al principio.

—Bueno, vamos a ello —dijo resueltamente al cabo de un instante —. ¿Su teléfono tiene altavoz para que ambos podamos escuchar a mi madre y también dejarla en espera sin que nos oiga?

—Sí.

—¿Puedo utilizarlo?

—Aquí lo tienes —dijo Ty al tiempo que le acercaba el aparato.

—Hola, mamá. Soy yo —dijo Hutch tras marcar el número y esperar un instante—. ¿Vas a salir? Ah, muy bien. Te voy a poner en el altavoz, ¿no te importa?

Ty presionó un botón y un tono de voz más dulce que un melocotón de Georgia invadió la estancia.

—No, no me importa, cariño. ¿Que sucede? ¿Dónde estás?

—En casa de un amigo y necesito tu ayuda. Estoy trabajando en

un proyecto científico para el colegio y...

—¡Un amigo? ¿Lo conozco? ¿O es una amiga? ¿Cómo se llama? —preguntó con un entusiasmo que intentaba disfrazar su cálida preocupación maternal.

—Se llama Ty Merrick, mamá. Ahora presta atención. Estamos haciendo un trabajo sobre personalidad y necesito hacerte unas cuantas preguntas.

—Y me reconocerán en ese trabajo?

—Es confidencial —murmuró Ty.

—Eres tú, Ty? Que gracioso, tu voz suena como la de un adulto.

Hutch se sobresaltó.

—Mamá, sabes que todos mis compañeros son bastante mayores que yo. Y Ty es realmente grande.

—Dios mío! ¿He sido desconsiderada? Lo siento, Ty. Espero no haberte molestado.

Su nombre le llegó a través del aparato como un leve y cálido suspiro. No tenía acento tejano. Quizá había acertado con aquello del melocotón de Georgia. De pronto sintió el súbito deseo de conocer a aquel ser de largas piernas, de veintinueve años, con cabellos castaños y ojos grises que brillaban como la plata. Deseaba comprobar de cerca si aquellos ojos con las pequeñas arrugas en los extremos, que a Hutch tanto le perturbaban, eran tan intensamente atrayentes como su voz.

—No, no me has molestado —respondió Ty tras un largo silencio y en tono suave para que ella no notara que era un hombre y no un chico—. Intentaba adivinar de dónde es tu acento.

—Oh, soy del estado de Georgia —declaró con una risita.

—Bueno, mamá. ¿Podemos hacerte las preguntas? —intervino Hutch impaciente.

—Claro que sí, cariño. Vamos allá.

—Mamá, te vamos a dejar a la espera un segundo mientras Ty y yo seleccionamos las preguntas.

—Pero no sería mejor que lo hiciéramos personalmente? —rió ella.

—No, porque eso podría estropear los resultados.

—Y sería grave, ¿verdad, cariño? De acuerdo, esperaré.

—Gracias, mamá. Espera un poco —Hutch presionó el botón para interrumpir la comunicación con ella.

Ty, que todavía no podía creer el efecto que esa voz le había producido, miró severamente a Hutch.

—No me gusta engañar a las personas. La próxima vez no me impliques en tus mentiras, porque no lo voy a tolerar. ¿Queda claro,

jovencito?

Abatido, Hutch asintió con la cabeza.

—Sí, señor. De acuerdo.

—Bueno, prosigamos. Vas a leerle a tu madre una lista de adjetivos y ella ha de elegir los que considere más ajustados a su personalidad.

Después de conectar la comunicación, Hutch le leyó la lista.

—Creo que definitivamente soy sentimental y afectiva. A veces demasiado —confesó Cassidy—. También me considero extrovertida. Me gusta trabajar en contacto con la gente. Creo que soy muy segura de mí misma. Hago lo que me parece que es lo mejor sin importarme la opinión de los demás. Pienso que se podría decir que tengo un espíritu aventurero —agregó vacilante—. Ya ves que a menudo nos trasladamos de un lugar a otro. Pero definitivamente no soy una romántica.

—Vamos, mamá, y ¿cómo le llamarías a eso de las velas para cenar, el baño con burbujas y todo lo demás?

—Eso, mi pobre niño, se llamaría ser femenina, pero no romántica. Me pueden gustar esas cosas de niñas, como las llamas tú, sin tener que implicar en ellas a un hombre o vivir un romance. Todo eso es por mi propio placer, no para seducir a un marido.

Ty pensó que obviamente su ex la había dejado muy resentida.

—¿Y qué más?

—Veamos, soy tolerante, práctica.

—Eso sí que no, mamá.

—Qué te hace pensar que no lo soy? —preguntó, perpleja.

—Si fueras práctica, no te pasarías la vida dándole calabazas a tus admiradores. Además, habrías demandado a Lonnie cuando te robó todo el dinero para escaparse con April Mae en tu furgoneta nueva.

—Siempre he deseado que tu papá no hubiera hecho eso —admitió en voz baja—. Me temo que te dio un mal ejemplo y eso malogró vuestras relaciones.

La sencilla observación de Cassidy se le hizo a Ty insoportablemente penosa. Cerró la comunicación antes de que Hutch reanudara la conversación.

—Jovencito, limítate a hacer las preguntas y a dejar que tu madre responda, ¿queda claro?

—No fue la partida de Lonnie lo que malogró la relación. Fue lo que dijo cuando se marchó de casa. Hizo llorar a mamá. El próximo tipo que se case con ella no la hará llorar. La hará reír —murmuró el niño con la barbilla temblorosa.

—Mira, amigo —dijo suavemente, luchando con el sentimiento de simpatía que sentía hacia esos dos seres heridos—. La felicidad no se encuentra por el simple hecho de casarse. Primero hay que encontrarla dentro de uno mismo y luego compartirla con los demás. A veces a través del matrimonio. A veces a través de la amistad.

—Usted habla como mi mamá —replicó Hutch al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Quizá deberías escucharla. Si no te importa yo le leeré el próximo apartado. Y te ruego que no interrumpas.

—No lo haré, a menos que esté equivocada -dijo el chico encogiéndose de hombros.

Ty se mordió la respuesta y apretó el botón de la comunicación.

—Señora Lonigan?

—Te escucho.

—Las próximas preguntas serán más personales. Conteste lo mejor que pueda.

—Veamos.

—Cuál sería una velada ideal para usted? —preguntó, curioso por saber la respuesta.

—Esa pregunta es muy fácil. Pasaría largas horas en un buen baño de fragante espuma y rodeada de esas velas aromáticas que Hutch odia tanto. Ah, y con un buen libro.

Ty parpadeó ante la imagen que su mente empezaba a crear. La luz de las velas iluminaba los cabellos recogidos sobre la cabeza, sus ojos grises brillaban con una chispa de picardía, montones de burbujas blancas realzaban la pureza de su piel. El se inclinaba hacia ella y le quitaba una burbuja de la nariz antes de...

—Ya has terminado? —la voz de Cassidy lo arrancó de su ensoñación.

—Lo siento. Todavía quedan algunas. ¿Cuáles son sus virtudes y sus defectos?

—Vaya, esas son preguntas difíciles. Bueno, diría que soy trabajadora. Y en cuanto a los defectos...

—Eres demasiado generosa —interrumpió Hutch.

—Ese no es un defecto, cariño —murmuró y luego dejó escapar un profundo suspiro—Para ser honesta, creo que soy demasiado orgullosa. Quiero cuidar de mí misma y de Hutch sin tener que volver a depender de nadie. Deseo conseguir todo lo que necesite por mi propio esfuerzo.

La respuesta de Cassidy le hizo recordar a su abuela Willie, una mujer fuerte, decidida, llena de pasión y energía.

—¿Cuál es su idea de una cita perfecta?

—Cielo santo, sí que es una pregunta extraña —comentó vacilante—. ¿Dices que todo esto es para un trabajo de Ciencias?

—Sí —intervino Hutch rápidamente—. Te lo explicaré cuando quede terminado.

—Bueno, creo que una cita perfecta podría consistir en que me obsequien un bello ramo de rosas amarillas acompañado de una excelente cena. Soy feliz con una buena comida —dijo riendo.

—Y las rosas amarillas?

—Me gustan. Para mí es el color de la esperanza.

—Le gustan a rabiar —susurró Hutch—. Por eso elegí este lugar.

—Tiene sentido —murmuró Ty.

—Escuchad chicos. Tengo que irme a trabajar. ¿Falta mucho para terminar?

—Una última pregunta —dijo Ty—. ¿Cuáles son sus metas y ambiciones?

—Educar a mi hijo lo mejor posible. Estoy ahorrando para poder comprar una casa. Un pequeño lugar que sea nuestro, con un patio y un jardín donde pueda cultivar rosas amarillas. Un hogar donde podamos echar raíces hondas y duraderas.

Ty sabía mucho de eso. Durante generaciones su familia había vivido en la zona de San Antonio.

—Es bueno echar raíces en algún lugar —comentó.

—Me alegra que así lo pienses, Ty. Esa es mi meta. Y no deseo otra cosa.

—¿Ni siquiera un marido?

—¡Cielo santo, no! No quiero un marido para nada —respondió de inmediato, con gran vehemencia—. ¿Qué te hizo pensar en esa locura?

Durante un largo instante Ty guardó silencio, luchando por controlarse.

—Se me ocurrió de repente —contestó con los dientes apretados. Quería estrangular a Hutch—. Gracias, señora Lonigan. Le agradezco mucho que nos haya dedicado su tiempo.

—No hay de qué. Hutch, ¿a qué hora vuelves a casa?

—Estaré allí a la hora de cenar, mamá.

—Llámame si vas a llegar más tarde. Y si quieres invitar a Ty, no dejes de hacerlo -dijo antes de cortar la comunicación.

—Todavía pretendes seguir adelante después de lo que has oído? —preguntó Ty con dureza.

—Su deseo de independencia es una fijación temporal. Ya se le pasará. Y yo me encargaré de que así sea —replicó Hutch en tono

despreocupado.

—Bueno, quedaba una última pregunta que tendrás que responder en su lugar. Aunque creo que es una pérdida de tiempo —dijo Ty irritado—. ¿Qué crees que buscaría tu madre en una relación sentimental?

La pregunta ya no tenía sentido, pero había que terminar el maldito cuestionario.

—Diría que ella todavía no lo sabe. Pero desea casarse —respondió Hutch con una sonrisa entrañable.

OPERACIÓN MARIDO
por Hutch Lonigan

Informe sobre el desarrollo de los acontecimientos

La Montaña no estaba muy contento conmigo. Dijo que yo tenía secretos y que sería mejor dejar el asunto. Bueno, ¡claro que los tengo! ¿De qué otra manera podría conseguir un papá? De todos modos prometió tener un hombre disponible para el cumpleaños de mamá, que es mañana. Y si esto no resulta tendré que echar mano del Plan B. ¡Ojalá que no sea así! Tengo que hacerme cargo de solucionar el problema de mamá, ya que ella no se preocupa.

Y en eso estoy.

CAPÍTULO 2

Organización del procedimiento:

1. Llevar a mamá a la agencia sin que se dé cuenta.
2. Esperar que el ordenador haga su trabajo mágico.
3. Comprobar los datos estadísticos del candidato. Asegurarse de que el tipo no sea un perdedor.
4. Convencer a mamá de que acepte.

CASSIDY revisó las cifras por cuarta vez. ¿Qué diablos iba a hacer?

Un ensortijado mechón de sus cabellos castaños oscuros se le vino a la frente y ella lo apartó con una mano temblorosa. Otra vez volvió a mirar su libreta de cuentas. De acuerdo. Decidió que primero había que pagar la última cuota del ordenador de Hutch. Tenía que hacerlo porque ese ordenador era el futuro de su hijo.

Y si hablara con la señora Walters y le explicara la situación tal vez la dueña del piso consentiría en aplazar el pago del alquiler unos cuantos días. Tal vez podría conseguirlo si la sobornaba con otro ramo de sus escuálidos rosales.

De acuerdo. Y qué más? La factura de la luz. Muy importante para el funcionamiento del ordenador de Hutch. Y luego, la comida. Tal vez Freddie podría darle algo de lo que sobraba en el restaurante. Con eso estiraría los centavos. Y podría prescindir de los gastos extra. No más café instantáneo. Podría saltarse el almuerzo. No tenía que enfermar, ni volver a torcerse los tobillos.

—Todo va bien, mamá?

Ella se esforzó por sonreír.

—Muy bien, cariño. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque ahora tus ojos tienen un color plomizo y cuando te ríes son plateados —respondió sentado al borde de la silla de la cocina —. ¿Cuál es el problema?

—Nada, corazón. Todo va bien. De veras.

«Sonríe. Piensa en algo bonito», se ordenó a sí misma. De inmediato se le vino a la mente el momento en que había dado a luz a su hijo. Incluso entonces había demostrado una intensa curiosidad que más tarde conformaría su temperamento. La había observado con sus grandes ojos azules y en ese instante su corazón le había dicho que haría cualquier cosa por él... que sacrificaría todo por él. El niño había sido su única luz en meses de temor y desesperación.

El había hecho que la vida valiera la pena y ese solo pensamiento calmó su tensión.

—Y ahora qué ves?

—Vaya! Se han vuelto plateados otra vez —comentó—. ¿No te olvidarás de lo de mañana, no? Es necesario que te escapes del trabajo un par de horas y así podré entregarte la sorpresa de cumpleaños.

Ella frunció el ceño al tiempo que señalaba libro de las cuentas.

—No lo sé, Hutch...

—Me lo prometiste, mamá. Por favor.

—Y una promesa es una promesa —concedió la madre con un suspiro—. De acuerdo, cariño. Hablaré con Freddie.

Y con la señora Walters y con los de la compañía eléctrica. Todos comprenderían. Cassidy respiró hondo. No había otra alternativa. Ellos tendrían que comprender.

—Él quiere un padre.

Willie asintió.

—Todos los niños quieren un padre. ¿Es eso tan malo?

Ty, que estaba apoyado en uno de los pilares del porche, se volvió hacia su abuela. Estaba sentada al fondo, en una mecedora de madera, su lugar favorito.

—No para Hutch. Pero dudo que Cassidy Lonigan piense lo mismo. Me dio la impresión que estaba harta de hombres. ¿Qué pasaría si nos arma un alboroto por haber alentado la idea del chico?

—Te pareció que era una alborotadora?

Ty frunció el ceño. No. Intuía que Cassidy era una mujer de buen corazón, devota de su hijo.

—No. Ella irá a la cita con el candidato que el ordenador le seleccione. No le gustará para nada, pero lo hará por su hijo.

—Entonces, problema resuelto.

—No está resuelto, Willie —dijo con el ceño fruncido. No sabía bien por qué se implicaba en el caso Lonigan. Tenía trabajo más que suficiente esperándolo en el rancho. Un trabajo agradable, enérgico. Un tipo de trabajo que no daba lugar a pensamientos relacionados con melocotones de Georgia y niños. Pero Willie prácticamente lo había criado. Nunca podría compensarla por todo lo que le debía. Así que invertía dinero en la empresa y periódicamente revisaba la contabilidad, como una pequeña demostración de su gratitud y

cariño hacia la anciana—. Me pregunto si es prudente alentar los proyectos del chico a sabiendas de que a la madre no le interesa el asunto.

—Es posible que encuentre al hombre de sus sueños —replicó Willie complaciente al tiempo que comenzaba a mecerse—. Eso es exactamente lo que hacemos aquí, Ty.

Disgustado, dejó escapar un suspiro.

—No participará Wanda en la selección, ¿verdad? Odio que hagas eso.

—No te metas con ella. Es la mejor colaboradora que tenemos — replicó Willie con una risita.

—Eso habría que discutirlo.

—Wanda es una romántica. Pero no olvides que en nuestra propia familia también hay leyendas románticas.

—No empieces con eso de nuevo —advirtió Ty.

—Eres el hombre más cabezota que he visto en mi vida. ¿Crees que te habría hablado sobre “El Beso” si yo misma no lo creyera? ¿Por quién me tomas? ¿Por una vieja chiflada? —preguntó enfadada.

—Sí, niña vieja -dijo al tiempo que se sentaba junto a ella en la mecedora y le pasaba un brazo sobre los hombros —. Sospecho que estás a punto de verte en una habitación acolchada y con un enorme guardián llamado Louie.

—Vamos, que hablo en serio. El hecho de que aún no hayas besado a la mujer adecuada no significa que no exista la persona ideal para ti.

—Solo un beso y lo sabré —se burló Ty—. Me has estado contando esa historia desde que era un bebé.

—Y entonces sabrás que ese es el verdadero amor. Sí, señor, así será. Le sucedió a tus padres, a tus abuelos, a tus bisabuelos. A todos. El asunto es que tardas más que nosotros. Pero a ti te ocurrirá también -declaró Willie con un enérgico gesto de asentimiento.

—Me parece que hablábamos de la situación sentimental de Cassidy Lonigan. ¿Esa periodista todavía merodea por ahí?

—Estaba intrigada con el jovencito Hutch, especialmente por el hecho de que le hayamos permitido comprar una cita por solo nueve dólares.

—Así que la periodista hará un seguimiento de todas las citas que organice la agencia?

—Posiblemente.

—Y si Cassidy rechaza los candidatos que seleccione el

ordenador?

—Por qué no te preocupas a su debido tiempo?

Algo en el tono de su abuela lo obligó a escrutarla con su mirada de lince. Su voz era demasiado... complaciente.

—Soy realista. El matrimonio de Cassidy Logan fue un fracaso. Y ha rechazado a todos los pretendientes que se le han acercado, según dijo Hutch. Por eso el chico decidió intervenir en el asunto.

—Deja de ser tan lógico. Estás pensando con la cabeza y lo que importa es el corazón, que es nuestro negocio, ¿verdad? Para eso nos han contratado. ¿Por qué no le das una oportunidad a la agencia antes de decidir que el asunto no funcionará?

—Quizá estaría más dispuesto si no hubiese sabido que tu querida Wanda se dedicaba a emparejar a la gente por su cuenta, prescindiendo del ordenador.

—No me puedes negar que su éxito fue fenomenal.

—No lo niego, pero no olvides que legalmente Yellow Rose es una agencia matrimonial informatizada.

—Eso es un detalle. Lo que importa es que la agencia se encarga de emparejar a las personas y que todos los encuentros han terminado en boda. ¿Qué te hace pensar que este no acabará igual?

—Porque la dama está asustada.

—Entonces tendremos que escoger a alguien que le quite el miedo con mucha delicadeza, ¿no te parece?

—Cuidado, mamá. No mires.

—Oh, Hutch. Voy a tropezar. ¿Esta venda es absolutamente necesaria?

—Quiero que sea una sorpresa.

—Prometo que no miraré. Pero tendrás que guiarme. Si me caigo y me rompo una pierna no podré hacer mi trabajo en el café. Tú sabes que siempre tengo problemas con mis movimientos.

—Lo sé muy bien, mamá. Pero no te preocupes que yo te guiaré. Ahora quédate quieta aquí mientras abro la puerta de la valla.

Ella intentó vislumbrar dónde se encontraba por debajo de la espesa venda que le cubría los ojos. No quería estropear la sorpresa a su hijo, pero había tenido que llevarla desde que bajaron del autobús, unas cuantas manzanas más atrás. Dada su mala suerte en esos asuntos, sería una precaución muy sabia asegurarse de no tropezar con sus propios pies. Arrugó la nariz un par de veces intentando alzar un poco la venda, pero su hijo la había atado con

el cuidado que ponía en todos sus empeños.

—Cariño, basta ya de bromas. ¿Dónde estamos?

—En tu regalo de cumpleaños. Ahora hay unos pocos peldaños. Sujétate a la barandilla. Muy bien. Y pon la otra mano en mi hombro. Eso es. Un escalón más y estaremos en el porche. Quédate quieta ahí mientras abro la puerta de la casa.

—Y podemos entrar sin más? —preguntó preocupada.

Hutch la ayudó a entrar y luego le soltó el brazo.

—Claro que sí. Aquí me conocen. Espera junto a las flores mientras voy a buscar a la señora Willie.

Cassidy escuchó una voz profunda que hablaba con Hutch. El tono le resultaba familiar. ¿Dónde lo había oído antes?

En vez de esperar a su hijo, dio un paso adelante y tropezó; pero unos fuertes brazos, que no eran precisamente los de Hutch, la rodearon. La venda se enganchó en un botón de la camisa de su salvador y descendió unos milímetros, lo que le permitió una fugaz visión del hombre que la sostenía.

Era impresionantemente alto y fuerte, con poderosos músculos en el pecho y en los brazos cuyos bíceps sintió bajo la palma de las manos. Antes de retirar la nariz, apoyada en el amplio pecho masculino, sintió el fresco y limpio aroma que se desprendía de su cuerpo.

No era tan apuesto como el padre de Hutch. Pero la apostura de Lonnie solo había servido para ocultar al ser superficial que había en su interior. Los rasgos del que la abrazaba eran muy marcados, clara y fuertemente delineados. No cabía ninguna duda. Era todo un hombre, mientras que Lonnie era un niño cuando se conocieron y un niño cuando al fin se separaron.

Al alzar un poco más la vista se encontró frente a unos ojos de color verde pálido que la miraban del modo más desconcertante que hubiera experimentado jamás. Extrañada, pensó que esa intensa mirada verde se deslizaba directo hacia su espíritu, como si buscara a su verdadero ser.

«Cuidado, no estás segura», le advirtió una voz interior.

Al instante se zafó de los brazos del hombre, alzando las manos con un movimiento tan brusco que lo golpeó en la mejilla.

—Lo siento mucho. Siempre me pasa lo mismo. No sé que hacer con mis manos y pies —dijo en tono contrito—. Por favor no le diga a Hutch que he mirado —agregó suplicante al tiempo que se ajustaba la venda y retrocedía con la extraña necesidad de poner distancia entre ellos—. ¿Hutch? ¿Dónde estás, cariño?

—Aquí, mamá. Ven.

—No me importaría nada si me explicara qué sucede aquí —preguntó en un murmullo.

—Hutch se ha esforzado mucho para darle esta pequeña sorpresa. Y estoy seguro que usted no querrá estropearla.

—¿Tú no eres Ty, el que me llamó por teléfono? —preguntó de pronto con aprensión.

—Para servirte.

—Santo cielo, pensé que eras amigo de Hutch.

—Y lo soy.

—Pero él me dijo... yo pensé que...

—Que era un chico. Lo siento mucho. Creo que ya podemos quitarte esto —dijo Ty.

El hombre deslizó las manos por detrás de la cabeza de Cassidy que sintió una gran tentación de huir, pero en vez de hacerlo se quedó paralizada allí mismo. Intentó rechazar el ridículo temor que se apoderaba de ella y rechazar también su atracción hacia ese hombre inquietante. Tenía que ser por el fresco aroma silvestre que se desprendía de su cuerpo, ya que el resto no era demasiado atrayente. Bueno, aparte de su figura, del color de los ojos y de su voz.

—Sorpresa, mamá. ¡ Feliz cumpleaños! —anunció Hutch.

Libre de la venda, se dio cuenta de que había otras personas en la sala, además de Hutch y Ty. Junto a su hijo había una hermosa anciana de pelo blanco. Y en un rincón, un hombre y una mujer que la miraban con una intensidad que la incomodaba.

—Bienvenida, señora Lonigan. Soy Willie Eden, propietaria de la agencia Yellow Rose. Su hijo ha contratado nuestros servicios como un presente de cumpleaños para usted.

—¿Qué servicios? —pregunto Cassidy intentando ocultar su aprensión.

—Somos una agencia matrimonial.

—Que sorpresa... más encantadora —balbuceó al tiempo que intentaba sonreír abiertamente, rezando para que su hijo no notara su horror.

En ese instante un flash la obligó a parpadear.

—Mantén la sonrisa —le sugirió Ty—. Ellos son periodistas.

—De quién fue la idea? —preguntó entre dientes.

—De tu hijo.

Eso lo cambiaba todo. Una sonrisa más natural apareció en su rostro y abrazó a Hutch con fuerza.

—Gracias, cariño.

—No te importa, ¿verdad, mamá? Descubrí el anuncio en el

periódico. Es la Agencia Rosa Amarilla. ¿Te das cuenta? Rosas amarillas. Y aquí utilizan ordenador.

Eso explicaba el interés de Hutch.

—No me digas. Ordenadores, vaya. Ya veo por qué te llamó la atención. Muy científico.

—No puedes perder. Ahora la señora Willie va a introducir tus datos y luego veremos quién será tu acompañante.

—Está lista? —preguntó la anciana alzando una ceja.

Cassidy captó una huella de comprensión en la voz de Willie. Al parecer, la jefa había captado su falta de entusiasmo.

—Estoy lista —dijo con una sonrisa desconcertada.

Willie se acercó al ordenador y presionó una serie de botones. Un minuto más tarde la impresora empezó a funcionar y sacó una página inicial.

—Cielo santo! Mirad esto. Ha encontrado una pareja que coincide con ella en un noventa y nueve por ciento. No creo haber visto nunca que esto suceda al primer intento.

—¿Quién es? —inquirió Hutch—. ¿Es el mejor candidato?

—Un noventa y nueve por ciento sugiere que es un excelente candidato. No se puede conseguir algo mejor —confirmó Willie.

—No lo sé. Ese uno por ciento que falta podría ser un problema —objetó Hutch con el ceño fruncido.

La próxima página salía ya de la impresora.

—De acuerdo. Aquí están los resultados. Y el ganador es... —los ojos de Willie se abrieron de par en par—. ¡Cielo santo!

La periodista y el fotógrafo se inclinaron sobre el hombro de Willie.

—Qué dice? —la periodista arrancó la hoja de las manos de la jefa y luego enarcó las cejas—. Ty Merrick. Esperad un minuto. Conozco ese nombre. Ah, es usted —dijo al fin volviéndose a Ty.

—¡Willie! ¿Qué demonios has hecho? —Ty le arrebató el folio a la periodista—. Esto no puede ser. Debe haber un error.

Cassidy le echó un rápido vistazo. Probablemente Ty tenía razón y había un error. Esas cosas pasaban, especialmente en rarezas mecánicas como un ordenador. Pero no, ahí estaba su nombre.

El ranchero tejano Ty Merrick era en un noventa y nueve por ciento la pareja ideal para la camarera Cassidy Logan.

—Tiene que haber un error —repitió Ty—. Ni siquiera figuro en la base de datos del maldito ordenador.

Willie se aclaró la garganta.

—A decir verdad eso no es tan cierto. Verás, te pusimos a modo de prueba y creo que se nos olvidó borrarte.

—Bien, elige entonces al siguiente candidato.

—No hay otro. Generalmente tenemos dos o tres más. Pero en este caso solo hay uno. Y eres tú.

Hutch sonrió muy contento.

—Feliz cumpleaños, mamá. Yo te lo compré —exclamó al tiempo que se volvía a Ty—. El es tu regalo.

—Es maravilloso. No podría estar más contenta.

Ty se aproximó a su abuela y le pasó un brazo por los hombros.

—Perdonen, será solo un momento. Willie, tenemos que hablar -dijo al tiempo que la tomaba por un codo y la conducía fuera de la sala y lejos de la periodista—. ¿Qué demonios quieres decir con aquello de que el ordenador me seleccionó?

—Tu caso era solo un ensayo -dijo ella a la defensiva—. Pusimos tus datos cuando estábamos probando el ordenador. Pensé que te había borrado del fichero.

—Bien. Hazlo ahora.

—No puedo borrarte -dijo ruborizada—. Ty, escúchame, la periodista lo ha visto todo. Tú fuiste el único seleccionado. Y no hay más.

—¿No te importaría explicarme cómo ha sucedido todo esto? —preguntó al tiempo que hacía un enorme esfuerzo para contenerse.

—No sabría decirlo. Pero sucedió, y nada puedo hacer para remediarlo —Willie se plantó en medio de la estancia con las manos en las caderas, y sus ojos, tan azules como los de Hutch, clavados en él—. Necesito que salgas con esa mujer.

—Y si me niego? ¿Qué le pasará a la empresa si me niego?

—Estás en tu derecho y desde luego que no puedo obligarte. En cuanto a la empresa, no estoy segura de que pueda afrontar una campaña publicitaria adversa.

Ty era lo suficientemente mayor como para decirle a su abuela lo que quisiera, pero sentía demasiado respeto por la mujer que lo había criado, así que se abstuvo de ofenderla con las duras palabras que tenía en la punta de la lengua.

—¿Y qué tendría que hacer? —se limitó a preguntar.

—Salir con ella unas cuantas veces.

—¿Cuántas?

—Las necesarias para dejar satisfecho a su hijo.

—Eso sí que es duro, Willie. El chico es difícil de satisfacer.

—Bueno, tal vez no le gustes a la madre. Entonces quedarás libre de cualquier compromiso —comentó encogiéndose de hombros.

—Y qué pasaría si a mí no me gusta? —inquirió con una dura

mirada.

Por primera vez una sonrisa iluminó el rostro de Willie.

—Tú crees que eso es posible, hijo?

—Todo es posible. Sé que esto no va a resultar—comentó con más suavidad—. Y alguien puede salir dañado, incluso tu empresa.

—Pero hay algo que no has considerado.

—Y qué es?

—Que ella podría ser ese alguien que has estado esperando durante todos estos años. Todo lo que tienes que hacer es besarla. Y entonces lo sabrás con toda seguridad.

—Seguro que sí, Willie. Lo que tú digas.

¿Cómo sería besar a Cassidy Lonigan... asumiendo que ella no lo matara en el curso del acto? ¿Sería su beso tan dulce como su voz?

Todas sus dudas se habían disipado. Haría cualquier cosa por Willie.

—Lo harás? —preguntó su abuela en voz baja.

—Voy a salir con ella. Pero tú has de prometerme que buscarás otro candidato. Ese niño necesita un padre y me gustaría ver que al fin lo consigue. Aunque sospecho que será una ardua tarea.

—Señor Merrick —llamó el fotógrafo—. ¿Podríamos tomarle una foto junto a la señora Lonigan?

—Más bien preferiría que no —empezó a decir Cassidy.

—No publicaremos la foto sin su permiso —se apresuró a decir la periodista—, pero estamos tan intrigados con la petición de su hijo que sería una historia emocionante para nuestros lectores.

—No te gusta mi regalo? —preguntó Hutch inseguro.

Era la primera vez que Ty veía un rastro de vulnerabilidad en Hutch. Rápidamente cruzó la habitación y le pasó un brazo por los hombros a Cassidy.

—Tu mamá está sorprendida, eso es todo.

—Así es —dijo Cassidy muy envarada.

—Relájate —le ordenó Ty en un murmullo—. El pobre chico se gastó hasta el último centavo de sus ahorros. Y tú no quieres desilusionarlo, ¿verdad?

—Gracias, cariño. No podías haber elegido un regalo mejor —murmuró ella bajando las pestañas para ocultar la expresión de sus ojos.

Otro flash iluminó la habitación.

—Por qué no la besa? Sería una foto fantástica —sugirió el fotógrafo.

Ty miró a Cassidy. Sus labios rosados estaban entreabiertos y él luchó contra el deseo de cerrarlos con los suyos. Sintió que ella se

ponía rígida entre sus brazos. Por la expresión de su rostro pensó que no era una buena idea. Pero por alguna razón se sintió más tentado todavía.

Bajó la cabeza y durante un segundo su boca se posó en los húmedos y suaves labios de ella. Luego le rodeó la cara con las manos decidido a volver a experimentar la más deliciosa sensación de toda su vida. Pero ella se liberó de sus manos y se cubrió la parte inferior del rostro, negándole la promesa del paraíso.

Una ola de rabia invadió su pecho y se acercó más, dispuesto a abrazarla otra vez. Y lo habría hecho si antes no hubiera percibido la ira desafiante que brillaba en los ojos de Cassidy.

¿Qué había sucedido? Nunca se había sentido tan afectado por un simple… beso.

¡Maldición! ¿Sería posible que la ridícula leyenda de Willie fuese cierta? Había solo una manera de cerciorarse.

—Definitivamente habrá que intentarlo de nuevo—murmuró al oído de ella.

El enfado de Cassidy se transformó en una decisión tan sólida como una roca.

—No tendrás ninguna oportunidad.

—Parece que tenemos una buena pareja —interrumpió Willie incapaz de ocultar su satisfacción.

—Excepto por ese uno por ciento —replicó Cassidy mirando fijamente a Ty.

Ty sonrió, aparentemente relajado. Nada lo detendría hasta conseguir besarla de nuevo.

—Ese uno por ciento no me molesta —advirtió amablemente.

—De veras? —murmuró ella con una sonrisa venenosa—. Qué pena. Porque a mí me molesta sobremanera.

Mientras volvían a casa, Cassidy miraba las calles de San Antonio a través de la sucia ventanilla del autobús. ¿Qué iba a hacer? Su dulce y maravilloso hijo le había hecho un flaco servicio: le había comprado un hombre. Lo que menos quería en el mundo. Y lo había hecho de una manera que le impedía rechazar su pequeña sorpresa sin herirlo. Tampoco podía devolver el «regalo» o cambiarlo por otro modelo.

Tal vez no habría sido tan malo si Hutch hubiese comprado algo diferente. Alguien seguro. Alguien a quién ella pudiera controlar. Pero en lugar de un inocente cachorro, le había entregado un león hambriento.

Sí, era cierto. Ty le recordaba un león. Su pelo castaño claro con mechas rubias, aquellos extraños ojos verdes, su poderosa musculatura. Sí, un león montaraz. Incluso se movía con la misma fuerza, elasticidad y energía controladas. ¡Y ese beso!

Al recordarlo Cassidy se llevó una mano a los labios temblorosos.

Su mirada se posó en su hijo. Si su vida hubiera sido diferente no habría tenido a Hutch. Y lo amaba con todo su corazón. Prometido, haría cualquier cosa por él.

Cassidy cerró los ojos, entregada a lo inevitable.

Cualquier cosa. Incluso salir con un hambriento león montaraz.

Ty se encontraba en el porche de la agencia y miraba, sin ver, la tranquila calle residencial.

¿Cómo podría convencer a una mujer que no creía en el amor, que este no solo existía sino que además se lo podía encontrar en el primer beso?

—Sucedió, ¿no es cierto, hijo? ¿Es ella? ¿Tenía razón yo?

Ty evitó responder, pero las preguntas de su abuela confirmaron sus sospechas.

—Fue el ordenador el que nos emparejó?

—Sí.

—Pero tú sabías de antemano cuáles serían los resultados. ¿Hiciste algún truco, niña vieja?

—No.

—Verdaderamente me pusiste en la base de datos para hacer un ensayo?

—Sí, pero digamos que Wanda sugirió que no borrara tu nombre —contestó Willie a regañadientes, después de una larga pausa.

Sin poder evitarlo, Ty se echó a reír.

—Siempre fue mejor que ese maldito ordenador para emparejar a la gente.

Informe del desarrollo de los acontecimientos

Los resultados no han sido aquellos que yo esperaba. Parece que a la Montaña no le ha gustado

mi experimento. No sé si el asunto va a funcionar, porque a mamá no le gusta Ty. Aunque ella le gusta a él. Pero como no tengo más alternativas, debo seguir adelante con mi plan. Veré qué sucede

después de la primera entrevista. Y si no resulta, tendremos que pasar al Plan B.

CAPÍTULO 3

Cuenta atrás del Primer Experimento

Ty llamó. Prometió que vendría. Algo relacionado con el formulario de mamá. Esto no me gusta. Creo que va a sugerirle que lo revise por si no está de acuerdo. Si lo hacen tendré que vérmelas con algo diferente. Me gusta Ty. Pienso que no abandonaría a mamá. Por lo tanto si lo elijo como mi futuro padre, tendría que encontrar un modo de manipular los resultados, si ellos cambiaran el formulario. Tal vez una llamada telefónica...

TY VIO A Cassidy apenas entró en el pequeño café.

Se encontraba junto a una mesa con una inmensa bandeja en una mano y una mesilla plegable en la otra. Con una maniobra muy experta abrió la mesilla y comenzó a bajar la bandeja con la intención de colocarla ahí. Pero a medio camino se detuvo y alzó la cabeza bruscamente. Su mirada recorrió la habitación y se posó en él. Abrió los ojos de par en par al tiempo que la bandeja se inclinaba peligrosamente y los platos resbalaban hacia un lado. ¡Maldición! Debería recordar que su coordinación de movimientos no era nada buena.

—Cassidy! Ten cuidado, nena —la potente voz de Ty se oyó por encima del rumor de la conversación de los clientes.

Ella se sobresaltó al oírlo y desesperadamente intentó equilibrar la bandeja. Demasiado tarde.

Todo el contenido, una gran hamburguesa, frituras, un vaso de plástico lleno de té y una gran porción de ensalada de col, fue a parar al suelo y sobre el traje de un cliente.

¡Oh, Dios! Cassidy dejó la bandeja vacía en el soporte e intentó retirar la aceitosa hamburguesa que humeaba en los pantalones, muy cerca de la ingle del hombre. Pero al ver dónde se encontraba, se detuvo vacilante.

—Lo siento mucho, señor.

Durante un segundo el cliente se quedó contemplando atónito su regazo manchado de grasa hirviente.

—Me quemo! ¡Me abraso! —gritó al tiempo que se desprendía de un manotazo del pedazo de carne y del resto de la comida—. ¿No me oye? ¡Haga algo, por amor a Dios!

Sin detenerse a pensar, Cassidy agarró la jarra de agua con hielo de la bandeja de otra camarera que pasaba por ahí y se la vertió

encima.

—¿Se siente mejor, señor? ¿Todavía le arde?

—Mejor! ¡Mejor! ¡Qué barbaridad! —con un rabioso chillido el hombre se levantó de la silla con tan mala suerte que tropezó con la mesilla y la bandeja junto a él y cayó pesadamente sobre los pedazos de platos rotos y comida desparramados por el suelo.

—Te voy a matar, estúpida.

Eso ya fue suficiente para Ty que observaba la escena con los brazos cruzados sobre el pecho. De dos zancadas se abrió paso entre las mesas de clientes que miraban curiosos, y se puso delante de Cassidy, al tiempo que ayudaba al hombre a ponerse en pie.

—Tranquilo, amigo. ¿No ve que fue un accidente? La dama se ha disculpado, así que le sugiero que dé el asunto por terminado.

—Quítese de en medio. El problema no es con usted, es con ella.

Cassidy lo tironeó de la camisa.

—Tiene razón, Ty. Esto no es asunto tuyo. Yo puedo manejarlo. Tengo experiencia en esta clase de cosas.

—Le he dicho que se largue —ordenó el hombre a Ty—. Tengo un pequeño asunto que discutir con esa hija de...

—Cuida tu lenguaje, hijo, o tendrás que vértelas conmigo —lo cortó Ty antes de que lanzara la palabrota.

—Cómo me ha llamado? —intervino furiosa Cassidy indicando a los clientes que miraban con la boca abierta—. ¿No se da cuenta de que hay señoras y niños en el local?

—Y qué? Me importa un...

Antes de que pudiera continuar Ty lo agarró por el cuello de la camisa con tanta fuerza que el hombre comenzó a ahogarse.

—Déjame explicarte unas cuantas cosas, amigo. Lo que ha sucedido es realmente penoso. Tengo que admitir que Cassidy tiene un pequeño problema de organización con sus piernas y brazos. Pero si intentas ofender a esta mujer o a los clientes con ese lenguaje, me obligarás a tomar medidas más serias —afirmó aflojando la presión sobre el cuello del cliente.

Al fin el hombre pareció darse cuenta del tamaño de su oponente.

—De acuerdo, de acuerdo —masculló jadeante.

En ese momento, Cassidy volvió a tironear la camisa de Ty con tal fuerza que se abrieron las costuras a la altura del hombro y una manga quedó casi desprendida.

—Ty, tienes que marcharte. Ahora mismo. Espérame en el coche y me reuniré contigo en unos minutos.

En ese momento apareció el dueño del café de dondequiera que

hubiera estado escondido.

—Qué pasa aquí? ¿Que ha sucedido? — preguntó como si no hubiera oído ni visto nada.

Menos intimidado, el cliente señaló a Cassidy y a Ty.

—Su camarera me tiró la bandeja encima. Me ha estropeado el traje. Y probablemente es la causante de graves quemaduras en mis... bueno, no importa dónde. Ahora mismo me voy al médico. Y mañana vendré a traerle la factura. Y si esta mujer todavía se encuentra aquí, a usted le voy a poner una denuncia.

—No será necesario. ¿Cassidy? Lo siento, cariño. Pero estás despedida.

—¡Caramba, Freddie! ¿Otra vez? ¿ Y por cuánto tiempo?

—Me temo que para siempre. No voy a deducir de tu sueldo los gastos de la vajilla rota o la factura de este caballero, pero sería mejor que te marcharas ahora.

Ty le rodeó los hombros con un brazo.

—Vamos, nena. No necesitas pasar por esto.

—Es cierto. Pero necesito comer y pagar el alquiler. Vamos, Freddie. Sé bueno conmigo. No puedo perder mi trabajo. ¿Qué te parece si vuelvo a lavar los platos?

Freddie se echó a temblar.

—Casi me has dejado en la ruina a causa de todos los platos que has roto. A causa de eso te puse como camarera.

—Podría retirar los platos de las mesas.

—Por favor, Cassidy, no insistas. Sabes que sufro del corazón. Mira, te daré una buena recomendación. Incluso mentiré. Es lo mejor que puedo hacer dadas las circunstancias —dijo el dueño encogiéndose de hombros.

—Lo mejor que puedes hacer es marcharte de aquí. Yo te ayudaré a conseguir otro trabajo. No será demasiado difícil ya que pronto se celebra la Fiesta. Por último, yo mismo te contrataré —dijo Ty en voz baja.

—Pero...

—Por favor, Cassidy —murmuró Freddie—. No estoy en condiciones de sufrir estas molestias.

Eso fue suficiente. Con gran dignidad Cassidy se quitó el delantal y se lo entregó.

—Volveré mañana a buscar mi dinero. Gracias por todo, Freddie.

Sin decir más se dirigió a la puerta seguida por Ty mientras los clientes le expresaban su simpatía. Estaba claro que allí la apreciaban.

Una vez en la calle se volvió hacia el hombre.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? Gracias a ti me han despedido.

Ty la condujo hasta su vehículo.

—La manera en que yo lo veo es que te salvé de un cliente muy deseoso de estropear esa bonita cara que tienes.

—¿Tú crees que soy... bonita? —preguntó vacilante.

¿Es que nunca nadie se lo había dicho?

—Pienso que eres muy hermosa —declaró con una sonrisa.

—Gracias. Pero el piropo no te redime de la culpa -dijo al tiempo que intentaba recobrar su enfado, pero fracasó en el intento —. Necesitaba ese trabajo. Si me hubieras dejado manejar sola el problema. Pero, ¿realmente piensas que ese hombre quería hacerme daño?

—Si hubiera podido ponerse en pie, te habría derribado de un golpe —dijo al tiempo que la hacía entrar en su camión—. Siento haberte hecho perder el empleo. Mañana empezaré a averiguar qué podría haber para ti.

—No, gracias —respondió ella al instante—. Puedo arreglármelas sola.

—No me cabe duda —convino él. Mientras hablaba se quitó la camisa rota y luego sacó una camiseta del asiento trasero. Ty advirtió que Cassidy miraba su torso desnudo con los ojos abiertos de par en par, pero al instante desvió la mirada cuando se volvió hacia ella—. Sea como sea me dejarás ayudarte a encontrar otro trabajo —agregó al tiempo que arrancaba el motor.

—Por qué?

—Porque, tal como dijiste, soy parcialmente culpable de lo sucedido. Y así tendré una oportunidad para redimirme —comentó Ty, contento de que ella no hubiera insistido en que la dejara en la próxima parada del autobús.

—Bueno, de acuerdo, entonces puedes hacerlo.

Lo dijo como si fuera ella la que le hacía un favor. La absoluta falta de lógica de Cassidy le divertía mucho. No quería que la ayudara porque eso atentaba contra sus principios de independencia. Pero si ello contribuía a que él se sintiera mejor, entonces se lo permitía. Una mujer loca y maravillosa.

—Gracias, Cassidy.

—A propósito, todavía no me has dicho para qué fuiste al café.

—Para conversar contigo acerca de la agencia Yellow Rose.

—Me lo temía —comentó con el ceño fruncido.

—Sé que no estás contenta con las citas, así que pensé que

podríamos revisar tu formulario y volver a introducirlo en la base de datos. Así podríamos asegurarnos de que quedas emparejada con el mejor candidato posible.

—No quiero tener citas con nadie.

—Lo comprendo. Pero tendrás que hacerlo por Hutch.

Con un leve suspiro se reclinó en el asiento.

—Y pensar que Hutch cree que todo esto es por mi bien. Pero la verdad es que no me interesa mantener relaciones sentimentales, ni de ningún tipo.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué haces esto? ¿Por qué aceptaste una cita conmigo?

Durante un segundo, Ty estuvo tentado de hablarle sobre la leyenda del Beso. Pero en vez de hacerlo, decidió demostrárselo. Estacionó el vehículo frente al edificio de apartamentos donde vivía Cassidy y apagó el motor.

Después de quitarse el cinturón de seguridad se inclinó hacia ella e hizo lo mismo.

—Lo que sucedió la última vez despertó mi curiosidad.

—De qué estas hablando?

—Estoy hablando de nuestro beso.

Los ojos grises se abrieron alarmados.

—No pasó nada —protestó ella—. Apenas nos rozamos los labios.

Con mucha cautela Ty le rodeó la cara con las manos. Su piel era muy suave.

—Entonces no hay por qué preocuparse. — Mientras ella perdía segundos preciosos en considerar los pros y los contras de su próxima respuesta, él la abrazó estrechamente. Ella no se resistió ni protestó. Entonces Ty la besó como deseaba hacerlo desde la primera vez que sus labios se habían tocado. Sus bocas se unieron fácilmente, maravillosamente, como si toda la vida se hubiesen besado.

Un beso y sabrás si es el amor verdadero. Y así fue.

Lo supo en lo más hondo de su ser. Cassidy Logan era su futuro. Un futuro dulce, ardiente, delicioso, permanente.

Ty no se precipitó. Inclinándose más sobre ella, su beso se hizo más intenso.

La garganta de Cassidy emitió un breve pero hondo gemido, como de rebelión y entrega. Sus manos se posaron en los hombros de Ty y su lengua exploró ansiosamente la boca masculina. Ty se sorprendió, aunque intuía que ella no era una mujer de medias

tintas, O todo o nada.

Recostándose sobre una cadera, ella le rodeó el cuello con ambos brazos y se entregó al beso con honda pasión.

Ty empezó a acariciar la suave piel de los muslos bajo el vestido y ella respondió con un suspiro de placer.

¿Cuándo fue la última vez que un hombre la había besado y acariciado con pasión y dulzura? ¿Alguien se había preocupado alguna vez de complacer su necesidad de amor o era ella la que siempre daba?

De pronto apartó los labios con un quejido y ocultó el rostro en el cuello del hombre.

—Lo siento. No puedo creer lo que he hecho.

—No tienes que disculparte. Te puedo asegurar por mi vida que no estoy ofendido en absoluto—murmuró Ti con una tierna sonrisa —. Pero la próxima vez creo que tendremos que elegir un lugar más privado.

Cassidy miró a su alrededor, sorprendida.

—Cómo sabes dónde vivo? —preguntó alarmada al reconocer su propia casa.

—Hutch tuvo que darme la dirección para rellenar tu formulario. ¿Puedes conseguir que alguien se quede con él unas pocas horas mientras lo revisamos? Pensé que podríamos ir a un lugar más privado y decidir cómo lo haríamos. Quizá cenando juntos.

—Después de lo que acaba de suceder?

—Con mayor razón, ¿no crees?

—No sé… bueno, tal vez podríamos. Como esta noche tenía que trabajar, ya había hablado con una vecina para que cuidara de Hutch. Así que, si me concedes un minuto, subo a cambiarme de ropa.

—Claro que sí. ¿No me invitas a entrar?

—No tenía intención —dijo ella con devastadora honestidad.

—Me doy cuenta. Pero tal vez cambiarías de idea si vieras cómo nos mira Hutch, con la nariz pegada a la ventana.

—No hay mucho que ver —observó con demasiada naturalidad —. Me estoy comportando de forma poco amable, ¿verdad? Muy bien. Seré cortés. ¿No le importaría venir a casa a tomar un café, señor Merrick?

—Encantado, señora Lonigan -dijo con una inclinación de cabeza.

No les llevó mucho tiempo subir las escaleras hasta la puerta del apartamento de Cassidy. Hutch ya estaba allí.

—Hola, Ty.

—Hola, amigo —dijo Ty golpeando con la palma de su mano la de Hutch.

—La señora Welch acaba de marcharse —dijo el chico mientras entraban—. Tendrías que avisarla si quieres que me quede con ella esta noche. Pero, ¿qué haces aquí a esta hora?

—Me han despedido -dijo ella con las mejillas ruborizadas, al tiempo que cerraba la puerta.

Hutch se quedó con la boca abierta.

—¿Nuevamente? ¿Qué sucedió esta vez?

—Me distraje un momento y volqué una bandeja sobre un cliente —murmuró evitando lanzar una mirada culpante sobre Ty.

—Vaya, ¿y por eso te despidieron? ¿Se hizo mucho daño el cliente? ¿Estaba muy enojado?

Cassidy soportó las preguntas de su hijo con sorprendente buen humor.

—Afortunadamente Ty evitó que el cliente se enfadara demasiado.

—Ah, Ty estaba allí. ¿Y también cuando volcaste la bandeja? —los ojos del Hutch brillaron de un modo especial. Sí que era un chico listo—. Muy interesante.

Cassidy se ruborizó hasta la raíz de los cabellos.

—Sí, el señor Merrick estaba allí. Ahora si no te importa iré a cambiarme de ropa. El señor Merrick y yo vamos a... a...

—¿Celebrar vuestra primera cita? —ayudó Hutch.

—Bueno si quieres llamarlo así —admitió la madre—. Vamos a revisar mi formulario. ¿Por qué no entretienes al señor Merrick mientras yo me arreglo? Quizá quiera beber algo.

—De acuerdo -dijo Hutch mientras su madre desaparecía. A los pocos segundos oyeron que cerraba de golpe la puerta de su habitación—. Nunca había volcado una bandeja sobre un cliente, ¿sabes? Mi madre tropieza a menudo con los objetos y las personas. Ella es más pequeña en su cabeza que en la realidad. Es incapaz de medir sus movimientos.

—Ya lo sé —sonrió Ty con tristeza—. Créeme, ya sé mucho acerca de eso. Lo de la bandeja era solo cuestión de tiempo.

—Sí —comentó el chico con la misma sonrisa—. A mí me ha dado unas cuantas veces, especialmente cuando se agita y empieza a mover los brazos de un lado a otro. ¿No te sientas?

Ty echó una mirada a las dos viejas sillas, un tanto desvencijadas, que componían parte del mobiliario del pequeño espacio dedicado a sala de estar. Después de recorrerlo con la

mirada, concluyó que su armario era más amplio y que ninguna de las sillas podría soportar el peso de su humanidad. Era mejor no arriesgarse.

—Estoy bien de pie.

—Quieres beber algo?

—De acuerdo.

Siguió a Hutch a la cocina que tampoco tenía demasiados muebles. Había una mesa arrimada a la pared del fondo. Una pata rota se apoyaba en una guía telefónica. También había dos sillas y un refrigerador más viejo que Willie. No se veía aparatos de cocina, excepto un pequeño horno microondas.

Hutch había abierto un armario y Ty tuvo una fugaz visión del contenido: dos platos, dos fuentes y dos vasos. Y nada más. Todo ahí hablaba de una triste historia. Con un vaso en la mano, Hutch abrió el refrigerador casi vacío y sacó una caja de leche de un cuarto de litro. Después de llenarlo se lo tendió a Ty.

Mientras bebía la leche de la familia con un sentimiento de culpa, Ty pensaba si ella tendría algunos ahorros para vivir hasta que encontrara un nuevo empleo.

—Nunca me imaginé que el ordenador te seleccionaría a ti.

—Y yo tampoco. Pero me alegro.

—Te gusta mi mamá?

—Sí —dijo al tiempo que pensaba cómo restituir la leche sin herir los sentimientos de independencia de la madre.

—Deseas casarte con ella?

La pregunta lo sorprendió con la guardia baja. Sí que era directo el chico.

—Es un poco pronto para decirlo, ¿no te parece? Aunque lo estoy considerando seriamente —añadió al ver que Hutch lo miraba fijamente.

Ah, demonios, si no hubiera sido por ese maldito beso.

Hutch adelantó la barbilla.

—Sabes que soy parte del paquete, ¿verdad?

—Ya lo sé —respondió Ty con suavidad.

Hutch se relajó.

—¿Quieres ver mi habitación?

—De acuerdo —dijo Ty mientras lavaba el vaso.

La habitación de Hutch resultó ser una revelación. En un rincón había un colchón desprovisto de somier. Grandes cajas de cartón, con las ropas del niño cuidadosamente dobladas, se apilaban contra una pared. El resto del espacio lo ocupaba un gran escritorio con un costoso ordenador del diseño más reciente que había en el mercado.

De inmediato se dio cuenta cuáles eran las prioridades de Cassidy.

—Es un ordenador magnífico.

Hutch lo miró vacilante.

—Verás. En el colegio le aconsejaron a mamá que me comprara uno —dijo—. Es mejor que lo sepas de inmediato. Yo soy inteligente —agregó a toda prisa, sin aliento.

—Me lo figuro.

—No. Lo que quiero decir es que soy verdaderamente listo. Alarmantemente listo. Así que si eso te molesta, sería mejor que me lo dijeras antes de…—sin terminar la frase se volvió al ordenador—. Antes de que nadie pueda resultar herido —agregó atropelladamente.

—Hutch, mírame por favor.

A regañadientes, el niño se volvió hacia él.

—Escúchame, por favor. A mí no me molesta —dijo al tiempo que sentía clavados en su rostro los ojos azules del chico, con un desesperado brillo de esperanza en su aprensiva mirada—. La inteligencia me gusta. Incluso el ingenio, que a otros podría asustar. Yo no tengo ningún problema con eso y tampoco lo tendré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —murmuró con la barbilla temblorosa.

Justo en ese momento se abrió la puerta.

—Ya veo dónde os habíais metido. ¿Todo bien?

—Fantástico! Ty sabe de ordenadores tanto como yo.

—Vaya. Eso es todo un cumplido si viene de mi hijo.

Cassidy se había cepillado el pelo que le caía sobre los hombros. En lugar del uniforme llevaba una ligera blusa gris de manga corta que hacía juego con los pantalones.

—Estás preciosa —dijo Ty. Y realmente lo estaba. Los pantalones realzaban sus interminables piernas y estrechas caderas, mientras que el pálido tono gris hacía resaltar más intensamente el color de sus ojos—. ¿Lista para partir?

Ella evitó su mirada, concentrándose en su hijo.

—Te llamaré desde el restaurante para darte el número de teléfono. Y también te enviaré a la señora Welch. Y no le abras la puerta a nadie. ¿De acuerdo? —dijo al tiempo que lo besaba en la cabeza.

—De acuerdo mamá. Adiós y que os divirtáis —dijo Hutch intencionadamente.

Apenas la pareja se hubo marchado, puso en marcha el ordenador con el ceño fruncido. Parte del plan ya estaba funcionando. El ordenador había elegido al hombre perfecto como

padre. Pero su mamá era el gran problema.

Informe del desarrollo de los acontecimientos.

Malas noticias. Mamá no ha cambiado de parecer respecto a Ty, aunque se hayan besado. Ellos

no saben que los vi. Por cierto que no ayuda en nada que Ty sea responsable de su despido. Desde luego que después del beso que él le dio, mamá debería desearlo como marido. ¡Pero, nooo!

Conclusión

Tal vez esas cosas lleven su tiempo. Como los gérmenes de una infección, es posible que haya que exponerse a muchos besos antes de que surta efecto. Ella todavía no se ha contagiado de amor. Quizá él es más propenso. Si ese es el caso tendremos que hacer lo posible para que él la contagie.

Posibles soluciones

Hablé con la señora Willie sobre los cambios que Ty se propone hacer en el formulario, y ella me prometió que lo mantendría como candidato. Ese frente está cubierto. En cuanto a que mamá se contagie... Me parece que habrá que poner en práctica el Plan B.

CAPÍTULO 4

Experimento 1: Instinto protector

Objetivo: Sacar a la luz este instinto en Ty. De acuerdo a mis conocimientos de zoología, en el reino animal el macho protege a la hembra. Así que tendremos que ver si él es capaz de hacerlo. Porque si no lo es, no es el hombre adecuado para mamá.

Procedimiento: Odio hacer esto a mi propia madre, pero tendrá un poco de mala suerte...

ADÓNDE vamos? —preguntó Cassidy apenas habían salido del edificio. Para su frustración tuvo que esperar hasta que ambos estuvieron instalados en el camión, con los cinturones puestos.

—Vamos a un lugar privado. A un sitio dónde podamos empezar a conocemos y conversar sin interrupciones.

Cassidy sintió un nudo en el estómago.

—Algo así como un restaurante íntimo?

—No exactamente.

Al oír la respuesta se le desató el pánico. El era un hombre, ella una mujer. Se habían besado. Cassidy se sumió en un patético dilema. Era de vital importancia encontrar la manera de salir de la situación antes de que él volviera a tocarla y todo el proceso comenzase de nuevo.

—Necesito informarle a Hutch dónde estaremos —balbuceó.

—Tranquila, nena. Hay un teléfono móvil en el bolsillo de mi chaqueta. Llama a Hutch y le daré mi número privado. Así podrá llamar cuando quiera, no importa dónde nos encontremos. Servirá para esta cita y las otras —dijo al tiempo que le dirigía una tranquila pero implacable mirada.

—Así que crees que habrá más citas? —preguntó alarmada.

—No es que lo crea; es un hecho. Estarás pegada a mí durante un tiempo. Tienes que afrontarlo, nena— agregó al ver que la alarma se intensificaba en los ojos de ella—. Tu hijo adquirió el programa especial de las Fiestas de San Antonio en la Agencia Matrimonial Yellow Rose. Eso significa que tendrás que salir conmigo o con cualquier otro candidato hasta que terminen los eventos. Y debido a que el ordenador escupió solo un candidato, me parece que seré todo tuyo durante un mes.

Cassidy se rindió, tras lanzarle una mirada asesina. No iba a ganar esa contienda y lo sabía. Había que hacerlo por Hutch. Entonces decidió cambiar de tema.

—Bueno, al menos dime adónde me llevas.

—A mi casa.

Cassidy casi brincó en el asiento.

—No creo que...

—Siempre lo discutes todo?

—Casi —respondió con toda honestidad—. Pero creo que esta vez tengo razón. No es apropiado ir a la casa de un hombre en la primera cita.

—Así que eres una chica anticuada, ¿eh?

—Realmente no. Digamos que el sentido común que poseo me lo enseñó la vida duramente.

—Me portaré bien.

Ty dejaba traslucir una paciencia y decisión innatas que armonizaban muy bien con su imponente físico. Cassidy sospechaba cada vez con mayor certeza que Ty mostraba mucho interés en ella. Lo que no podía saber era si lo hacía a petición de su abuela o para ayudar a Hutch. Pero, a menos que encontrara una forma de disuadirlo, estaba visto que al final él ganaría. Y eso era algo que prefería evitar a toda costa.

Durante la hora que tardaron en llegar, pensaba con aflicción en el modo de desligarse del asunto sin herir a su hijo.

Ty cruzó la verja de la propiedad y mientras avanzaban dando tumbos por el camino de tierra, ella observó la gran casa situada en un promontorio que dominaba una inmensa extensión de terreno para la crianza de ganado.

—Todo eso es tuyo? —preguntó atónita.

—Sí.

A medida que se aproximaban ella podía distinguir los detalles de la impresionante vivienda. La parte principal había sido construida con gruesos troncos cortados por la mitad, y sucesivas generaciones la habían ampliado con madera y piedra de tal manera que se extendía por la ladera.

—Parece una casa antigua. ¿Hace mucho que pertenece a tu familia?

—Ha estado en manos de los Merricks durante un buen tiempo.

—Cómo cuánto tiempo?

—Piensa en el Alamo y agrégale un montón de años más —dijo encogiéndose de hombros.

—Así que tus raíces son muy profundas.

¿Cómo sería sentir la tierra de los antepasados bajo los pies? Saber que generación tras generación esas personas habían vivido y desaparecido, habían amado, llorado y reído en el mismo lugar.

Pertenecer.

La nostalgia dio paso a la decisión. Ella nunca tendría una heredad comparable a la de Ty, pero eso no significaba que no pudiera darle un hogar a su hijo. Tan pronto como ahorrara suficiente dinero podría comprar una casa, no como la que veía ante sus ojos, pero sería un buen comienzo. Sabía desde hacía mucho tiempo que las raíces sedientas se adentran profundamente en la tierra. Pronto ella y Hutch también pertenecerían a algún lugar.

—Cuál es el problema?

Hacía unos minutos que Ty había estacionado el vehículo y la observaba atentamente, y ella, sumida en sus pensamientos no se había dado cuenta.

—Pensaba cómo sería tener una historia familiar como la tuya. Un fuerte lazo con el pasado.

—Es un orgullo, un agrado, pero también una frustración.

—Por qué?

—Por la responsabilidad que conlleva.

—¿Y eso te pesa mucho?

—A mí no. Pero a mi padre sí. Se sintió atrapado.

—Y se marchó?

—Así fue —murmuró mientras la observaba con los ojos entornados—. Eso te suena familiar, ¿verdad?

Se bajaron del vehículo.

—Ty. ¿por qué no acabamos con esto? —sugirió, incómoda con el curso de la conversación.

—Presumo que te refieres a esta, nuestra primera cita —dijo Ty al tiempo que guardaba el móvil en un bolsillo de los vaqueros.

—Sí, precisamente a eso me refiero. Te pido disculpas por mi mala educación, pero para ser honesta, no me interesa salir con nadie.

—Entiendo que eso no se lo has dicho a Hutch.

—No ha habido ocasión.

—Hutch no espera que su padre vuelva a casa, ¿verdad?

—No.

—Entonces tampoco tengo que preocuparme por eso -dijo implacable.

Cassidy estudió el rostro bronceado de Ty, deseosa de poder interpretar su expresión tan fácilmente como lo hacía con su ex marido. Pero Ty era impenetrable.

—Esto lo haces por tu abuela, ¿no? Lo sé porque en la agencia dijiste que se suponía que tu ficha no estaba en la base de datos.

Todo fue... un accidente, ¿verdad? Y esta cita es solo para salvar las apariencias, ¿no es así?

—Si lo de salvar las apariencias te hace sentir más cómoda, entonces créelo así. En lo que a mí respecta esta cita es para saber si el noventa y nueve por ciento de probabilidades de armonía entre ambos es suficientemente bueno.

—Suficientemente bueno, para qué? —preguntó, mirándolo de frente sin evitar su proximidad.

—Para pasar de las citas a algo más.

Esa era exactamente la respuesta que ella había temido desde el principio.

—Podríamos pasar un rato juntos esta vez y luego olvidar el resto de las citas, ¿no te parece? De hecho si este encuentro resulta ser un desastre tampoco tú tendrías deseos de repetir, ¿verdad?

—De acuerdo —concedió mientras se dirigían hasta la puerta principal de la casa—. No te preocupes por nada. Yo me encargaré de todo.

A pesar de que la respuesta no le satisfizo en absoluto, Cassidy no pudo evitar dejarla a un lado para quedarse ensimismada observando las maderas de roble que brillaban con un tono casi dorado a la luz del incipiente atardecer. Frente a ella se extendía un largo vestíbulo. A un lado entrevió un salón y al otro, una espaciosa sala de estar.

Ty se apoyó en uno de los pilares de madera y Cassidy no pudo dejar de observar su figura alta y poderosa. Un hombre decidido. Sus ojos brillaban en la penumbra del vestíbulo. Presa del pánico, sintió que tenía que huir de él.

«No estás segura, no estás segura», chillaban las voces dentro de su cabeza.

Retrocedió un par de pasos.

—Ty, no puedo hacer esto. Pensé que podría, pero no es así.

—No deseas cenar conmigo, ¿no es eso? —preguntó suavemente.

—Para, Ty. No sé qué quieres de mí. Pero sea lo que sea no me es posible dártelo. Por favor, llévame a casa.

Ty no se movió.

—¿Qué le dirás a Hutch?

¡Oh, no, Hutch! ¿Cómo podía haberlo olvidado?

—Le diré que las cosas no salieron bien entre nosotros.

—¿Le mentirías a tu hijo?

Eso la detuvo.

—No —murmuró tras un hondo suspiro.

—Vamos a la parte trasera de la casa. Cenaremos junto a la

piscina. Espero que no te importe una cena informal.

—Me parece muy bien.

La zona de la piscina era impresionante, aunque un tanto fuera de lugar en ese paisaje tan agreste. Losas de cemento y piedras multicolores se combinaban en el suelo de un patio donde crecían flores por doquier, algunas en viejos barriles de whisky y otras en jardineras de piedra. Entre otras flores, había petunias mexicanas, verbenas y lobelias de alegres colores. En una esquina del patio se veía una zona enrejada con mesas y sillas bajo una parra cubierta de grandes hojas verdes. En una de las mesas había un precioso arreglo floral en el que destacaban las rosas amarillas.

Desdeñando la posibilidad de que las rosas estuvieran allí en su honor, Cassidy dirigió la mirada a la enorme piscina de tres niveles con caídas de agua de uno a otro, y toda ella rodeada de flores.

—Fue la contribución de mi padre a la heredad —explicó Ty secamente al ver la expresión maravillada de ella, mientras tomaban asiento en la mesa de las rosas.

Una mujer baja, flaca y huesuda apareció con una bandeja.

—Cassidy, esta es Edith, mi ama de llaves —dijo Ty al tiempo que la mujer ponía un largo vaso de té helado frente a Cassidy y una botella de cerveza para él.

Mientras se secaba las manos en el delantal la mujer sometió a Cassidy a un intenso escrutinio. Momentos después su expresión se relajó.

—Willie tenía razón. Lo haréis muy bien juntos. Avisadme si queréis algo —dijo con una sonrisa mientras se alejaba.

—No tiene mala intención —explicó Ty cuando Edith se hubo marchado—. Ha estado con nosotros tantos años que ya es un miembro más de la familia. Desgraciadamente eso significa que dice abiertamente todo lo que se le pasa por la cabeza. De acuerdo, es un primera cita bastante extraña —añadió al notar la expresión de Cassidy.

—Me agrada que lo digas porque empezaba a preguntarme si crees que las últimas veinticuatro horas han sido muy normales para ti.

Ty hizo una mueca burlona.

—Claro que sí! Estoy muy acostumbrado a que sesudos chicos de diez años me pidan que salga con sus madres. Bueno, hablemos de otra cosa. Como esta no es una primera cita normal, pensé que podríamos revisar el formulario que Hutch respondió por ti y hacer modificaciones si no estás de acuerdo en algo. Willie dijo que lo volvería a introducir en la base de datos para hacer una búsqueda

de otros candidatos.

Ella se enderezó en la silla.

—Mira, creo haber dejado claro este asunto. Es posible que tus besos me hayan impactado, pero no me interesa mantener ninguna clase de relación con nadie. Nunca. ¿Comprendes, Ty?

—Ni siquiera por Hutch?

—Eso no es justo —dijo al tiempo que depositaba bruscamente el vaso en la mesa.

—El desea un padre.

—Tiene uno. No necesita otro.

—Entonces por qué fue a la agencia? —preguntó al tiempo que se levantaba de la silla—. Si me perdonas, voy a buscar los papeles y a avisarle a Edith que estamos listos para cenar.

Cassidy lo contempló alejarse a grandes zancadas. Seguramente sabía que se quedaría pensando en las razones que habían llevado a Hutch a acudir a una agencia matrimonial.

¿Realmente necesitaba un padre tan desesperadamente? Era una pregunta excelente por parte de Ty. ¿Por qué de pronto se mostraba tan ansioso por tener un padre? Nunca se lo había confesado a su madre. ¿Era por algo que ella había hecho? ¿O no había hecho?

Cassidy creía que se llevaban bien y que compartían los mismos objetivos. Ambos querían un hogar y un lugar donde echar raíces.

Pero al parecer su hijo deseaba más. Mucho más.

—Como parece que tienes respuesta para todo, dime por qué Hutch quiere un padre —preguntó apenas Ty estuvo de vuelta. Su voz había perdido toda seguridad.

—Simplemente porque la mayoría de los niños quiere un papá —replicó al tiempo que dejaba la carpeta en una silla vacía.

—Sí, tienes razón —murmuró.

Cassidy esperaba ver una expresión compasiva en los ojos de Ty, pero para su sorpresa él se limitó a encogerse de hombros.

—No todos los hombres son como tu ex marido. Ya deberías saberlo.

Ella tembló. Después de Lonnie nunca había permitido que ningún hombre se le acercara. No quería que le hicieran daño otra vez. Había sufrido mucho durante esos cinco años de un infierno llamado vida matrimonial.

—No me volveré a casar -declaró implacable.

Ty apretó los labios.

—Sé que deseas que yo acepte esa declaración como tu última palabra sobre la cuestión -dijo inclinándose sobre la mesa—. Pero no lo haré.

Todo fue por ese beso. Por ese maldito beso. Ella siempre había sido brutalmente honesta consigo misma. Y esa vez no era diferente. Prefería enfrentar los hechos abiertamente, y el hecho era que ella y Ty juntos eran explosivos. Desde el mismo instante en que él la había tomado en sus brazos ella había perdido conciencia de todo lo que la rodeaba, excepto de las caricias del hombre. De hecho, se había sentido invadida por un hondo deseo sexual hasta el extremo de permitirle que la acariciara debajo de la falda, cosa que no había sucedido nunca desde los tiempos de... Solo con recordarlo sus mejillas se arrebolaron, y por cierto que Ty lo notó.

Para alivio de Cassidy, la llegada de Edith evitó un comentario de Ty. El ama de llaves colocó una gran fuente de costillas ahumadas y alubias pintas frente a ellos. También había traído un pequeño plato con servilletas húmedas.

—También traje estas para la salsa barbacoa —dijo con una amplia sonrisa.

—Has hecho bien —observó Ty mientras la mujer se alejaba.

Que extraño le parecía a Cassidy ser servida.

—Carne auténtica —comentó con mirada apreciativa.

—No sueles tomarla, verdad? —preguntó Ty tranquilamente.

—Cierto —admitió—. Tratamos de limitar el consumo de carne roja —aunque en su caso era por el precio más que por razones de salud.

—Puede que sea difícil comer costillas sin ensuciarse, pero es un plato ideal para romper el hielo. No es fácil ser formal cuando uno está cubierto de salsa barbacoa.

Ese simple comentario contribuyó a relajar a Cassidy.

—No te molesta verte envuelto en este lío?

—Sí, si las circunstancias hubiesen sido diferentes. La verdad es que no lo habría aceptado.

—Y porqué no lo hiciste?

—Muy sencillo. Porque quería salir contigo.

A Cassidy se le cortó la respiración. Ty había hablado con franqueza. Pero su respuesta era la que menos deseaba oír.

—Pero vi cómo discutías con tu abuela por este asunto.

Ty se encogió de hombros.

—Eso fue antes de que nos besáramos.

—Pero si solo fue un simple beso, Ty. Olvídalo.

—Fue más que eso y tú lo sabes.

Puede que así hubiera sido. De acuerdo. Pero no servía para erradicar su temor.

—Ya te lo he dicho. No saldré nunca más con un hombre.

—Dices eso a los veintinueve años? Eres demasiado joven para permitir que una mala experiencia...

—Tú no sabes nada de eso —interrumpió tajante.

—Sé lo que Hutch me contó. Si yo hubiera creído que no íbamos a congeniar, le habría pedido a Willie que volviera a buscarte otra pareja.

—Y ahora lo hará?

—Sí, por ti, no por mí. Y es la verdad, Cassidy.

—Te creo.

—Pero te cuesta confiar, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces ¿por qué no hacemos un pacto? Se trata de no ocultarnos la verdad. Creo que es importante que seamos honestos el uno con el otro.

Eso no constituía un problema para ella, puesto que no sabía mentir.

—De acuerdo.

—Ya que hemos terminado de cenar ¿por qué no revisamos tu formulario?

—De acuerdo. Veo que te preocupa ese uno por ciento que falta —comentó ella.

—Terriblemente. Vamos a dar un paseo mientras lo hacemos. ¿Te parece?

—De acuerdo.

Ty le entregó los papeles.

—Empieza por la primera página. Ahí están los datos básicos: edad, altura, peso, color de ojos y cabello. Educación. Esa clase de cosas.

—Cómo sabe Hutch cuál es mi peso? —preguntó tras leer las respuestas.

—El no lo sabía. Yo lo adiviné después de conocerte.

—Me pusiste un kilo de menos.

—Aquí tienes un bolígrafo. Haz todas las enmiendas que consideres oportunas.

—Bueno, hay que corregir el asunto del peso y el de mi ocupación. Ya no soy camarera.

—Deja ese espacio en blanco hasta que encontremos otro trabajo.

—Veo que insistes en ayudarme.

—Sí, porque en parte soy responsable de que te despidieran.

—En parte?

—Bueno, yo no volqué la bandeja encima del cliente, pero

sospecho que fui la causa. Si no hubieras estado tan ocupada mirándome habrías prestado más atención a lo que hacías.

—Bueno, yo…

—No olvides nuestro pacto de la verdad.

Maldición.

—De acuerdo. Me distrajiste.

—El sentimiento es mutuo, nena.

—Dónde íbamos? —preguntó Cassidy al tiempo que enterraba la nariz en el documento—. Vaya. Me pregunto de dónde sacó Hutch esta respuesta.

—Cuál?

—Compañero ideal. ¿Cómo se le habrá ocurrido pensar que el compañero ideal era un vaquero?

—Creo que Hutch dijo que era el único tipo de persona que te quedaba por conocer —explicó Ty en tono objetivo.

—Qué dices?

Ty alzó una ceja.

—Tal vez un leve error de interpretación?

—Por decirlo en términos suaves —dijo ella y al punto se echó a reír—. Dios mío, creo que ya lo entiendo. Se trata del padre de Hutch. Lonnie era experto en buscarse la vida en toda clase de actividades. Creo que hasta que nos divorciamos el único tipo de empleo que no había intentado era ese.

La boca de Ty se curvó en una sonrisa.

—Ya entiendo.

Ella continuó estudiando el formulario y de pronto se detuvo.

—Lo que me desagrada… April Mae. Juro que voy a matar a ese chico.

—Quieres cambiarlo?

—Sí! Date la vuelta -dijo.

Utilizó la espalda de Ty para apoyarse. Con perverso placer tachó el nombre April Mae y lo reemplazó por «Las mentiras».

—Oye, ve con cuidado. No olvides que hoy ya me arruinaste una camisa.

—Oh, lo siento.

Ella se separó con un esfuerzo, luchando contra la tentación de quedarse junto a esa espalda poderosa.

—Ya he terminado.

—El resto de las preguntas las contestaste por teléfono. Pero tal vez quieras echarle un vistazo.

Ella miró rápidamente las últimas páginas.

—Me parece bien.

—En ese caso le haré saber los cambios a Willie y ella los introducirá en la base de datos.

—Entonces eso es todo?

—Todavía falta un pequeño detalle que necesitamos verificar.

—Cuál?

—Este.

Debió haber previsto que Ty iba a besarla. O tal vez ya lo sabía. Igual que la vez anterior, se sumergió en la caricia con tal ardor que Ty pensó que no había error posible. Con un suave gemido él respondió de la misma forma.

Por qué no podía impedir sentirse tan atraída por él, se preguntaba Cassidy mientras lo besaba. Debería alejarse y no quedarse pegada a él como el musgo a la roca.

Ty le ofrecía calidez donde solo había conocido la frialdad. El se entregaba enteramente a ella, acostumbrada durante años a recibir una escasa demostración de afecto. Nunca se había enfadado por su torpeza o había criticado su falta de gracia. En cambio había dado muestras de un gran deseo, así como de la inmutable decisión de dejar su sello en ella, como si fuera suya. Nunca había experimentado antes esa sensación. Y, a pesar de sí misma, la encontraba irresistible.

Ella deseaba ser amada con exclusión de otras mujeres, y a su vez deseaba corresponder plenamente a su amado. Amor.

Separó la boca de los labios de Ty, luchando por respirar.

¿Dé dónde había llegado esa palabra? Amor.

—No puedo hacer esto —murmuró al tiempo que escapaba de sus brazos.

—Tranquila, cariño. Solo es un beso.

—Si solo fuera un beso yo no reaccionaría como lo estoy haciendo —replicó.

Los ojos verdes brillaron risueños.

—Así que admites que fue más que un simple beso?

Ella frunció el ceño. Había caído en la trampa. Sin demasiada seguridad sintió que lo mejor era retirarse.

—Si no te importa, me gustaría volver a casa.

—De acuerdo.

Durante el trayecto llegó a la conclusión que lo único seguro para calmar el hambre sería abandonar el festín. Y eso significaba dejar a Ty.

Apenas llegaron al edificio de departamentos, Cassidy saltó del vehículo y se dirigió apresuradamente al portal. Hutch estaba sentado en los escalones de la entrada, con algo parecido a un

enmarañado frega suelos lanudo ovillado junto a él.

—Metí la pata, mamá.

Con un gemido apagado ella se volvió a Ty, sin la menor sorpresa de verlo a su lado.

—Parece que otra vez tendremos que corregir el formulario —advirtió.

—De veras? ¿Por qué? —preguntó él con calma. La reacción de Ty fue como un bálsamo para ella.

—Nos han echado de casa —murmuró con los labios apretados para evitar el temblor de la barbilla.

Informe sobre el desarrollo de los acontecimientos.

Le dije a la señora Welch que no hacía falta que viniera a acompañarme. Quería prepararlo todo sin que ella se entrometiera. Tendré que apagar el ordenador por un par de días. El Plan B ha empezado a funcionar. Mamá llegará en cualquier momento, así que tengo que moverme. Quiero estar en la escalera de entrada cuando llegue.

La dueña del piso está golpeando la puerta…

CAPÍTULO 5

Experimento 2: Traslado

Objetivo: Si su instinto protector funciona, Ty se hará cargo de mamá cuando nos echen del apartamento. Tengo esperanza de que nos lleve a su casa. Desde luego que mamá se negará. Por lo tanto tendré que encontrar el modo de hacerle cambiar de parecer sin que note que estoy detrás del asunto.

Procedimiento: Limitar las opciones de mamá de modo que, aunque no lo desee, tenga que aceptar la ayuda de Ty.

NOS HAN echado de casa? ¿Estás seguro?—preguntó Ty a Hutch.

Al ver que su hijo asentía gravemente, los hombros de Cassidy se hundieron durante un instante. Luego irguió la espalda con un gesto resuelto.

—De acuerdo. Vamos a buscar una solución, hijo —declaró.

—Y cómo sucedió? —preguntó Ty.

—La señora Walters, la dueña del piso, me vio con Miz Mopsey.

Al oír su nombre, el ovillo lanudo junto a Hutch gruñó en tono culpable al tiempo que alzaba dos blancas orejas.

—Pero si es un perro! Quién lo hubiera dicho—Ty enarcó las cejas, sorprendido.

—Es una perrita. Pero aquí no se admiten animales. Así que siempre la mantenía escondida —explicó Hutch—. Lo siento mamá, la señora Walters me sorprendió cuando la sacaba a pasear. Y entonces me dijo que hiciera las maletas porque no podíamos quedarnos aquí. Así que tenemos que marcharnos cuanto antes.

—No puede hacer eso. Es ilegal. Ahora mismo hablaré con ella —intervino Ty.

—No! —exclamó Hutch poniéndose de pie de un brinco—. Estuvo muy antipática. No quiero vivir más aquí. No dejará entrar a Miz Mopsey ni siquiera esta noche. No tenemos más alternativa que marcharnos inmediatamente.

«¿Inmediatamente?» Qué interesante. Ty cruzó los brazos sobre el pecho.

—Confía en mí. Yo puedo hacerle cambiar de parecer.

—Gracias, Ty, pero no es tu problema. Y no se trata solo de Miz Mopsey. También le debo el alquiler —intervino Cassidy.

—Sea como sea, la mujer no debió haber dejado a Hutch en el portal del edificio.

—A decir verdad, la orden solo fue para Miz Mopsey. Pero me dio miedo dejarla sola, así que decidí quedarme con ella hasta vuestro regreso.

—No se hable más. Entraré a hacer las maletas—dijo Cassidy.

—No hace falta mamá. Ya está todo hecho. La verdad es que no quería que pasaras más molestias, así que puse nuestras cosas en unas cajas que apilé aquí, detrás de la puerta —explicó Hutch con una sonrisa angelical.

—Gracias, tesoro, no sé qué haría sin ti —dijo Cassidy con una sonrisa temblorosa mientras le acariciaba la cabeza.

—Puedo ofreceros mi casa —sugirió Ty con una sonrisa tan angelical como la de Hutch, aunque ya sabía la respuesta que iba a recibir.

—Gracias, pero no es necesario. Nos quedaremos una o dos noches en un motel mientras busco otro apartamento —dijo Cassidy implacable.

Ty pensó presionarla un poco, aunque estaba seguro de que no obtendría ningún resultado. Cassidy Logan podía tener una voz tan dulce como la miel, pero esa capa de miel cubría una voluntad indomable. Por lo tanto, lo más inteligente que podía hacer era limitarse a seguir su ejemplo. Subió la escalera, entró en el portal y eligió la caja más grande del montón. Al pasar junto a Hutch se sorprendió al verlo con el ceño fruncido.

—Qué te pasa, chico?

—Nada.

—Ah, ya comprendo. Aunque sabes mejor que yo lo que sucedería si insisto en que me acompañéis a casa. Ya conoces a tu madre. Por otra parte la respeto mucho como para imponerle mi voluntad. Así que levanta el trasero y ayúdame a cargar las cajas.

—De acuerdo. Pero creo que puedo lograr que recapacite —dijo Hutch con una brillante sonrisa.

—Por qué será que no me sorprende? Bueno, vamos a ayudar a tu madre.

No tardaron demasiado en cargar las escasas pertenencias de la familia Lonigan en el destartalado coche de Cassidy. En un momento, Ty observó sus vanos intentos por meter una caja que no cabía en el vehículo.

—Son los libros, hijo. Tal vez deberíamos dejárselos a la señora Walters para que los done a la biblioteca.

—O podrías pedirme que los guardara hasta que encuentres otro piso —sugirió Ty impasible con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Realmente no quiero imponerte… —empezó a objetar Cassidy.

Pero al punto cerró la boca al notar la rabia contenida que bullía en el interior del hombre.

Después de darle las gracias, amablemente le entregó la caja.

—Ya te haré saber mi nueva dirección.

—No es necesario. Os acompañaré al motel. Es lo mínimo que puedo hacer por vosotros, considerando el estado de este coche, por llamarlo así—manifestó Ty al tiempo que se apoyaba contra el tronco de un árbol, decidido a esperar hasta que el trasto se pusiera en marcha.

—Gracias. Quedo en deuda contigo. Vamos Hutch, sube al coche.

Pero cuando Cassidy intentó arrancar el motor, nada sucedió.

—Qué pasa ahora, mamá? —Ty oyó a Hutch.

—No lo sé —balbuceó ella.

—Vamos, sal del coche y déjame echas un vistazo.

Cassidy abrió el capó y de inmediato Hutch se puso a mirar el aceitoso amasijo de cables y metales.

—Puedo ayudar en algo? —gritó Ty a sabiendas de que la respuesta sería negativa.

—No, gracias —se apresuró a decir Hutch—. Encontré el fallo. Es el calibrador que está totalmente fundido.

—Y se puede reparar? —preguntó Cassidy con ansia.

—Al menos no esta noche. Habrá que esperar hasta mañana para llevarlo a un garage.

Ty se acercó. Nunca en su vida había oído hablar de un calibrador, así que sintió curiosidad por saber qué le había hecho Hutch al coche. Apenas tardó un segundo en darse cuenta de que la batería estaba desconectada. Miró de soslayo a Cassidy, inconsciente de lo que sucedía. Sin lugar a dudas que la mecánica no era su fuerte.

—De verdad que no necesitas mi ayuda?

—Oh, no. Hutch puede manejarse solo.

Ty se encogió de hombros.

—Me parece muy bien. Aunque ya te ha dicho que tendréis que esperar hasta mañana.

Si ella le hubiera pedido ayuda, habría tenido que decirle la verdad; pero saltaba a la vista que prefería sufrir las consecuencias de su testarudez.

—Ya lo sé —dijo abatida.

—A riesgo de desafiar tu sentido de la independencia, yo podría ofrecerte un lugar donde pasar la noche. Tengo una cabaña entre mi casa y las dependencias de los trabajadores. Y está desocupada.

—Eso sería fantástico —exclamó Cassidy con evidente alivio—. ¿Cuánto costaría el alquiler?

Ty se sintió invadido por una oleada de ira que apenas pudo controlar.

—Será mejor que tú y Miz Mopsey me esperen en el camión —dijo mordiendo las palabras—. Hutch y yo trasladaremos las cajas.

—Pero...

—Ahora —ordenó.

Alarmada, Cassidy abrió los ojos de par en par.

—Estás enfadado por algo?

—Preferiría discutirlo en otra ocasión.

—Es porque me negué a aceptar tu invitación?—preguntó desafiante, con las manos en las caderas.

—Hutch, por favor ve al camión con Miz Mopsey —ordenó Ty al tiempo que señalaba el vehículo.

—Tú y mamá os vais a pelear?

—Solo discutir la situación, amigo.

—Quizá tu desees discutir, pero otras veces he visto a mamá así. Ella quiere pelear.

—Hutch! —gritaron los dos al unísono. Hutch desapareció al instante.

Cassidy lo miró airada.

—Has alterado a mi hijo.

—Tu hijo no está alterado. Sobrevivirá. ¿Me vas a ayudar a cargar esas cajas o quieres esperar en el camión?

—Lo mejor será que nos lleves a un motel.

Eso fue más de lo que Ty podía soportar. Sin darle tiempo a reaccionar la estrechó bruscamente contra su cuerpo.

Sus bocas chocaron, pero luego se unieron en total armonía. Ansiosamente ella le rodeó el cuello con los brazos y se entregó totalmente a la caricia.

La reacción del hombre al contacto del cuerpo femenino fue más intensa que nunca. Cassidy tenía el poder de hacer surgir sus instintos más primitivos. La necesitaba en su vida con una desesperación en la que no cabía error posible. Todo lo que tenía que hacer era convencerla de que su pasión era tan ardiente como la de él.

La apoyó contra el tronco del árbol y se inclinó hacia su rostro. La boca del hombre buscó ansiosamente la boca femenina y sus manos recorrieron su cuerpo deteniéndose en los pechos. Las caricias de Ty enardecieron a Cassidy que, con un quejido, le clavó las uñas en la espalda, mientras enlazaba una de sus largas piernas

a la del hombre.

El sonido del claxon de un camión los obligó a separarse.

—Es Hutch. Será mejor que nos ocupemos de las cajas —susurró Cassidy.

—Y dónde quieres que te lleve? —Ella se aclaró la garganta.

—Serías tan amable en hospedarnos un par de días? —murmuró con una débil sonrisa.

—Y cuánto he de cobrarte por el alquiler?

—Creí que ... —se humedeció los deliciosos labios—. Creí que íbamos en calidad de invitados.

—Era tan difícil decir eso desde el principio?

—No estoy acostumbrada a ceder a otro el control de las cosas. Por lo general soy yo la que llevo las riendas de todo.

—Y tú piensas que yo intento posesionarme de la situación, ¿verdad?

—Al menos eso parece a primera vista.

—Te equivocas, Cassidy. Admiro a las mujeres fuertes. La única vez que me verás perder el control es cuando compruebe que te empecinas en solucionar los problemas por el camino más difícil.

—Tengo una idea. Puedo ayudarte en el rancho a cambio del hospedaje.

—No.

Ty estaba apoyado contra el marco de la puerta de la cabaña con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Cómo sucedió?

—Lo siento, Ty —dijo Hutch con cara de profundo arrepentimiento—. Debí haber dejado la puerta abierta cuando llevé la ropa al cuarto de la lavandería. Se me ocurre que esa estúpida mofeta aprovechó mi ausencia para colarse dentro. Gracias a Dios que todavía no habíamos sacado las cajas del camión.

Cassidy olfateó el aire con una mueca de asco.

— Una mofeta!

Lorenzo, el capataz de Ty, asomó la cabeza dentro de la estancia y se retiró de un salto.

—Puedo jurar que nunca he oído hablar de un bicho semejante. Y eso que he pasado toda mi vida en esta región.

—Y yo tampoco ¿Es raro, no? —observó Ty con la vista clavada en el muchachito de diez años, de pie junto a él.

—Hay seis clases de mofeta oriundas de Texas—comenzó a

explicar Hutch con bastante ansiedad—. Prefieren vivir en terrenos escarpados y agrestes como este.

—Crees tú? —preguntó Ty muy dulcemente.

—Y arruinó las cosas? —preguntó Cassidy con la voz vibrante de tensión.

—Hemos tenido suerte, mamá. Toda la ropa se salvó porque yo la había llevado a la lavandería. Y el resto de las cosas todavía está en el camión.

—Una mofeta que elige el momento más oportuno para irrumpir en una casa, ¿qué te parece, Hutch? -observó Ty al tiempo que entraba en la estancia e inhalaba profundamente. El fuerte aroma empezaba a disiparse muy lentamente—. Bueno, al parecer solo nos queda una opción.

Cassidy asintió estoicamente.

—Te agradecería mucho si pudieras llevarnos a un motel.

—No! ¡No podemos! Quiero decir... Bueno, pensaba que podríamos trasladarnos a la casa de los trabajadores. Nunca he estado en una. Podría aprender muchas cosas.

Ty negó con un movimiento de cabeza.

—No, esa cabaña es solo para hombres, Hutch.

—Oh, ¿y dónde podríamos dejar a mamá? —preguntó Hutch con angelical inocencia—¡Ya lo tengo! ¿Por qué no se queda en la casa principal?

—No creo que... —balbuceó Cassidy.

—Muy buena idea —dijo Ty al tiempo que le daba una palmada en la espalda a Hutch—. Cassidy, tú puedes quedarte en la casa grande y Hutch puede dormir en la cabaña con los vaqueros. Espero que te guste levantarte temprano, amigo. Mis hombres ya están en pie a las cinco y media.

—A las cinco —corrigió Lorenzo con una mueca—. Y como estás de vacaciones, chico, bien puedes echarnos una mano. Así sabrás de qué va el oficio de vaquero. ¿Qué me dices, eh? —agregó mirando a Hutch.

—Me alegro que haya quedado todo resuelto. Lorenzo, ordena a algunos hombres que lleven las cajas a la casa principal. Hutch, échame una mano.

—No estoy muy segura de que esto sea una buena solución —empezó Cassidy otra vez.

—No veo otra solución mejor que ésta —comentó Ty al tiempo que le rodeaba los hombros con un brazo—. Tendrás un lugar donde quedarte hasta que encuentras un apartamento y otro empleo. Y de paso, ponemos fin a todas esas fastidiosas citas. ¿No te

parece que todos saldremos ganando? Ah, y si no te importa, podrías ayudar a Edith disponer las cosas. Ella te enseñará las habitaciones que puedes utilizar y tú le indicas a los hombres dónde dejar las cajas.

Tal como se lo había figurado, a Cassidy se le iluminó la cara al saber que podría dirigir la situación.

—Me parece bien, Ty —aceptó mientras Ty lanzaba a Hutch una mirada de soslayo.

Cuando el chico empezaba a escapar, lo agarró por el cuello de la camisa.

—Mientras tú ayudas a Edith, yo voy a instalar a Hutch —informó a la madre, rogando que no advirtiera que Hutch se revolvía atemorizado bajo su férrea mano.

—De acuerdo —balbuceó el chico.

Cuando Cassidy estuvo fuera de la vista, Ty se inclinó hacia Hutch.

—No tienes nada que decirme?

—Sí, señor. No fue una mofeta la que produjo ese olor apestoso. Lo hice yo con unos preparados químicos.

—Así que otra vez mentiste.

Hutch tragó saliva.

—Sí, señor.

—Y no tienes nada más que decirme? Me refiero al apartamento y al coche.

—De veras que la dueña del piso nos echó. En gran parte es cierto pero... —balbuceó con la barbilla temblorosa—, pero eso fue después de haber pasado una o dos veces con Miz Mopsey delante de su puerta. O tal vez más de dos veces.

—Y el coche de tu madre?

—Desconecté la batería —murmuró.

—Por qué lo hiciste?

—Para venir a tu casa. De ese modo, tú y mamá podríais... tú sabes.

—Lo sé muy bien. Pero no debiste hacerlo.

—Y ahora qué...? —preguntó vacilante como si hubiera leído el pensamiento de Ty.

—Si fuera inteligente le contaría a tu madre todas las tretas que le has jugado.

—Oye, Ty. Ya que me dijiste que no te incomodaba que yo fuera listo, a mi no me importaría que por esta vez tú no lo fueras.

Ty evitó echarse a reñir.

—No te hagas el gallito conmigo. Es la tercera vez que tengo que

ocultar tus mentiras. Será mejor que no haya una cuarta vez porque lo lamentarás toda tu vida —declaró con una severa mirada.

—No volverá a suceder, señor. ¿Me vas a castigar? —preguntó con una mirada implorante.

—Desde luego que habrá consecuencias —manifestó Ty al tiempo que pensaba que si lo mantenía ocupado en el rancho no tendría tiempo para más travesuras—. Primero, vas a ventilar esa cabaña. Luego la limpiarás de arriba abajo. Edith te dirá dónde encontrar los utensilios.

—Ahora mismo empiezo. ¿Algo más?

—Sí. Me voy a asegurar de que no te queden energías suficientes para nuevas ideas ingeniosas, así que las próximas dos semanas vas a aprender el oficio de vaquero. Lorenzo estará encantado de enseñarte.

—Puedo? ¿De veras?

—No te entusiasmes mucho. Es un trabajo duro y muy laborioso.

Hutch se encogió de hombros.

—De veras que no me importa. Estoy acostumbrado.

—Y por último, quiero tu palabra de honor de que no volverás a mentir.

—Lo prometo.

—No tan rápido, amigo -dijo Ty al tiempo que se sentaba junto al chico en un escalón de la entrada a la cabaña, de modo que ambos quedaron a la misma altura—. Tómate un minuto para pensar seriamente en lo que te pido. Lo único que un verdadero hombre tiene de valioso para ofrecerse a sí mismo y a los demás, es su palabra. No lo tomes a la ligera. Cuando das tu palabra, quedas atado a ella, por muy duro que a veces pueda resultar.

Hutch lo miró con toda solemnidad a través del cristal de sus gafas.

—De acuerdo. Te doy mi palabra. No volveré a mentir.

—De acuerdo -dijo el hombre al tiempo que se estrechaban la mano.

Ty se sorprendió al ver que Hutch se quedaba plantado en el mismo sitio.

—Vamos, muévete.

—Bueno, ya que estamos hablando con honestidad, pienso que hay algo que deberías saber —dijo al tiempo que se ajustaba las gafas en la nariz.

—¿Qué es? —preguntó Ty alarmado.

—Se trata de la razón que me llevó a comprar esas citas para mamá. Verás… fui a la agencia de la señora Willie porque quería

tener un papá —terminó a toda prisa.

—Sí, ya lo había adivinado; pero yo no lo consideraría una mentira, así que no te preocupes.

—Gracias, pero también hay otra razón —dijo. Tardó un largo minuto en restregar el suelo con el pie y aclararse la garganta—. Bueno, mamá piensa volver a Georgia.

—Maldición! Espero que sea una broma, chico.

—Ojalá lo fuera. Verás, el tío y la tía que criaron a mamá viven allí. Y no aprobaron su boda con Lonnie. Estaban muy disgustados por lo que había hecho. Pero ahora ella quiere volver para restablecer las relaciones y echar raíces en esa tierra. Al menos eso es lo que dijo.

Ty maldijo por lo bajo. Había esperado tener tiempo para cortejarla con toda calma, para derribar las barreras que había erigido durante largos años. Pero al parecer todo se transformaría en un romance precipitado, como un huracán.

—Cuándo piensa marcharse?

—Tan pronto como pueda financiar el viaje y haya realizado su último propósito.

—Y qué propósito es ese?

Hutch se encogió de hombros.

—Nunca me lo ha dicho. Pero sé que es importante.

—De acuerdo. Gracias por avisarme. Me haré cargo del asunto.

—Y qué piensas hacer?

—Quizá puedo ofrecerle algún incentivo para que se quede.

—No lo sé. Cuando mamá toma una decisión es muy difícil hacerle cambiar de parecer. Puede ser muy testaruda.

—Entonces yo seré muy persuasivo. Por si no lo sabes, hasta una mula testaruda ha llegado a moverse gracias a una suave persuasión.

—Y si no funciona?

—Entonces la ataré a una empalizada hasta que entre en razón.

Informe del desarrollo de los acontecimientos

Los experimentos resultaron bien. Ty hizo exactamente lo que yo esperaba. Me gusta Ty. Es un poco severo, pero buena persona. Incluso después de descubrir lo que yo había hecho, no puso el grito en el cielo, ni nada. Aunque siempre me llama «chico», no me trata como si lo fuera. Ahora me está castigando por mentiroso, pero está bien. El castigo va a ser divertido, si exceptuamos la limpieza de la

cabaña. Siempre quise ser vaquero, aunque sea por un par de semanas.

Y le conté lo de Georgia. Se puso como loco. Pero al menos lo sabe. Puede ser que logre detener a mamá. No quiero irme a Georgia. Quiero quedarme en Texas. Y quiero quedarme con Ty.

La verdad es que quiero que Ty sea mi papá.

CAPÍTULO 6

Experimento 3: Vivir en casa de Ty + Situaciones Románticas = Amor.

Objetivo: Pienso que la gente se enamora más rápidamente cuando pasan juntos mucho tiempo. Pero eso no le sucede a mi mamá. Se le da muy bien decir ¡No! Y por alguna estúpida razón Ty parece tomárselo con calma. Así que tendré que buscar el modo de apresurarlos un poco a fin de poder disfrutar de un padre antes de cumplir los cincuenta.

Procedimiento: Provocar encuentros en lugares donde se puedan besar.

TY SE ENFRENTABA a Cassidy en su espacioso despacho.

—¿Al diablo con la suave persuasión! Tendría que haber sabido que nunca funcionaría contigo —bramó— ¿Qué quieres decir con eso de que te marchas a Georgia?

—¿Y qué tiene de malo Georgia? —bramó ella también, contenta de que la gruesa puerta del despacho aislara las voces del resto de la casa.

—Yo no vivo ahí y tampoco deberías hacerlo tú.

—Te das cuenta de que eso es una ridiculez?

—Soy ridículo? ¿Por qué? ¿Porque quiero que te quedes aquí? ¿Porque soy capaz de admitir que sucede algo especial entre nosotros, mientras que tú siempre intentas escapar?

—No huyo. Solo vuelvo a casa.

—¿A casa? ¿Por qué no lo dijiste antes?

—Porque hasta ahora no se había presentado la ocasión —balbuceó.

—Recuerda que acordamos ser honestos el uno con el otro. Entonces dime, ¿por qué te vas a Georgia? Recuerdo que me dijiste que no tenías raíces y tampoco un hogar como el mío.

—Y no los tengo. Georgia es lo más parecido a un hogar que alguna vez haya tenido—

Hogar. Qué extraña sonaba esa palabra. Pero si se reconciliaba con la tía Esther y el tío Ben, ella y Hutch tendrían una familia y raíces. Por fin podrían pertenecer a un lugar en vez de andar dando tumbos por todo el estado de Texas.

—Todavía piensas que Georgia es un hogar después de diez años de ausencia?

—Desde luego —dijo a sabiendas de que no era cierto.

—¿Tienes familia allí?

—Un tío y una tía —admitió—. Últimamente mantenemos correspondencia y han expresado su deseo de que vuelva con ellos. Quieren conocer a Hutch y que olvidemos los problemas del pasado. Ya no son tan jóvenes y no sé cuánto tiempo podrán valerse por sí mismos. Me parece que lo correcto sería regresar —dijo encogiéndose de hombros.

—Ir allá para reconciliarte con ellos y echar raíces, ¿no?

—Veo que has estado hablando con Hutch.

—Un poco y puedo asegurarte que no está ansioso por marcharse de Texas. Y yo tampoco estoy ansioso de que te vayas.

¿Por qué sintió la urgencia incontrolable de arrojarse en sus brazos y confesarle su deseo de quedarse ahí? ¿Por qué de pronto se le hacía tan dura la idea de volver a Georgia? ¿Y por qué una parte de su ser se empecinaba en negar ese deseo?

—Tomé la decisión mucho antes de conocerte.

—Y ahora que ya nos conocemos? —Ty le puso las manos sobre los hombros—. ¿Ahora que nos hemos acariciado, que nos hemos besado?

Cassidy luchaba entre dos fuerzas opuestas. Por una parte, el anhelo de encontrar un hogar en los brazos de Ty y por otra, el miedo a repetir su fracaso sentimental. Y ganaron las voces del miedo.

—Mira, yo me marché de casa en circunstancias desgraciadas —murmuró intentando controlar su emoción.

—Te casaste y eso no funcionó, pero al menos...

—Estaba embarazada —dejó escapar casi sin aliento.

—O sea que tuviste que casarte por obligación.

—Mis tíos no querían que me casara. Querían que tuviera al bebé y luego lo entregara en adopción. Pero yo me escapé y me casé con Lonnie.

—Hutch sabe eso?

—No se lo he contado. Pero si alguna vez me lo pregunta, seré franca con él. No sirve de nada mentirle. Todo lo que tiene que hacer es mirar la fecha de mi boda en el certificado de matrimonio y compararla con la de su nacimiento. No le costará nada imaginarse lo sucedido cuando vea que hay siete meses de diferencia.

—Es muy difícil engañar a un chico como Hutch.

—Yo no pretendo engañarlo. Entre todos sus fallos, Lonnie tuvo un gesto honorable al casarse conmigo. No fue fácil para él. Es un aventurero por naturaleza así que fue muy valeroso al casarse conmigo cuando todo su instinto lo empujaba a tomar el primer

autobús que lo llevara lejos de la ciudad.

—Así que se marchó después de cinco años? ¿Por qué se quedó tanto tiempo?

Cassidy apretó los labios para evitar que Ty notara su temblor. Todavía el recuerdo le parecía una oscura pesadilla.

—No se quedó. Se marchó a la primera oportunidad que tuvo. Un mes antes del nacimiento de Hutch, para ser exactos.

—Un mes antes... —murmuró Ty al tiempo que intentaba controlar su cólera—. Y te pasaste los siguientes cinco años persiguiéndolo, ¿no es verdad?

Al oír a Ty, le pareció que su conducta había sido patética. Pero era tan joven entonces y estaba tan asustada. Y tan pobre. En sus larga lista de necesidades, el orgullo ocupaba el último lugar.

—Algo como eso.

—Y qué te impidió continuar siguiéndolo? ¿April Mae?

—No, eso habría podido sobrellevarlo. La razón es que hirió a Hutch. Le dijo cosas imperdonables. Y entonces me di cuenta que era mejor nada a un mal padre.

Por lo demás en ese tiempo había descubierto que podía arreglárselas sola.

—Lo siento, Cassidy. Debes saber que no todos los hombres son como Lonnie.

Unos golpes en la puerta le ahorraron la respuesta. Edith asomó la cabeza sonriendo.

—La cena está servida. La señora Willie llegó cuando sosteníais vuestra pequeña discusión. Así que decidió esperaros en el comedor con el joven Hutch. Y me pidió algo fuerte para beber.

—Sirve ya, Edith. Estaremos allí en un minuto —dijo Ty. Cuando la puerta se hubo cerrado tras ella, Ty se volvió a Cassidy —. Esta discusión aún no ha terminado.

—En lo que a mi respecta no hay más que agregar. Ya que Hutch te ha hablado de Georgia, puedes comprender que una relación entre nosotros es imposible.

—Veremos —dijo Ty con calma—. ¿Vamos a cenar?

Para alivio de Cassidy la cena estuvo muy agradable. Willie los entretuvo con historias de la agencia, de las muchas parejas que allí se habían formado, especialmente de los casos más recientes.

En un momento, en mitad de una anécdota, miró a Hutch.

—Dios bendito, parece que es hora de que cierto jovencito se vaya a la cama.

Cassidy le echó una mirada a su hijo. Se había quedado dormido encima del puré de patatas con las gafas en la punta de la nariz.

Junto a su silla Miz Mopsey roncaba suavemente, al parecer tan exhausta como su amo.

—Lo llevaré a una de las habitaciones de invitados. La casa de los trabajadores puede esperar una noche —dijo Ty limpiándole la cara con una servilleta. Cassidy se levantó de la silla.

—Gracias, Ty. No sé qué le sucede a este chico. Nunca lo había visto tan agotado. Se diría que se ha pasado todo el día trabajando en vez de dedicarse a explorar el rancho.

Ty reprimió una risita.

—Tienes que acostumbrarte, Cassidy. La vida en un rancho puede ser más agotadora que la de la ciudad. Pero no le hará daño.

—Estoy segura de que tienes razón. Probablemente le hará bien —comentó al tiempo que observaba a Ty acomodar al chico en su hombro. Unos delgados brazos le rodearon el cuello. Esa visión hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas—. No toma demasiado aire puro como a mí me gustaría—agregó aclarándose la garganta.

—No me digas que estamos de acuerdo en algo. ¿Así que estás dispuesta a admitir que la vida del rancho le hace bien?

—Bueno, al menos eso entra en el noventa y nueve por ciento de las afinidades —replicó Cassidy en tono jocoso.

—Noventa y nueve punto cuatro —corrigió Willie—. Como me pedisteis, introduje el formulario revisado en la base de datos. Y arrojó ese porcentaje de afinidades. Creo que los cambios mejoraron las posibilidades. Así que me parece que todavía estás pegada a mi nieto. Aunque mejor es el diablo —exclamó alzando su copa hacia ellos.

—Oye, ¿tú de qué lado estás? —rió Ty.

Cassidy siguió a Ty por la escalera. Este abrió la puerta de una habitación junto a la de ella.

—Por qué estás tan seguro de que hacemos una buena pareja? ¿Porque lo dijo el ordenador? —preguntó al tiempo que retiraba las ropas de cama hacia atrás.

—No es por eso —respondió Ty mientras desvestía a Hutch y suavemente le quitaba las gafas.

—Entonces es por lo del Beso, ¿no?

—Sí —murmuró al tiempo que con mucha delicadeza cubría al niño con la sábana—. ¿No sentiste tú lo mismo?

Cassidy apagó la luz.

—Fue solo una respuesta física —cuchicheó—. Muy poca cosa para basar una relación estable.

—Pero es un buen comienzo —contestó Ty al tiempo que cerraba la puerta de la habitación—. Podría decirse que es una

tradición familiar.

—Besarse? —preguntó incrédula en el pasillo en penumbras.

—Eso es. Verás, de acuerdo a la leyenda, los Merrick siempre reconocen a su alma gemela cuando al fin se encuentran y se besan.

—Y cómo lo saben?

—De la misma manera que lo supiste tú. A través de un beso.

—No, no digas eso.

—Es justo que te diga la verdad.

—Parece que no entiendes que no quiero mantener una relación con nadie.

—Eso ya lo has dicho claramente. Sin embargo la pregunta que resta es ¿por qué? He oído la opinión de Hutch sobre el asunto. Me falta oír la tuya. Pero no esta noche. Ambos estamos cansados. Cuando quieras hablar, yo estaré aquí para escucharte. Buenas noches —murmuró al tiempo que le acariciaba la mejilla.

Una vez en la habitación que Ty le había asignado, Cassidy miró a su alrededor con un hondo suspiro. Era más amplia que todo su apartamento, sin incluir el cuarto de baño adjunto.

Un momento más tarde se puso a buscar entre las cajas hasta que encontró el álbum de recortes en la más pequeña. Junto con sus rosales era su bien más apreciado.

Lo dejó sobre la inmensa cama adornada con cuatro delgados pilares de madera torneada.

Después de desvestirse y ponerse una camisa de algodón, se dejó caer sobre la cama junto al álbum.

¡Craso error! Instantáneamente un extremo de la cama se vino abajo y el colchón se inclinó violentamente hacia la pared enviándola de una voltereta contra la cabecera. Tras golpearse contra la dura madera de roble quedó enterrada bajo los almohadones y la ropa de cama. Con un chillido apagado intentó zafarse del lío de ropa que la envolvía.

Justo en ese momento se abrió la puerta y se produjo un instante de absoluto silencio seguido de una risilla apagada.

—Seas quien seas, no te atrevas a reírte —ordenó furiosa.

—Lo siento —escuchó la voz de Ty que se aproximaba—. ¿Necesitas ayuda? —preguntó con exagerada seriedad.

Con toda su alma le hubiera gustado rechazarla. Pero, considerando su ridícula posición, no se atrevió a hacerle frente.

—Sí, no me vendría mal —dijo con un suspiro de derrota—. Si no te importa.

—Con todo gusto —dijo Ty al tiempo que la alzaba con cuidado sin dejar caer la sábana que la cubría—. ¿Se me permitiría

preguntar qué ha sucedido?

Ella hizo una mueca al tiempo que se envolvía más aún en la sábana de colores.

—Es tu cama. Así que tú deberías decírmelo.

—Espera un minuto.

—Muy bien.

Ty retiró el colchón y las ropas, evitando pisar los recortes del álbum desparramados por doquier.

—Parece que los largueros de la cama se han despegado de la cabecera. Tienes suerte de que todo el armatoste no se haya caído en tu cabeza.

—Y cómo se desprendieron?

Ty recogió los pernos que había encontrado apilados debajo de la cama.

—Con una llave inglesa.

—Pero.. ¿por qué?

—Te informaré cuando lo descubra. Mientras tanto iré a buscar unas herramientas para ajustar los pernos.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Hutch descalzo con Miz Mopsey pegada a sus talones.

—Un ruido muy fuerte me despertó -dijo frotándose los ojos.

—Lo siento cariño. Mi cama se derrumbó.

—Oh... ¿qué haces aquí? —preguntó al advertir la presencia de Ty.

—Vine a auxiliar a tu madre.

—Oh, así que viniste a rescatarla, ¿verdad? ¿No es un gesto caballeroso, mamá? Nunca antes habías tenido a alguien que te rescatara del peligro, ¿no es así?

—No sé por tengo la impresión de que vamos a mantener otra conversación, jovencito —observó Ty con los brazos cruzados sobre el pecho—. Supongo que no tienes idea de cómo la cama se vino abajo.

Hutch tragó saliva.

—Creo que volveré a la mía. Tengo mucho sueño. Vamos, Mops.

—Muy buena idea. Buenas noches -dijo el hombre.

En cuanto el niño y el animal hubieron desaparecido, Cassidy se volvió a Ty.

—No creerás en serio que Hutch desmontó la cama, ¿verdad?

—Seguro que fue obra suya.

—Pero, ¿por qué?

—Ya lo has oído. Quiere convertirme en una especie de caballero armado. Y se supone que debo acudir a rescatarte.

Cassidy guardó silencio. ¿Era posible? Una semana atrás, ella habría jurado que la idea de Hutch de comprarle una cita era totalmente absurda. Pero lo había hecho. Quizá con la travesura que acababa de hacer intentaba conseguir algo más… ¿un padre? Oh, no.

—Y ahora has cambiado de idea?

—Es posible… que tengas razón —concedió ella.

—Me parece que es más que probable. Dame un minuto para ir a buscar una llave inglesa y un alicate y montaremos otra vez tu cama.

Cassidy apenas tuvo tiempo para vestirse y alcanzar a recoger algunos de los papeles desparramados por el suelo, cuando Ty ya estaba de vuelta. El hombre se arrodilló junto a ella dispuesto a ayudarla. Ojalá no lo hubiera hecho. Su proximidad la perturbaba… y olía tan bien.

—Y qué es todo esto?

—Son solo papeles que he guardado durante años —dijo en tono casual—. Ya sabes, un especie de auto ayuda, algo para sentirse mejor. Digamos que es un diario de gratitud.

Ty frunció el ceño cuando leyó uno de ellos.

—Hoy floreció el esqueje de rosal que hace un tiempo le regalé a la señora Walters. Es bonito poder regalar flores de tus propias plantas. ¿Y eso te hizo sentir mejor?

Cassidy lo odiaba cuando echaba mano de la lógica para tratar con ella. Ty nunca podría comprender cuán difícil era encontrar momentos positivos en la vida diaria. Ese día en particular, las rosas fueron el único momento hermoso en veinticuatro horas de insoportable oscuridad.

Ty leyó otra nota.

—Hoy hemos tomado carne. Oh, cariño…

—No me compadezcas. Es bueno ser pobre, ¿sabes? Ayuda a valorar las pequeñas cosas —comentó con una sonrisa.

—Y qué me dices de este otro? Freddie me despidió, pero le agradezco que me haya permitido trabajar para él durante tantos meses. ¿Le estás agradecida? Olvidas que te acaba de despedir definitivamente.

—Fue muy tolerante conmigo, Ty. Especialmente si consideras la cantidad de platos que le rompí.

—Vaya, vaya. Y ahora supongo que te sentirás muy agradecida de que Hutch haya desarmado tu cama.

—Puede ser —murmuré con un suspiro—. Siento mucho lo ocurrido, Ty. Mañana hablaré con él.

—No te preocupes -dijo al tiempo que le entregaba el último trozo de papel—. ¿Por qué no me dejas hacerlo a mí?

—No te molestes. Es mi hijo y sé cómo manejarlo.

—De eso estoy seguro, aunque sospecho que esta es una de las ocasiones en que se necesita un toque masculino. ¿Me permites hablar con él?

Cassidy vaciló. Desde su posición en el suelo Ty alzó la vista hacia ella. ¡Santo Dios! Era grande, masculino y muy excitante, con una llave inglesa en una mano, una colección de pernos en la otra y una sonrisa que prometía una deliciosa noche de pecado.

Cassidy pensó que nunca había vivido una escena de dormitorio tan sugerente como aquella.

—Puedes hablar con él si quieres —consintió de mala gana.

—Lo dices con muy poca convicción. ¿Por qué?

¿Porque estaba pisando un terreno que no le correspondía? ¿Por eso se sentía reacia a permitirle hablar con su hijo? ¿O era porque a medida que pasaban los días se adentraba cada vez más en su vida?

Pronto se marcharía de Texas.

En cuanto lograra la última meta que se había propuesto, ella y Hutch cargarían el coche, que Ty llamaba trasto, con todas sus pertenencias y se marcharían dando tumbos en dirección este, a Georgia. Una vez allí se reconciliaría con la tía Esther y el tío Ben y echarían raíces en la fértil y roja tierra de Georgia.

En su programa vital no había espacio para un enorme ranchero tejano, de ojos verdes e insinuantes.

—No me has respondido.

Ty se puso de pie, se aproximó y se detuvo a escasos centímetros de los pies desnudos de Cassidy.

—Estoy pensando.

Ty se inclinó y ella contempló los mechones dorados mezclados con el tono castaño claro de sus cabellos. Sintió una imperiosa necesidad de meter los dedos en ellos.

—Qué dedo acabo de pisotear con mi pregunta?

—Cómo dices?

Ty rozó la uña del dedo gordo y ella tembló al sentir su contacto.

—Este que dice: «Es mi problema y yo lo resolveré»?

—No, ese no.

—O el es el dedo siguiente que dice: «No deseo sentirme comprometida»? O quizá este otro que dice: «Antes muerta que rendirme».

—No, tampoco.

—O tal vez es este dedo muy pequeño que dice: «El se está involucrando demasiado en mi vida y pronto nos marcharemos a Georgia»?

—Bingo. Sí, ese era el dedo que me estabas pisoteando.

—Vaya, así que ese es el pequeño culpable. Bueno, tiene fácil solución —dijo al tiempo que sacaba el alicate del bolsillo y lo blandía en el aire—. Quédate quieta.

—No, no —entre chillidos y risas giró en torno a Ty y de un salto fue a la cama.

—No, no espera —exclamó Ty un segundo demasiado tarde—. Solo había atornillado un...

Ella estaba en pleno salto cuando le llegó la advertencia y por segunda vez se vio disparada contra el cabecero, liada con la ropa de cama.

Ty corrió a su lado.

—Sujétate a mi brazo. En un segundo te sacaré de allí.

En ese momento se abrió la puerta de par en par.

—Otra vez la has rescatado, Ty. Juraría que nunca te han salvado dos veces en un mismo día, ¿no es así, mamá? —chilló Hutch con deleite mientras Miz Mopsey ladraba de alegría, pegada a sus talones.

—Hutch! —Ty y Cassidy gritaron al unísono.

La única respuesta fue el ruido de una apagada carrera por el pasillo.

—Sé que lo quieres mucho, pero esta vez lo mataré —amenazó Ty al tiempo que la sacaba del desastre.

—No hay problema. Yo te ayudaré —replicó ella.

En ese instante se miraron y ambos se echaron a reír al mismo tiempo.

—Ese chico es un desafío, pero afortunadamente para ti yo amo los desafíos. En un segundo tu cama quedará lista y podrás dormir segura.

—Ya empezaba a acostumbrarme al suelo.

—También puedes dormir en mi habitación —dijo Ty metido debajo de la cama.

—Claro, justo la complicación que necesitábamos —replicó ella intentando hablar con jovialidad.

—Tienes razón es una complicación. Pero te propongo otra peor. ¿Qué te parece casarte conmigo?

—Matrimonio! ¿Pero quién ha hablado de eso?

—Yo —dijo Ty al tiempo que se ponía en pie—. Y seguiré haciéndolo hasta que me digas que sí. Por tanto, ¿quieres casarte

conmigo, Cassidy?

—Eso es imposible —susurró.

—Es esa tu respuesta?

—Sí.

Ty hizo una mueca burlona.

—Bien, me has dado el sí.

—Quiero decir que no. No puedo casarme contigo.

—De acuerdo -dijo él—. La respuesta de hoy es no. Veremos cuál será mañana.

Informe del desarrollo de los acontecimientos.

El asunto no va a ser tan fácil como esperaba. Pensé que a mamá le gustaría que Ty fuese a rescatarla. Pero en lugar de eso, ambos se enfadaron mucho al enterarse que yo había desmontado la cama. Pero aún no me daré por vencido. Todavía tengo otra idea para conseguir que mamá se case con 7y. Voy a asegurarme de que él le proporcione todas las cosas que a ella más le gustan. Todas las cosas que un papá tendría que regalarle a una mamá. Las cosas que a ella la harían llorar de felicidad y no de tristeza.

CAPÍTULO 7

Experimentos 4-7: Mamá y Ty.

Objetivo: Provocar situaciones en las que Mamá y Ty estén solos con el fin de que se conozcan mejor y hagan funcionar el 99,4% de afinidad en lugar de afligirse por el 0,6% que los separa. ¡Es mamá la que alborota por esa insignificante diferencia!

Procedimiento: Hacer que Ty le proporcione a mamá todo lo bueno que Lonnie nunca le dio.

TOMA UNA pala y empieza a cavar un agujero allí, cerca de la escalera del porche. Y yo cavaré por este lado —ordenó Ty.

—Sí, señor —respondió Hutch dócilmente.

Ty lo dejó trabajar un momento antes de hablar.

—Qué sucedió anoche?

—Bueno, yo... desmonté la cama de mamá.

—Me puedes explicar con qué fin?

—Para que pudieras rescatarla. Nadie antes que tú lo había hecho nunca —explicó al tiempo que se secaba el sudor de la frente —. Así ella podría sentirse como la princesa de un cuento de hadas. Tú sabes que a las chicas les gustan esas cosas. Y yo creo que ella nunca antes se ha sentido princesa.

—Yo agradezco mucho tu ayuda, Hutch. ¿Pero no pensaste que tu madre pudo haberse hecho daño?

—Nunca fue mi intención hacerle daño.

—Creo que deberías decírselo a ella, no a mi —le aconsejó Ty mientras echaba tierra de abono y fertilizante en el agujero.

—Por qué plantamos los rosales?

—Porque si no lo hacemos se van a morir. Y no quiero ver la expresión de tu madre si eso sucede.

—Y tú esperas que florezcan, verdad?

—Sí, espero que al ver cuán bien se cultivan los rosales aquí en Texas, también ella decida plantar sus raíces aquí. Pero tardarán un tiempo en florecer. No se las puede apresurar. ¿Entiendes lo que intento decirte?

—Sí. ¿Quieres que deje de ayudaros, no es eso?

—Eres listo, muchacho. Siempre he apreciado ese rasgo de tu personalidad. Y no me importa que me ayudes, siempre y cuando yo te lo pida. ¿De acuerdo?

—Estás seguro de que no puedo ayudar un poquito?

—Ahora que lo mencionas, claro que sí. ¿Por qué no riegas estas

plantas?

Unos días más tarde Ty sorprendió a Cassidy contando el dinero que había sacado del billetero. Eran unos pocos billetes, seguramente todo su capital.

Mientras se alejaba de allí en dirección al porche, de pronto un pensamiento le hizo maldecir entre dientes. Con toda la agitación de los últimos días, había olvidado acompañarla a cobrar el cheque que le debía Freddie, el propietario del café.

Aunque, para su propia tranquilidad, le había reparado el coche e incluso llenado el depósito de gasolina. Además había mantenido una interesante discusión con la dueña del apartamento, la señora Walters.

—Ty? —llamó Cassidy mientras se acercaba al porche.

—Qué quieres, amor?

Cassidy parecía preocupada, pero no por eso dejó de ruborizarse al oír la cariñosa palabra.

—Necesito ir a San Antonio por el día.

—Quieres que te lleve?

—No, iré en mi coche —dijo evitando mirarlo—. Tengo… algunas cosas que hacer allí.

—Cosas.

¿Pero qué clase de cosas serían aquellas?, no pudo evitar preguntarse. Seguramente cosas que haría para erigir más barreras entre ellos.

Cassidy enfrentó su mirada con decisión.

—Tengo que encontrar trabajo y un lugar donde vivir.

—Estuviste de acuerdo en ser mi invitada hasta el día de nuestra cita de la Fiesta —le recordó en el tono más suave que le fue posible.

—Tienes razón, así fue. Pero debo acudir a una entrevista. Verás, es un proyecto que he estado elaborando desde hace mucho tiempo. Y si no lo hago hoy, ya no podré realizarlo.

—Suena a algo importante.

—De hecho lo es. Probablemente llegaré tarde y me preguntaba si tu podrías cuidar de Hutch —dijo vacilante.

—Sabes que sí. ¿De veras que no quieres que te lleve a San Antonio?

— Gracias, pero esto es algo que tengo que hacer sola —replicó con gesto decidido.

—Vendrás a cenar?

—Creo que sí. Pero si tardo llamaré por teléfono.

Sin decir nada más se dirigió al coche. Al poco tiempo el vehículo desaparecía por el camino de entrada envuelto en una nube de polvo.

Cassidy volvió tarde al rancho, cansada y hambrienta. Su entrevista había durado casi ocho horas. Había llamado para avisar que volvería tarde y Ty prometió guardarle cena. Se detuvo en el vestíbulo, absorbiendo su quietud y silencio, aliviada por la solidez del entorno. Incluso era capaz de percibir la bienvenida de los susurros del pasado cobijados en cada rincón, en cada grieta de la morada.

Había llegado a casa.

—Ty?

—Estoy aquí.

La voz venía del despacho. Al abrir la puerta entornada, se quedó mirando el interior sorprendida.

Dondequiera que se posaba su mirada había cestillos y floreros con rosas amarillas. En medio de la habitación, él había puesto una mesa para dos. La plata, los cristales, las porcelanas de la vajilla brillaban a la luz de la estancia. Las finas copas desbordaban de un riquísimo vino tinto Cabernet Sauvignon. Junto a la mesa había un carro con fuentes cubiertas de las que se desprendía un delicioso aroma.

—Pero, ¿qué es todo esto? —murmuró cuando pudo recobrar el habla.

—Es para ti. Edith y yo pensamos que llegarías exhausta.

Los ojos de Cassidy se llenaron de lágrimas. Tuvo que admitir ante sí misma que nunca nadie la había hecho sentirse tan especial. Ty se aproximó.

—Estás llorando?

—No puede ser, nunca lo hago —dijo al tiempo que se secaba los ojos.

—Tienes hambre?

—Estoy famélica.

—Entonces cenaremos de inmediato. Siéntate.

—Me has esperado?

—No quise que cenaras sola.

—Gracias —murmuró conmovida mientras se acercaba a la mesa —. Ten cuidado porque podría acostumbrarme a todo esto.

—Cuento con ello.

—Me esperas un segundo para lavarme un poco?

—Tómate tu tiempo. Cuando vuelvas podrás disfrutar del aperitivo y de la ensalada que habré preparado.

—Aperitivo? Estoy impresionada -dijo en tono jovial con las lágrimas rodando por las mejillas.

Cassidy fue al lavabo situado al final del vestíbulo.

Frente al espejo se reprendió durante cinco minutos. ¿De qué demonios tenía tanto miedo? ¿Por qué no podría aceptar la gentileza de Ty? No quedaba obligada ni tampoco tendría que devolverle su generosidad. Ni siquiera tenía que casarse con él, por mucho que lo deseara. ¿Desearlo? Sus ojos se abrieron de par en par, incrédulos. No, no era posible. No podía haberse enamorado de Ty. ¿Es que todavía no había aprendido la dura lección? ¿Es que no sabía que los hombres amaban a las mujeres hasta que se presentaba el primer problema o las responsabilidades comenzaban a pesar? ¿O hasta que aparecía alguien mejor?

«Pero Ty no es Lonnie» insistieron las voces internas. Claro que Ty era diferente a su ex marido. Pero ella tenía que preocuparse de Hutch. No podía arriesgarse a hacerlo sufrir si fracasaba su relación con Ty. Porque si volviera a fracasar, entonces no habría perdido solo un marido.

Las lágrimas volvieron a anegar sus ojos.

Pero tampoco debía olvidar que casi había llegado a la meta propuesta hacía cinco años. Se había probado a sí misma que podía ser una buena madre, que podía criar y mantener a Hutch con su propio esfuerzo. Y había dado el último paso hacia su objetivo más importante, conseguir...

—Cariño, ¿te has quedado dormida?

—No —dijo sorbiendo por la nariz.

—Todo va bien?

Cassidy fue al lavabo situado al final del vestí-

—No muy bien. Las voces me están hablando otra vez.

—Las mismas que hiciste callar cuando nos conocimos?

—Las mismas.

—Y qué te dicen ahora? —preguntó con aprensión.

—Me dicen que tú no eres Lonnie.

— Vaya, me empiezan a gustar esas voces!

—¿De veras? Son las mismas que una vez me aconsejaron que durmiera con mi ex marido antes de casarnos.

—Ya entiendo el problema.

—Y ahora no sé que hacer —dijo enjugándose las lágrimas que no cesaban de correr por sus mejillas.

—Qué te parece si abres la puerta y vamos a cenar?

—Tú no lo entiendes —dijo al tiempo que se asomaba.

El la miró sonriente.

—Cuál es el problema, querida?

—Cómo puedo confiar en ellas después de sus malos consejos?

Ty le acarició las mejillas.

—Tal vez esas voces se han vuelto más sabias desde entonces.

Ella no lo había pensado y eso la alegró tremendamente.

—Creo que ahora tengo hambre.

—Fantástico. Vamos a cenar. Encenderé las velas y así no veré las arrugas que según Hutch tienes en torno a los ojos.

Cassidy se echó a reir.

—Así que te comentó lo de las arrugas, eh?

—El fue quien sugirió lo de las velas.

—Me encanta. Uno de estos días ese chico va a ir demasiado lejos.

—Me temo que ese día está a la vuelta de la esquina.

Entraron al despacho.

—Toma asiento. Hay ensalada y trocitos de tortilla hecha en casa para tomarlos con la salsa que Lorenzo preparó personalmente. Y de primer plato tenemos...

Las luces se apagaron justo cuando corría la silla para que Cassidy se sentara. Ella dio un traspié hacia adelante, se enredó en la pata de la silla y cayó pesadamente encima de Ty que no tuvo tiempo de anticipar el golpe. Antes de desplomarse como un árbol derribado, el hombre se aferró al mantel, llevándose en la caída a Cassidy y todas las cosas de la mesa. Los platos, las copas, los cubiertos, las flores y la comida cayeron sobre ellos cuando al fin aterrizaron en el suelo, Ty de espaldas y Cassidy sobre él.

—Te has hecho daño? —preguntó Ty con ansiedad al tiempo que la tocaba para asegurarse de que seguía intacta.

Ella levantó la cabeza y miró alrededor. Un gesto inútil porque la habitación seguía a oscuras.

—No creo... ¿Qué sucedió?

—Se fue la luz.

—Y tú estás bien? —preguntó alarmada—. ¿Qué pasa?

—Nada, solo que la salsa y los trozos de tortilla me corren por el cuello.

—De veras? Yo puedo ayudarte.

—Qué estás haciendo? ¡Maldición! Estás comiendo de mi cuello, Cassidy.

—Tengo hambre. ¿Quieres un trocito?

—Sí, quiero.

Ty tiró lejos el trocito, pero metió las manos en el pelo de Cassidy y se unió a su boca con sorprendente certeza. La salsa se mezclaba con un sabor tan delicioso, que Cassidy se habría pasado la vida besando esa boca. Luego rodeó la cara del hombre con las manos y recorrió sus facciones. La amplia frente, los pómulos y los labios.

—Te hago daño? Mis manos están tan estropeadas.

—Es porque has trabajado duro, amor mío —murmuró al tiempo que volvía a colocarle las manos sobre sus propias mejillas—. Las mías también lo están. ¿No te has dado cuenta de que nos adaptamos el uno al otro en muchas cosas?

—Cómo cuáles?

—Déjame enseñártelo.

Apartó las piernas y ella quedó encerrada en ese espacio. Sus cuerpos quedaron tan estrechamente unidos que podía sentir todos los músculos del hombre bajo su cuerpo y la armonía que había entre sus miembros.

—Sientes cómo nuestros cuerpos ajustan perfectamente?

—No puedes estar cómodo con el peso del mío sobre ti —protestó ella.

—No me entiendes? Eres perfecta. Nuestros cuerpos se adaptan maravillosamente. Nunca me había sucedido con otra mujer —susurró estrechándola más aún mientras la enamoraba con las manos, la boca y la dulzura de su grave voz—. En lo que respecta a mí, si necesitas un lugar donde refugiarte, mis brazos te esperan. Siempre estarán abiertos para ti, amor mío. Cuando seamos viejos y ya no tenga demasiadas fuerzas, mis brazos todavía podrán abrazarte.

Las lágrimas de Cassidy se mezclaron con la salsa del cuello de Ty.

—Y ahora prepárate para mi proposición de matrimonio de hoy. Aquí va...

En ese instante se abrió violentamente la puerta, y un haz de luz del exterior penetró en la habitación dejando al descubierto el desolador espectáculo.

Cassidy intentó zafarse del abrazo de Ty, pero él no la soltó

—Qué estás haciendo ahí, mamá?

—Se fue la luz, entonces no pude ver dónde pisaba y tropecé.

—Pero... ¿y las velas? Se suponía que ibais a encenderlas.

La cabeza de Ty apareció bajo Cassidy.

—Chico, si descubro que has tenido algo que ver con esto, vas a

pagarlo duro.

La puerta se cerró de golpe y unos pies desnudos corrieron por el pasillo. Dos minutos más tarde volvía la luz.

Ty ayudó a Cassidy a ponerse en pie y juntos contemplaron cómo la lechuga, la salsa, las rosas y el vino cubrían la gran alfombra de suave color crema.

—Maldición! Mira esos platos rotos. Pudimos habernos cortado. Tendré que hablar con Hutch mañana por la mañana. Mientras tanto veo que todavía hay un par de fuentes intactas en el carro. ¿Qué te parece si nos damos una ducha y volvemos en diez minutos para dar buena cuenta de ellas?

Cassidy miraba horrorizada.

—No sabes cómo siento todo este desastre, Ty. Quiero ayudarte a reparar los daños que hemos causado.

—Si en algo estimas tu vida no sigas hablando. Tú no tienes nada que pagar. Y ahora corre a ducharte —tronó Ty, furioso.

En un segundo, Cassidy desapareció de la habitación.

—¿Qué quieres decir con que nos hemos quedado sin gasolina? — preguntó Cassidy mientras estacionaba su coche a un lado de la carretera — Te digo que llene el depósito el día que fui a San Antonio.

—Y si no recuerdo mal eso fue hace tres días

—Y todo esto sucede por culpa tuya, tú insististe en venir a la ciudad en mi coche

—Si la memoria no me falla había una buena razón. Quería que el mecánico te lo revisara mientras hacíamos las compras en el supermercado. Si todavía quieres ir a Georgia en este trasto, me sentiría mejor sabiendo que por lo menos podrá llegar.

—Muchas gracias. Pero ahora estamos parados en medio de ninguna parte como una pareja de adolescentes en su primera cita —espetó furiosa—. ¿Qué tienes en contra de la civilización?

—Me gusta contar con un amplio espacio entre mis vecinos y yo.

Ty salió del coche, sacó las bolsas de la compra de la parte trasera y echó a andar.

—¿Vienes? —preguntó al ver que Cassidy se quedaba atrás.

—Queda muy lejos el rancho?

—Bastante lejos, aunque creo que llegaremos a la hora de cenar —comentó con una sonrisa burlona al notar la expresión de ella—. Pero espero que alguien pase por aquí y nos lleve al rancho. Y cuando lleguemos tendré que matar a tu hijo nuevamente.

—Hutch? ¿Qué tiene que ver con esto? —Cassidy se volvió para mirar el coche—. ¡ Oh, no puede ser!

—Apostaría a que sí. Tú misma dijiste algo de que los adolescentes suelen quedarse sin gasolina en su primera cita. ¿Y sabes por qué maquina todas estas tretas?

—Ya lo sé. Pero no puede seguir haciéndolo. Tenía que haberle bastado con ese pésimo truco del dormitorio.

—Aunque te confieso que a mí me gustó más el apagón en el despacho. Ese truco casi funcionó. ¿No crees tú? —preguntó con una sonrisa burlona.

Cassidy se ruborizó hasta la raíz de los cabellos, para deleite de Ty.

—Hablar con él no ha servido para nada —observó ella.

—Y para qué demonios quería dejarnos solos en medio de ninguna parte, como dices tú?

—Quizá para que conversemos, o solucionemos nuestras diferencias, o simplemente para que nos besemos. ¿Quién podría saberlo? Si ya no podía con su forma de pensar a los cuatro años, menos la entiendo ahora que tiene diez —comentó Cassidy con un hondo suspiro.

—Y Lonnie? ¿Cómo llevaba a Hutch?

—De la misma manera que afrontaba todas las cosas. Se escapaba.

—Le intimidaba la inteligencia del niño?

—Creo que sí. Y a ti?

—Para nada. Lo único que me molesta es que presiento que no va a parar con estas insensateces. Hablar con él no ha servido para nada.

—No creo que eso surta efecto. Deberíamos ignorarlo. De todos modos la solución se nos escapa. Creo que ha llegado la hora de hacer un serio esfuerzo para encontrar trabajo y un lugar donde vivir.

—Pensé que habías dicho que te quedarías hasta después de la Fiesta.

—Y seguir alimentando las esperanzas de Hutch? No creo que le haga bien gastar sus energías en su intento por vernos a uno en brazos del otro. Solo terminará frustrado y furioso —comentó Cassidy desalentada.

Ty le acarició el pelo.

—Entonces, según tu deseo, lo vamos a ignorar. Cassidy, insistes en que no quieres implicarte en una relación sentimental, pero de hecho ya lo estamos.

—No, yo…

—La verdadera pregunta es por qué te asusta tanto admitirlo —interrumpió Ty—. ¿Qué daño te haría confesar que sientes algo por mí?

—Porque sería muy doloroso para todos cuando la relación se acabe. Y le causaría a Hutch un daño irreparable.

—¿Acabar? ¿Y por qué? —preguntó Ty consternado al tiempo que dejaba las bolsas en el suelo—. ¿Quién dice que tiene que terminar?

Con profundo desaliento, Cassidy se detuvo en medio del camino solitario, rodeada de un paisaje infinito.

—Lo digo yo. Ya lo verás. Siempre sucede así.

De pie en el porche, Ty contemplaba su propiedad con intensa satisfacción. Las pasadas dos semanas y media habían sido las más interesantes, frustrantes y placenteras que jamás había experimentado. Se había acostumbrado a la presencia de Cassidy junto a él y, como nunca lo hubiera imaginado, disfrutaba de la compañía de Hutch, de su naturaleza inquisitiva, de su alegría espontánea, del tiempo que compartían agradablemente. El espíritu de Ty rebosaba de gozo.

Cassidy llegó con una taza de café.

—Hace frío. Pensé que te apetecería —dijo al tiempo que le tendía una jarrita.

—Gracias, pero no te dejes engañar por el tiempo. Por la tarde lucirá un sol esplendoroso. Ah, y no te olvides de nuestra cita de la Fiesta. Partiremos a San Antonio después de almuerzo y nos quedaremos en el hotel Menger un par de noches.

—Lo había olvidado —admitió Cassidy—. ¿Pero, es realmente necesario? ¿Por qué no nos quedamos aquí en lugar de ir a un hotel?

—Por la sencilla razón de que aquí todo el mundo nos vigila. Allí disfrutaremos de intimidad y yo no tendré que estar todo el día preocupado de la próxima treta que tu hijo nos va a jugar. Ríndete, Cassidy. Hutch compró el Programa Especial de la Fiesta y está consiguiendo lo que quería. Por otra parte la reserva ya está hecha y Willie aceptó cuidarlo mientras estemos fuera. Llegará a la hora de comer.

Ella frunció el entrecejo, como para advertirle que aún no se había agotado el tema.

—No lo sé, Ty. Creo que deberíamos hablar sobre… —se detuvo

bruscamente al tiempo que con una mano se protegía los ojos del sol incipiente de la mañana y fijaba la vista en un punto—. Hablando de Hutch, ¿qué está haciendo?

Ty fijó la vista en el muchachito. Sin lugar a dudas no hacía nada bueno. Estaba muy ocupado pasando algo de una mano a otra mientras paseaba por el patio. Tan absorto se encontraba con aquello, que no había advertido aún la presencia de su madre y Ty. Se detuvo bajo una zona iluminada por el sol y Ty tuvo una fugaz visión de algo amarillo y rojo que oscilaba entre las manos del niño.

En un segundo saltó sobre la baranda del porche y se precipitó hacia Hutch, mientras intentaba calmarse para no asustarlo.

Informe sobre el desarrollo de los acontecimientos

Todo ha sucedido como estaba programado. Bueno, tal vez un poco más lento de lo esperado. Pero albergo grandes esperanzas. Unos cuantos experimentos más y entonces Mamá y Ty estarán casados y felices por el resto de sus días.

CAPÍTULO 8

Experimento 8: Se escribe esto antes de lo previsto.

El experimento siete no ha terminado aún. Pero se nos acaba el tiempo.

Objetivo: Mamá necesita contarle todo a Ty. No creo que él sepa que guarda un secreto. Ni siquiera a mí me lo ha contado. No es que tenga que hacerlo. Aunque hace tiempo que yo lo sospechaba. Pero creo que ella tiene miedo de contárselo a Ty. Miedo a que él deje de quererla.

Procedimiento: Sin que me descubra, meter en su maleta la carta que le llegó hoy.

OYE, CHICO. Es una serpiente muy bonita -dijo Ty con toda calma.

Hutch alzó la vista sobresaltado, con una expresión culpable.

—La encontré —dijo al tiempo que intentaba esconder el reptil detrás de la espalda.

—No hagas eso —exclamó Ty en un tono más potente de lo que hubiera querido—. Hutch, escúchame. Quiero que la dejes en el suelo en el acto. Hazlo suavemente y muy despacio.

—Si solo es una de las que se conocen como «nariziarga» —dijo cambiándola de una mano a la otra—. La encontré tomando el sol. ¿Sabías tú que este tipo de serpientes...?

—Primero déjala en el suelo y luego me lo cuentas todo, ¿de acuerdo, Hutch? —lo interrumpió Ty al borde de la desesperación.

En ese momento Cassidy se unió a ellos, pero al ver al animal dio un salto hacia atrás.

—¿Por qué la recogiste, Hutch? Sabes que odio a esos bichos -dijo muy nerviosa.

—Este tipo de reptil es muy interesante, mamá. Quería estudiarlo primero antes de soltarlo.

Ty echó una mirada a la valla y vio a unos cuantos hombres pendientes de lo que sucedía. Si no era capaz de convencer al muchachito, las cosas se pondrían muy feas.

—Hutch, escúchame atentamente —ordenó con voz muy suave en parte para no sobresaltar al chico y en parte para que ella no oyera—. Si no sueltas esa serpiente en el acto, voy a contarle a tu mamá muchas cosas acerca de coches y calibradores y de patronas que echan a sus inquilinos.

Fue como un milagro. De inmediato Hutch soltó la serpiente.

Al instante, el vaquero que estaba más próximo le disparó varios tiros con una escopeta. Apresuradamente Ty se llevó a la madre y al hijo lejos del escenario de la masacre. Se detuvieron cerca del porche.

—Pero has visto lo que hizo! ¿Por qué no se lo impediste? —preguntó Hutch indignado.

—Porque no era un nariziarga, chico. Era una coral.

Hutch se detuvo, completamente pálido.

—¿Una coral? Yo pensé que esas eran serpientes nocturnas.

—¿Son venenosas, verdad? —preguntó Cassidy muy inquieta.

Hutch asintió vigorosamente.

—Vaya, si me hubiera mordido...

—Bueno, ya pasó todo —lo interrumpió Ty—. ¿Me puedes traer otro café? Creo que desparramé el mío —le pidió a Cassidy en tono casual.

—Claro que sí —dijo ella todavía preocupada.

Cuando se hubo alejado, Ty se volvió a Hutch.

—¿Esta era otra de tus tretas, jovencito?

—Lo siento, Ty. Yo no quería asustaros.

—Pero lo hiciste. Si algo te hubiera pasado, tu madre habría enloquecido.

—Tienes razón —murmuró Hutch vacilante—. Mi madre se habría afligido mucho, pero a Lonnie no le habría importado nada.

—A raíz de qué viene ese comentario?

—No me quería mucho. Por eso se separó de mamá. Fue por culpa mía -dijo pesaroso.

—Por qué piensas que eres responsable de la separación de tus padres? —preguntó Ty en tono confidencial.

Hutch pateó una piedrecilla.

—Le oí. Fue el día que mamá llegó con los resultados del trimestre escolar. Obtuve muy buenas calificaciones. El informe concluía que mi inteligencia era superior a la de un niño de cinco años. Entonces yo tenía esa edad y muy buena memoria. Lo recuerdo todo. Recuerdo muy bien lo que Lonnie comentó. ¿Te acuerdas que una vez te dije que soy muy inteligente?

—Si, lo recuerdo.

—Y eso no te molesta? ¿Ni siquiera un poquito? —preguntó con extrema ansiedad.

—Ya te lo dije, Hutch. Y hablaba en serio. Ese es uno de tus aspectos que más me gusta.

—De veras? —preguntó ruborizado.

—No te mentiría nunca y menos en una cosa como esa, chico —afirmó Ty. Pero Hutch se mantuvo en un obcecado silencio—. Mira, Hutch. No se puede mantener guardado tanto tiempo algo que lo corroe a uno. Los has guardado dentro de tu pecho cinco largos años. ¿Por qué no lo sacamos al aire y lo ventilamos entre los dos? ¿Qué pasó el día que tu madre llegó a casa con las notas del colegio?

—Bueno, tampoco fue para tanto —comentó el chico con fingida jovialidad—. Mamá preparó una fiesta. Sacó dinero de alguna parte y compró globos y preparó una tarta y decoró la sala de estar, cosas así. Quizá sabía que los demás me iban a tratar de otro modo cuando supieran que era superdotado. Y esa era su manera de hacerme sentir bien conmigo mismo —dijo. Mientras hacía una pausa se ajustó las gafas—. Cuando mi pa.... Lonnie llegó a casa, yo estaba en mi habitación vistiéndome para la fiesta. Mamá le comentó detalladamente el informe y lo inteligente que yo era y él dijo... él dijo...

—Me imagino que no le gustó —le ayudó Ty con dulzura.

Ty apretó las mandíbulas con tanta fuerza que milagrosamente no se rompió los dientes.

—Dijo que yo era anormal, un ejemplar raro, y que nunca le había gustado.

—Oh, Hutch..

—Entonces fue cuando mamá le dijo que se marchara y no volviera jamás. Que haría bien en largarse con esa estúpida de April Mae, y agregó que con el poco cerebro que ambos tenían bien podían andar juntos por la vida.

Mientras se inclinaba hasta quedar a la altura de Hutch, Ty sintió un fiero deseo de haber estado allí y felicitar a Cassidy por su coraje.

—Fue una suerte que hubieras heredado la inteligencia por parte de tu madre. De lo contrario habrías sido tonto como una piedra. Mira, Hutch —prosiguió eligiendo las palabras con sumo cuidado—, el mundo está poblado por gente de toda clase. A algunas personas no les gusta aquello que sienten como diverso, entonces se asustan y huyen. No debes permitir que su opinión influya en la opinión que tienes de ti mismo. No dejes que una observación mezquina haga mella en tu ser. No vale la pena. Somos el resultado de lo que hacemos con nosotros mismos, y no de lo que otros piensan sobre nosotros.

—Entonces para ti está bien que yo sea listo? ¿Eso no hará que me abandones?

—De ninguna manera. Tu madre nunca tendrá que echarme por tu causa. ¿Y sabes por qué?

—No exactamente.

Ty puso sus grandes manos en los escuálidos hombros del muchachito.

—Porque te quiero tanto como querría a mi propio hijo. Y estoy muy orgulloso de ti, chico. Orgulloso y honrado de tenerte como amigo.

Turbado, con la barbilla temblorosa, Hutch asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Eso está bien —murmuró al tiempo que alzaba los ojos tímidamente hacia Ty—. ¿No me vas a abrazar o algo así?

Ty sonrió.

—Claro que sí.

—Bien, de acuerdo. Pero un abrazo rápido, y luego me das unos golpes en la espalda por si acaso alguien mira. Porque así se verá como cosas de hombres y no como cosa de un niño pequeño que necesita que lo abracen, ¿comprendes?

Ty lo alzó del suelo y lo abrazó estrechamente, ocultando su emoción. También le dio unas suaves palmaditas en la espalda.

Con los ojos llenos de lágrimas Cassidy se alejó del porche rogando para que ellos no advirtieran su presencia allí.

Había escuchado toda la conversación entre el hombre y el niño.

Así que aquel día Hutch había oído las horribles e imperdonables palabras de Lonnie. Durante cinco años las había guardado celosamente en su interior, y la herida producida había terminado por infectarse. Hasta que Ty la había curado.

Ella le había dado todo a su hijo, menos el amor y la aceptación de un padre.

Durante todo ese tiempo había evitado cualquier clase de compromiso afectivo, a pesar de que era el afecto lo que ella y su hijo más necesitaban.

Se había resistido porque temía que la hiriesen. Porque temía volver a confiar. Temía a las mentiras y medias verdades que suelen acompañar la muerte del amor. También sentía temor al abandono. Era muy duro volver a empezar. A recomponer los trozos de una vida rota.

«Ty no es Lonnie», pensó de pronto. Cassidy se cubrió la cara con las manos. No, no lo era. Era un hombre que desde el primer momento les había ofrecido amor y aceptación. La había

acompañado a ella y a su hijo, intentando hacerlos felices. Y continuaba en ello, porque para él el amor no era la aventura de una noche.

¿Qué iba a hacer a partir de ese momento?

Para empezar, secarse las lágrimas. Luego mirar hacia el futuro en vez de mirar constantemente al pasado. Luego subiría las escaleras y haría la maleta para ir con Ty a la Fiesta de San Antonio. Y si él volvía a proponerle matrimonio, diría que sí.

Entonces le permitiría al amor y no al miedo guiar sus pasos.

Y luego abriría la boca para contarle lo que había dentro de su corazón. Y le diría que lo amaba con todo su ser.

El tiempo de huir quedaba atrás.

A partir de entonces se aferraría a la felicidad y no la dejaría escapar.

—¿Nunca has estado en la Fiesta de San Antonio? ¿Me quieres decir que nunca has visto el Desfile del Río? —preguntó Ty sorprendido mientras se abría paso entre la multitud que se paseaba a la vera del río.

—Nunca he tenido la ocasión y tampoco el dinero. Estas fechas siempre me encuentran trabajando. Es una buena oportunidad para conseguir un dinero extra en propinas más bien generosas.

Cerca de La Villita, una banda de mariachis comenzó a tocar una alegre ranchera y Ty con el brazo sobre los hombros de Cassidy disfrutó de la misma manera que lo hacían los vecinos y turistas.

—¿Tienes hambre? —preguntó alzando la voz para hacerse oír sobre el alboroto de la gente.

—Me muero de hambre.

—Lo solucionaremos de inmediato.

Ty hizo un gesto a un hombre que llevaba una gran cesta.

—Quiero una de esas tortillas gordas —pidió Cassidy después de mirar el contenido del cesto.

—Por eso se llaman gorditas —rió Ty.

—Cuándo pasarán las barcas por el río? —preguntó Cassidy, ansiosa como una niña. Lo que más deseaba era ver a las reinas de belleza ataviadas con sus magníficos atuendos—. ¿Crees que podremos ver algo con toda esta gente agolpada a la orilla del río?

—Sí. Reservé asientos. Así que dentro de muy poco lo veremos todo cómodamente.

—¿Y luego?

—Podemos participar en el baile hasta la madrugada. Podemos

bailar, pasear, tomar unas margaritas, o...

—O podemos volver a nuestro hotel.

En medio de la multitud de pronto se vieron solos. Para ellos se apagaron las risas, las voces de la gente, la música. Cassidy llenó sus ojos con la visión del hombre que amaba. Ahí estaba, junto a ella, alto y sólido; una roca en medio de un río turbulento. Se aproximó más a él, enlazó los brazos en el cuello del hombre y luego lo besó con profunda convicción. La gente aplaudió alrededor de ellos.

—No querrás ir al hotel ahora, verdad? —susurró luego Ty al tiempo que le arreglaba la diadema de flores que le había regalado —. Porque quiero que esta noche sea muy especial para ti.

—Será especial. Pero para los dos.

—Entonces esperaremos.

—De acuerdo, pero bésame para que la espera no sea tan larga.

El la besó tiernamente.

—Ven, mi amor. Vamos a sentarnos.

Cuando se acomodaron entre la gente, vieron a madres y padres con sus hijos pequeños en las rodillas. Cassidy pensó que algún día iría a la Fiesta con un pequeño...

—El próximo año traeremos a Hutch —dijo Ty interrumpiendo sus pensamientos.

—Por qué no? Creo que le encantaría.

—Mirad —gritó de repente una niñita—, ahí vienen las barcas.

Durante la siguiente hora ella vitoreó y aplaudió junto a la multitud. Lo que más le entusiasmó fue el paso de las reinas de belleza.

Cuando la última barca hubo pasado y ya se perdía en un recodo del río, el lugar comenzó a despejarse. Ty se volvió a Cassidy.

—Te gustó?

—Fue fantástico. Gracias por esta noche, Ty. Estoy feliz de que me hayas traído -dijo sonriente.

En ese momento se oyó una dulce música de violín y Ty le tomó la mano.

—Quieres bailar antes de marcharnos?

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Y por qué no?

El la tomó entre sus brazos y comenzaron a bailar lentamente. En un segundo otras parejas los imitaron. Con un murmullo de placer Cassidy se entregó a la música con los ojos cerrados, apoyada contra él, con la cabeza entre su cuello y la mejilla. Y por una vez sus pies cooperaron. Seguía los movimientos del hombre con una perfecta coordinación guiada por la suave presión de sus muslos y

cadera.

Por fin acabó la música y muy a regañadientes Cassidy se separó de Ty.

—Es hora de regresar al hotel, ¿verdad?

Ty la besó apasionadamente.

—Quieres ir?

—Sí.

Eso era todo lo que él deseaba oír.

La llevó de la mano en dirección al hotel.

—Estabas entusiasmada como una niña chica, cariño. Tengo la impresión que no disfrutaste mucho en tu niñez.

—No fue así; mi niñez fue muy normal.

—Te criaron tus tíos?

—Mis padres fallecieron cuando tenía cuatro años y ellos me llevaron a su casa. Son buenas personas y querían lo mejor para mí.

—Crees tú que se acostumbrarían a vivir en Texas?

Habían llegado al hotel Menger. Bajo la farola de la calle tuvo un fugaz visión del Alamo, convertido en hotel; una construcción que siempre la emocionaba.

—Texas? ¿Qué sugieres, Ty?

El se encogió de hombros al tiempo que abría la puerta.

—Tengo esa cabaña y no la utilizo para nada. Ahora que ya no apesta a mofeta, podríamos decorarla y quedaría transformada en un confortable apartamento.

Ellos podrían disfrutar de su independencia y tomar las comidas en la casa grande.

—No crees que ya tienes suficientes invitados en el rancho? —preguntó con cautela.

El no respondió hasta que hubieron llegado al vestíbulo victoriano, la parte más antigua del hotel.

—Quieres la verdad?

—Sí, por favor.

El se detuvo junto a un gran reloj antiguo.

—Si traer a tus tíos a Texas pudiera ser una razón para que te quedaras, ahora mismo iría a buscarlos a Georgia.

—No creo que sea necesario, aunque es un tanto prematuro —respondió Cassidy amablemente al tiempo que subían la escalera hacia sus habitaciones.

—No lo será por mucho tiempo —dijo Ty al tiempo que abría la puerta y la dejaba entrar—. Porque llegó la hora.

—La hora de qué? —preguntó ella ocultando una sonrisa.

—La hora de volver a pedirte que te cases conmigo.

—De acuerdo.

—Lo harás?

—Sí. Te amo, Ty. Nunca pensé que volvería a pronunciar estas palabras, pero mentiría si te dijera que no te quiero —apenas pudo terminar la frase cuando los labios de Ty ya estaban sobre los suyos.

Un largo instante después Ty la miró con una dulce sonrisa.

—Prometimos ser honestos el uno con el otro, ¿no fue así, amor mío?

Pero no había sido totalmente honesta. ¿Cambiarían las cosas entre ellos cuando él supiera la verdad?

Lentamente Cassidy se separó de Ty.

—Espera aquí. Hay algo que necesito mostrarte.

Fue a su habitación y sacó de su maleta la carta que Hutch había puesto allí. «Esto es para ti, mamá. Buena suerte», había dicho esa mañana. Tal vez el niño adivinaba su secreto. Pero aunque supiera la verdad, aún contaba con el amor de su hijo. Y el hecho de que hubiera metido la carta en la maleta sugería que pensaba que también Ty la aceptaría. Bueno, dentro de un minuto se iba a enfrentar a la verdad. Cuando volvió a la habitación de Ty, este se paseaba de un extremo al otro.

—Qué pasa, cariño? —preguntó preocupado.

—Se trata de la promesa que hice de ser honesta contigo. La verdad es que no lo he sido —dijo frente a él, con el sobre en la mano—. Hay un par de cosas que debemos cambiar en el formulario que rellenamos para la Agencia Yellow Rose.

Muy tenso, Ty intentó sonreír.

—Júrame que no hay que modificar el apartado sobre sexo, y podré resistir todo lo demás.

—No, el problema no es ese —respondió en tono de broma.

—Supongo que se relaciona con el sobre que tienes en la mano. Cuéntame, cariño. ¿Qué pasa de malo? —murmuró con mucha ansiedad.

—Bueno, te conté que cuando me marché de casa con Lonnie yo estaba embarazada. Pero hay una cosa que no he mencionado —dijo al tiempo que se humedecía los labios.

—Y qué es?

—Bueno, la verdad es que no había terminado el bachillerato superior.

Ty frunció el ceño.

—Pero si ahora tienes veintinueve años. ¿Cómo es posible que no...? Bueno, dejémoslo.

Ella se echó a reír.

—No es que haya repetido cursos, Ty. La verdad es que… no tengo esa edad, tengo veintiséis años.

Ty se desplomó en una silla.

— Demonios! ¿Entonces tenías dieciséis años cuando te quedaste embarazada de Hutch?

—Bueno, casi. Me faltaban dos años para acabar la educación secundaria. Lonnie ya estaba en el último curso. Estuvimos saliendo un par de veces y me pidió que lo acompañara al baile de fin de curso. Demás está decir que la celebración fue memorable y que no estuvimos toda la noche bailando. Y que tampoco tomamos ninguna precaución —concluyó ruborizada hasta la raíz de los cabellos.

—Y más tarde descubriste que estabas embarazada.

—Lo descubrí durante ese verano. Lonnie ya se había graduado y me invitó a marcharme con él. Tan pronto como mis tíos supieron que me iría de casa con o sin su permiso, nos permitieron casarnos.

—Y luego Lonnie se marchó un mes antes del parto? —preguntó Ty incrédulo—. ¿Cómo es posible que abandonara a una criatura de dieciséis años?

Ella se encogió de hombros.

—Le habían ofrecido un trabajo mejor en otra parte. Al menos eso fue lo que dijo. Prometió enviar dinero.

—Y lo hizo?

—Sí, lo suficiente para sobrevivir. No era un irresponsable absoluto. Pero yo no estaba en condiciones de ponerme a trabajar. Incluso aunque no hubiera estado embarazada habría sido muy difícil encontrar trabajo a tiempo completo con esa edad, como más tarde supe. Así que cuando Hutch nació conseguí un empleo, pero tuve que mentir sobre mi edad. Y una vez que pude ahorrar un poco de dinero fui a buscar a Lonnie.

—¿Y así fue como viviste los siguientes cinco años? ¿A la caza de Lonnie?

—Parece el título de una película —comentó intentando sonreír.

—¿Y qué fue lo que puso punto final a la caza? No te preocupes. Creo que ya lo sé.

«Llegó la hora de la segunda confesión», pensó Cassidy.

—Escuché la conversación que sostuviste con Hutch. El te lo contó todo.

—Debiste haberlo echado mucho antes.

—Ahora me doy cuenta de eso. Pero era demasiado joven y estaba muy asustada. Me costó mucho trabajo darme cuenta que podía arreglármelas sola, que no necesitaba su ayuda.

—Y ahora? —preguntó Ty señalando el sobre—. ¿Qué es eso?

—Esta es la respuesta a un sueño que he albergado durante cinco años —respondió conmovida al tiempo que miraba el sobre con el membrete de la Oficina de Educación de Texas.

Con todo cuidado abrió el sobre y desplegó el folio.

Informe sobre el desarrollo de los acontecimientos

He vuelto al cole.

Mamá me ha matriculado en esta escuela cerca del rancho de Ty. Pero hay un gran problema. Alguien del otro colegio pasó el sopla sobre mi proyecto científico y aquí quieren verlo pronto ya que mis nuevos compañeros también hacen trabajos similares. Me imagino que se armará la gorda, especialmente cuando sepan lo que he estado haciendo con todos mis informes.

CAPÍTULO 9

Experimento 9: ¡EXPERIMENTOS INTERRUMPIDOS!

CERTIFICADO de Estudios de Educación Secundaria —Cassidy leyó en el diploma.

Nos complace comunicarle que ha rendido con éxito los exámenes de las asignaturas correspondientes a los dos últimos años de la educación secundaria.

En un folio adjunto aparecía el resultado de los cinco exámenes: Redacción, Sociología, Ciencias, Literatura y Artes y Matemáticas en la que apenas había obtenido un «Suficiente». Pero lo más importante era haber aprobado todas las asignaturas.

Cassidy enterró la cara en el pecho de Ty y la camisa quedó empapada de lágrimas. Lo había conseguido. Tras cinco largos y difíciles años, finalmente lo había logrado. ¡Esa era su última meta!

Ty la dejó llorar mientras le acariciaba el cabello.

—Sabes que eres alguien muy especial? Querías probarte a ti misma de que eras capaz y lo has conseguido.

—Es porque un día decidí que tenía que hacerme cargo de mi propia vida —confirmó—. De repente me di cuenta de que era perfectamente capaz de cuidar de mí misma y de mi hijo. Así que decidí retomar los estudios y conseguir mi diploma. Así podría estar calificada para optar a un empleo decente y de paso reconciliarme con mis tíos.

—Entonces irrumpí en tu vida y trastorné tus planes, ¿no es así? ¿Qué creíste que intentaba hacer, Cassidy? ¿Robar tu independencia? ¿No comprendes? No intento robar nada o dañarte de algún modo. Mi única intención es hacerte feliz —dijo al tiempo que le rodeaba la cara con las manos.

Ty admiraba la fortaleza de carácter que acusaba cada rasgo de su hermoso rostro, aunque su testarudez le causara un sinfín de frustraciones.

Cassidy rió con dulzura.

—Es la primera vez que alguien me ofrece felicidad.

—No sabes cómo lo siento porque no hay una persona en el mundo que la merezca más que tú. Todo lo que tienes que hacer es intentar alcanzarla, amor mío.

Ella cerró los ojos y suavemente Ty le besó los párpados.

—Tengo tanto miedo —musitó temblorosa bajo la caricia.

—Ya lo sé. No quieres arriesgarte y comprendo por qué —

observó al tiempo que le acariciaba los cabellos—. Es hora de tomar una decisión, cariño. Tendrás que confiar en mí. Y peor aún, tendrás que confiar en ti misma. Has hecho malas elecciones en tu vida. Pero te juro que esta no es una de ellas.

—Solo tengo que creer en que no cometemos un error, ¿verdad? Tú no pides mucho, ¿no es cierto? Si algo va mal en nuestra relación, Hutch...

—Hutch necesita un padre —interrumpió Ty—. Si jugara limpio, no utilizaría esa baza para convencerte. Pero ambos sois muy importantes para mí. Os habéis convertido en parte de mi vida y no la concibo sin vosotros. Cuando llego a casa me encuentro buscándote a ti o a un pilluelo de pelo rubio y ojos traviesos. Siempre pensé que tenía un hogar, pero ahora sé que estaba equivocado. Eres tú y Hutch quienes han convertido mi casa en un hogar.

—Te amo, Ty —murmuró con los ojos arrasados de lágrimas.

—Y yo también. Tú y Hutch sois mi futuro. Y yo os pertenezco.

—Cómo puedes estar tan seguro? ¿Cómo puedes saber que todo irá bien? —preguntó trémula.

—Estoy seguro porque, a diferencia de las voces que tú oyes, mis voces no dudan y nunca me aconsejan mal. Lo supe desde la primera vez que te besé. Y tú también lo supiste. La diferencia estriba en que aquello me decidió a intentar una relación seria contigo, mientras que a ti te asustó.

—Tienes razón.

—Y desde entonces has estado huyendo.

—Pero ya no huyo, como ves.

Ty la volvió hacia sí y la abrazó estrechamente. Los labios de Cassidy se entreabrieron para recibir el apasionado beso del hombre. Mientras su boca se embebía en la de ella, desabotonaba la blusa hasta que al fin logró acariciar sus hermosos pechos. Ella gimió, estrechándose más contra él.

—Espera un segundo —murmuró Ty con un gran esfuerzo de voluntad—. Todavía queda algo por discutir. Me refiero a tus intenciones. Lo siento, cariño. Pero no quiero los típicos arrepentimientos de la mañana siguiente. Dentro de unos minutos te llevaré a esa cama y haremos el amor más dulce que puedas imaginar. Pero ¿no crees que deberíamos hablar sobre un posible embarazo?

—Esta vez vengo preparada. Pensé que uno de los dos debía tomar precauciones, así que fui a una farmacia.

—Yo también —dijo con una sonrisa—. Lo último que quiero

decirte es que no te llevaré a la cama sin un compromiso. No puedo aceptar que me seduzcas esta noche y mañana me eches de tu vida. Soy un tipo educado a la antigua. Así que un anillo de boda o nada.

—De acuerdo. Tú ganas — murmuró cubriéndose los pechos con la blusa al tiempo que se ponía de rodillas y le tomaba una mano—. ¿Quiere hacerme el honor de casarse conmigo, señor Merrick? Prometo amarlo y cuidarlo por el resto de mis días.

—Señora, creí que nunca me lo pediría. Sí, acepto con todo gusto.

Con un gruñido de satisfacción la alzó del suelo y luego la tomó en brazos. Segundos más tarde se tendía junto a ella en la amplia cama. Con la blusa abierta y la falda subida hasta las caderas, dejaba al descubierto una blanca braguita y las largas y contorneadas piernas hechas para enlazar la cintura de un hombre y no dejarlo marchar jamás.

—Ty, nunca he hecho esto antes, excepto con Lonnie.

—Lo sé, amor mío y no te voy a apresurar. Todo lo que suceda entre tú y yo esta noche no se parecerá en nada a tu experiencia con Lonnie.

—Me lo prometes? —musitó con los ojos cerrados.

—Prometido. Ya sabes, honestidad y confianza entre nosotros.

Y Ty no se apresuró. Con movimientos lentos y tranquilizantes le quitó la falda y la blusa y luego se desnudó con toda calma.

Y luego la larga noche se deslizó en la habitación, ofreciéndoles sombras que protegían íntimos murmullos y suaves risas. Solo la luz de la luna se aventuró a oír las palabras de amor de los amantes, deslizándose sobre las suaves curvas femeninas y los ángulos reciamente tallados del hombre y convirtiendo el lecho en un nido plateado. Y en esas largas horas, Ty conquistó una novia con un amor tan profundo y completo que ya no quedó espacio para el temor, la duda o el deseo de independencia. Los desnudos cuerpos se hermanaron. Se completaron. Formaron un todo.

Esa noche Cassidy finalmente aceptó la verdad.

Ty no era Lonnie.

El repiqueteo del teléfono interrumpió el profundo sueño de Ty.

—Qué pasa? —preguntó Cassidy con voz soñolienta.

—Te lo diré en un minuto. ¿Diga?

—Era la voz de Cassidy? —preguntó Willie al otro extremo de la línea.

—No es de tu incumbencia, niña vieja.

—Lo voy a tomar como un «Sí» —rió la abuela—. Enhorabuena, niño. Escucha, siento interrumpir vuestra Fiesta, pero me temo que han llamado de la escuela de Hutch.

—Y por qué?

—El está bien, no te preocupes. Pero los profesores han armado un alboroto por algo. Quieren ver a Cassidy cuanto antes.

—¿Y no pueden esperar hasta mañana?

—Parece que no. Y quieren verte a ti también, Ty.

—Y para qué demonios querrán verme a mí? Bien, estaremos allí en un par de horas.

—No comprendo. Ha estado allí menos de una semana. ¿Qué pudo haber hecho solo en un par de días? ¿Y también quieren verte a ti? ¿Por qué?

—Querida, lo sabremos a su debido tiempo —dijo Ty con calma.

Apenas llegaron a la escuela los hicieron pasar a una sala de conferencias. Unos minutos más tarde, entraba el director con una mujer que les presentó como la señora López, la profesora de Ciencias de séptimo grado.

—Gracias por haber venido cuanto antes -dijo el director al tiempo que le estrechaba la mano a Ty y luego a Cassidy—. Soy Kyle Peters.

—Ha hecho algo malo mi hijo? —Cassidy fue incapaz de contenerse más tiempo.

El director y la profesora intercambiaron una mirada de circunstancias.

—Se trata de su proyecto para un trabajo científico —explicó la señora López—. Ya que también nuestro programa de estudios contempla trabajos de ese tipo, quise leerlo.

—Un proyecto científico? ¿Y qué desea hacer mi hijo este año? ¿Un experimento genético, curar el cáncer o algo así? —preguntó Cassidy con una sonrisa de alivio.

—No exactamente —dijo la profesora con el ceño fruncido—. He enviado a buscar a Hutch. Espera en la oficina, porque antes quería conversar con ustedes. La verdad es que no sé cómo decirlo de otra manera, pero me temo que el objetivo del proyecto científico de Hutch consiste en que usted se case, señor Merrick. Diría que se trata de un... experimento amoroso, por llamarlo así.

Ty maldijo entre dientes. Desde luego que era eso. Así se

explicaban todas aquellas ingeniosas tretas. El amor… como un asunto de lógica experimental.

—Naturalmente creo que usted no lo aprobará —dijo el señor Peters.

—Se equivoca, realmente cuenta con toda mi aprobación.

Lo que Ty no aprobaba era el modo en que ambos profesores miraban a Cassidy. Como si hubiera mal educado a su hijo.

—Tal vez usted no alcanza a comprender la magnitud de las intenciones de este alumno —dijo la señora López al tiempo que abría una carpeta—. De acuerdo con sus propias notas fue a la agencia matrimonial Yellow Rose con la expresa intención de encontrar…

—Un padre —interrumpió Ty—. Lo sé desde el principio. Mi abuela y yo somos los propietarios de dicha agencia. Yo estaba allí el día que llegó Hutch.

El señor Peters alzó una ceja.

—¿Y usted aprueba esa clase de manipulación?

Ty se inclinó sobre la mesa, mirándolos de frente. Quería que supieran que hablaba con toda seriedad.

—Miren, yo haría cualquier cosa para que la madre de Hutch se casara conmigo.

Muy agitados ambos profesores se volvieron a Cassidy.

—¿Usted se da cuenta que todo fue producto de la maquinación de un muchachito de diez años? El fue el causante de que la echaran del apartamento, señora Lonigan. También desconectó la batería de su coche para dejarla a merced del señor Merrick. El… bueno, desmontó los largueros de su cama —terminó la profesora, ruborizada hasta la raíz de los cabellos.

—Sí, de acuerdo. Pero lo único que quería Hutch es que Ty fuera a rescatarme. Como un caballero andante, usted me entiende.

—Si usted lo dice —opinó el director dudoso.

Y entonces fue Cassidy la que se ruborizó.

—Oiga. Si es solo un niño de diez años. El no pensaba en … él no intentaba…, bueno, usted ya me entiende —balbuceó—. No era un asunto de cama… era una misión de rescate.

—Veamos lo del apartamento. ¿Tampoco le importa? —inquirió la señora López.

—Se equivoca, Nos echaron a causa de Miz Mopsey.

—Sí, la perrita. Ya lo sé —dijo la profesora ajustándose las gafas al tiempo que se inclinaba sobre los papeles—. Escuche, por favor. El asunto del perro forma parte del Plan B. Dice literalmente: «Hay que pasar delante de la puerta de la señora Walters haciendo mucho

ruido. Espero que nos oiga...» Desgraciadamente para usted, así fue.

—¿Todo esto es realmente necesario? —preguntó Ty—. Si Cassidy hubiera entrado a hablar con la señora Walters habría sabido que no la obligaba a marcharse esa misma noche. Doris le hubiera dado tiempo a encontrar otra casa.

—Y tú, cómo lo sabes? ¿Cómo sabes su nombre?

Ty se encogió de hombros, arrepentido. Había hablado más de la cuenta.

—Pensé que no era justo que os hubieran echado de casa en plena noche. Así que cuando fui a recoger tu coche hablé con ella.

—Ah, sí. El coche —continuó la señora López al tiempo que examinaba más papeles—. No se estropeó a causa de... Aquí lo tenemos. A causa de un calibrador.

_Calibrador? ¿Y qué es eso? —preguntó el director sorprendido.

—Sí, ya lo sé —dijo Ty—. Los cables de la batería estaban desconectados.

Cassidy se volvió hacia él.

—¿Tú lo sabías? ¿Lo sabías y no me dijiste nada?

—Recuerda que rechazaste mi ayuda —replicó a la defensiva—. Dijiste que tu hijo podía repararlo. Si te hubieras molestado en preguntar, yo te habría explicado qué le ocurría verdaderamente a ese trasto.

—No; querías llevarnos a tu casa. Por eso mentiste.

—Bueno, volviendo a lo que nos interesa —interrumpió el director— ¿por qué no aclaramos el asunto de la mofeta en la cabaña?

—No intenten convencerme de que Hutch también es el responsable porque me niego a creerlo. No pudo haber encontrado una mofeta y haberla metido en la cabaña en el poco tiempo que estuvimos en casa de Ty.

—La verdad es que no existió tal mofeta, señora. Su hijo puso en la cabaña unos productos químicos que huelen igual que la orina de ese animal.

—Pero no hubo ningún daño —insistió Ty—. Mantuve una larga conversación con el muchacho y luego hice que limpiara la cabaña de arriba abajo.

—Así que tú sabías todas esas cosas y nunca me las dijiste —exclamó Cassidy airada.

—Pensé que tú te habías dado cuenta de que algo pasaba. ¿Te acuerdas cuando nos quedamos sin gasolina? Te dije que había sido Hutch y decidiste que teníamos que ignorarlo.

—Soy su madre. Debiste habérmelo contado todo desde el

principio.

—Y darte una excusa para que te marcharas? ¡Maldición! Si yo hubiera traicionado al chico, tú ya estarías en Georgia.

—Pero prometiste ser honesto conmigo!

—Ya entiendo qué sucedió. Hutch ideó todos esos incidentes a instancias del señor Merrick —sugirió el director.

—Eso no es lo que realmente sucedió —explotó Ty con una mirada furibunda al señor Peters—. Ahí es donde usted se equivoca. Este niño de diez años busca desesperadamente un padre. Y a su inequívoca manera decidió hacer algo. Dada la forma en que funciona su mente, planificó sus acciones de una manera metódica, utilizando la lógica y la inteligencia con el propósito de...

—Manipular a las personas, señor Merrick. Reconozco que usted ha respaldado todo este asunto para proteger a su abuela y a los intereses comerciales que ambos comparten, pero deberá concordar conmigo que esa no es la manera más apropiada —lo amonestó el señor Peters.

—Perdone, ¿pero quiere repetir lo que ha dicho? —intervino Cassidy.

—No estoy haciendo esto en beneficio de la empresa de mi abuela —interrumpió Ty duramente—. Ya le dije por qué lo hago.

—¿Está seguro? Hutch nos habló de los periodistas que había en la agencia el día que fue allí. Ellos han estado haciendo una crónica de sus aventuras. ¿Sabía usted que les ha estado enviando informes acerca del progreso de sus relaciones sentimentales? —insistió el director.

—No, no lo sabía —respondió Ty súbitamente inseguro.

—¿Pero de qué hablan? —preguntó Cassidy al borde de perder la paciencia.

—Espera un poco cariño, ya te lo explicaré.

—Y no olvide decirle la importancia de esa crónica para el futuro de la agencia matrimonial Yellow Rose. Eso será un espaldarazo publicitario para la empresa.

—No es necesario que me expliques nada, Ty. Ya lo entiendo. ¿Por eso te enfadaste tanto cuando el ordenador nos emparejó? Con los periodistas como testigos no tenías más alternativa que aceptar salir conmigo.

—De acuerdo. En ese momento no tuve otra alternativa. Pero luego algo sucedió y tú lo sabes bien. Pero quiero asegurarte que no sabía nada sobre el dichoso artículo ni de la relación de Hutch con los periodistas.

—O sea que lo nuestro es producto de una manipulación de

Hutch —comentó Cassidy con la cabeza baja.

—Maldición! —rugió Ty—. Nos besamos. ¿Recuerdas eso? Yo sí que lo recuerdo porque me llegó muy hondo, aunque tu no hubieras sentido nada.

—Señor Merrick, por favor. No olvide que este es un centro educativo.

Ty intentó controlarse.

—Dónde está el chico? Por favor mándelo buscar. Nos vamos antes de que usted siga hurgando en mi intimidad.

—Sí —confirmó Cassidy con tranquila firmeza—. Nos vamos.

—No acabo de creer tal maravilla —murmuró Ty—. Al fin estás de acuerdo conmigo en algo.

—Claro que estoy de acuerdo, Ty. Marcharnos es una buena idea —dijo con una amarga sonrisa—. Siento mucho lo del proyecto científico, señora López. Haré que Hutch piense en otro durante nuestro viaje a Georgia —agregó con una dulce sonrisa.

—Tú no vuelves a Georgia —advirtió Ty con los dientes apretados—. Por si lo has olvidado estamos comprometidos.

—Pienso que este no es el lugar adecuado para discusiones personales —observó prudentemente el director.

—Tiene razón, señor Peters —dijo Ty volviéndose a él—. Pero quiero que sepan que no solo apruebo el experimento de Hutch, sino que estoy muy orgulloso de él. El quería un padre, una familia unida. Lo que nunca ha tenido en su vida. ¿Entonces qué meta podría ser más valiosa para un niño que aquella? Si en este mundo enloquecido ese no es el proyecto científico más inteligente, ingenioso y práctico que un chico desesperado intente emprender para alcanzar la felicidad, es que no entiendo nada. Y le diré otra cosa más. Voy a hacer que su experimento se vea coronado por el éxito —agregó al tiempo que se calaba el sombrero tejano—. De hecho, me voy a asegurar de que obtenga una excelente nota por su trabajo.

Cassidy lo miraba con las lágrimas rodando por sus mejillas.

Cuando salieron de la sala seguidos por el director, Hutch ya se acercaba.

—¿Nos vamos, verdad? Pero volveremos. Tome, señor Peters. Esto es para usted —dijo al tiempo que le entregaba un abultado sobre—. Es otro proyecto científico. Creo que a usted y a la señora López les gustará. Se trata de la erosión del suelo, de la irrigación y algunas sugerencias técnicas para obtener agua suficiente y no padecer sequías. No es el que quería hacer porque ahora no me importa nada sino mamá —agregó con una sonrisa temblorosa—.

Solo intentaba que ella fuera feliz. Y de paso, tener un buen padre.

La señora López miró al director y luego dejó escapar un hondo suspiro.

—Concédanos un día para discutir el asunto más a fondo, señor Merrick. Pienso que puede haber algo muy valioso en lo que usted y Hutch han dicho.

—Muy bien. Aprecio su buena intención, señora. Hasta luego —dijo Ty al tiempo que le tendía la mano al director y luego a la profesora.

Acto seguido salió apresuradamente del establecimiento con los brazos sobre los hombros de Cassidy y de Hutch.

—Ty, me ha conmovido lo último que le dijiste al director. Pero, ¿por qué me mentiste? —preguntó Cassidy aún con los ojos llenos de lágrimas.

—Omitir no es mentir, Cassidy. No te conté las tretas de Hutch, porque realmente no sabía lo que tramaba en el fondo. Cuéntaselo tú, Hutch —pidió al tiempo que le daba un codazo.

—Nunca le dije a Ty que trabajaba en un experimento científico, mamá. De veras. El se figuró que yo deseaba un papá, pero pensó que todos mis tretas se debían a mi ingenio, y nada más.

—Debí haberte contado lo del apartamento y lo del coche y lo de la mofeta. Lo admito. Pero sabía que el muchacho no quería hacer daño a nadie y eso me daba una buena oportunidad para cortejarte. Sé que es una palabra pasada de moda pero traduce exactamente mis intenciones hacia ti.

—¿Entonces la razón para salir conmigo no fue la necesidad de proteger los intereses económicos de la agencia? —preguntó mirándolo a los ojos con una sonrisa temblorosa.

— Demonios!, ¡Que testaruda es la mujer que yo quiero! ¿Cómo puedo convencerte? ¿Qué más quieres que te diga que no te haya dicho ya?

—Tranquilo, Ty. Me has convencido. Te quiero. Y confío en ti. Pongo en tus manos no solo mi vida sino la de mi hijo también —declaró al tiempo que se abrazaba a él.

—¿Y cuándo te vas a casar conmigo?

—De inmediato. Tan pronto como consigamos la licencia.

_ ¿Y dónde vamos a vivir?

—Dónde tú quieras. Pero deseo que sea en el rancho más precioso de todo Texas.

Él se inclinó para besarla.

Fue durante el trayecto de vuelta al rancho cuando Cassidy finalmente se convenció de la verdad. Y la verdad era que volvía al

hogar. Al hogar donde pertenecía.

Al llegar, vieron a Willie esperándolos en el patio acompañada de una pareja de ancianos que miraban aproximarse el vehículo un tanto nerviosos.

—¿No es la tía Esther? —preguntó Cassidy sorprendida.

—Y también el tío Ben. Me tomé la libertad de invitarlos como una visita sorpresa. Lo que suceda de aquí en adelante es cosa vuestra. Pero esa cabaña todavía está disponible por si la deseas.

Cassidy le rodeó el cuello con los brazos. ¿Cómo pudo haber dudado alguna vez de las buenas intenciones de Ty?

—Vamos. Baja —la empujó Ty—. Ellos están tan asustados como tú —agregó al ver que la desconcertada pareja se acercaba al vehículo.

Cassidy bajó y lentamente se acercó a ellos. Entonces se produjo un instante de vacilación y luego los tres se abrazaron, lloraron y hablaron atropelladamente.

Por fin Cassidy, más calmada, le hizo un gesto a Hutch que observaba la escena junto a Ty.

Pero Hutch señaló las plantas junto al porche.

—Mamá, mira! Los rosales han florecido. Están cubiertos de capullos amarillos.

Nunca antes había visto tantas flores en una planta. Pero, ¿de qué se sorprendía?

Cassidy empujó suavemente a su hijo.

—Ve a saludar a tus tíos, cariño. Y luego quiero que les presentes a tu nuevo papá —su mirada se cruzó con la de Ty—. Estoy segura de que lo van a querer tanto como nosotros.

EPÍLOGO

DE ACUERDO, señoras, ahora verteré champán en vuestras copas. No, no, Wanda. Siéntate y relájate, por favor —insistió Willie mientras esperaba que la anciana de setenta y seis años cesara de revolotear de aquí para allá. Wanda no podía dejar de moverse. Si no fuera tan eficaz en su trabajo…—. Y tú María, no atiendas ningún teléfono.

Antes de mostrar a sus amigas el artículo recién aparecido en la revista, se instaló en su asiento y bebió un sorbo de champán.

—Esperad a oír esto —dijo al tiempo que sacaba una rosa amarilla de un florero cercano

Un niño de diez años encuentra un padre —leyó mientras agitaba la rosa para enfatizar la lectura—. Ese es el título. Y a continuación dice: La agencia matrimonial Yellow Rose cerró un gran trato con Hutch Lonigan. Por solo nueve dólares y algunos centavos le consiguió la mejor cita que hubiera podido soñar… una cita con el destino. Después de rellenar el formulario en nombre de su madre, Cassidy Lonigan, el ordenador de la agencia Yellow Rose seleccionó al padre perfecto para el joven Hutch. Se trata del nieto de Willie Eden, propietaria de la agencia. Pero fueron necesarios algunos experimentos científicos para convencer a la madre de que Ty Merrick era el marido perfecto para ella. Mi proyecto obtuvo la más alta calificación en el colegio. Pero lo mejor de todo, es que conseguí un papá maravilloso —declaró Hutch orgullosamente. Al parecer, la prestación de servicios informatizados de Yellow Rose, agencia experta en relacionar parejas con fines matrimoniales, marcha por muy buen camino.

Con un suspiro Willie apartó la revista y alzó su copa.

—A vuestra salud, señoras. Sospecho que nuestra pequeña empresa empieza a marchar por el camino de la prosperidad. Ah, y antes de que se me olvide, tenías razón, Wanda. Sabrás que volví a introducir el formulario de Cassidy con su verdadera edad en la base de datos, y esta vez el resultado fue un ciento por ciento de afinidad con el único candidato seleccionado, mi nieto Ty. ¡Tal como lo anunciaste desde el principio!